



Ana María Sánchez

**SOLO CUANDO
AMANEZCA**

*"Mi condena ha terminado.
Llega el momento de mi revancha."*

Solo Cuando Amanezca

Ana María Sánchez

A mis hermanas, que son el mayor tesoro que mis padres me dejaron.

Ya mis hijos, que son el mayor tesoro que yo dejo

VEINTE AÑOS Y UN DÍA

- 1. Cárcel*
- 2. El icono de San Demetrio*
- 3. Hotel*
- 7. Recuerdos de Sangre*
- 8. Recuerdo de un asesinato sin asesino*

BÚSQUEDA SIN ESPERANZAS

- 12. Abogado*
- 14. Ciudad "Nuevo Mundo"*
- 16. Galería de Arte*
- 17. Buenos Aires*
- 21. Marchante de Arte*
- 24. A la vista del Aconcagua*

HIJOS PERDIDOS

- 27. Vigilancia*
- 31. Pesquisas*
- 34. Confrontación.*
- 37. Hija perdida*
- 39. Un vaso nuevo*
- 45. Perdido*

NOCHE

- 48. Vuelo final*
- 51. Día*
- 54. Una noche*

UN NUEVO AMANECER

- 59. Libertad*

VEINTE AÑOS Y UN DÍA

1. Cárcel

Amanecía en la pequeña población del norte, y la mañana ya se presentaba calurosa.

Esa noche no había dormido y ahora esperaba sentada en mi desvencijado catre, a que el sol marcara el final de mi condena.

Abrazaba contra mi pecho la mochila con las pertenencias que llevaba el día de mi detención, que me fueron devueltas solamente el día anterior, para que pudiera estar preparada para marcharme en cuanto amaneciera.

Veinte años y un día, en ese agujero perdido y hoy por fin sería puesta en libertad.

La celda que disponía de seis camas literas, dos en cada pared, estaba casi vacía, desde hacía meses solo dormíamos en ella, Amelia y yo. Pero la puerta seguía cerrada y yo esperaba.

Amelia tampoco dormía, me miraba con la expresión triste de quien se siente abandonada. Ella estaba en prisión por robo a mano armada, y cumple condena desde hacía más de tres años. Solo le quedaba un año y podría pedir su liberación por buena conducta. Pero, aunque sabe que siempre seré su amiga, me confesó durante la interminable charla de la noche anterior, que tenía miedo de que no volviera a visitarla. “Lo entenderé” me dijo, “Después de tantos años encerrada, yo no me acercaría a la cárcel ni loca...”

Yo le prometí visitarla muy amenudo, pero necesitaría un par de semanas lejos de la cárcel antes de atreverme a volver. En cuanto estuviera instalada y pensara que haría con mi vida, los guardias le darían mi número de teléfono y podría llamarme siempre que se lo permitieran.

La luz del alba se asomó entre los barrotes de la alta ventana vidriada, y los ruidos de la cárcel comenzaron a subir de tono. Guardias entrando y saliendo, carritos con comida hacia la cocina y charlas animadas del personal de la prisión. Lejanas risas nos llegaban a través de las puertas que separaban el sector de las celdas del área común y comedor de las reclusas. El desayuno estaba en marcha. Pero a mi no me llamaban.

Unos pasos resonaron de repente en el pasillo, acercándose. Sabía quien era

desde el primer sonido. Pero no me moví. Permanecí sentada abrazada a mi mochila de niño y sin entender mis sentimientos. La celda que por tanto tiempo me había separado del mundo, esa prisión que me aislaba de todo lo que amé en la vida, ese sepulcro en vida; era todo lo que me quedaba. Y no era capaz de asimilar que debería dejarlo.

Amelia me miraba triste, y entendiendo mis sentimientos, habló como una hermana mayor, con amor pero con crudeza.

- ¡Claudia! ¡Ni se te ocurra decirme que ahora no te quieres marchar!
‘Vamos arriba!

La miré desconsolada, y una lágrima resbaló por mi mejilla, brillando como una pequeña joya en la delicada luz que esa mañana se colaba por la ventana alta e inaccesible. Esa misma luz que ahora me quitaría lo único que me quedaba.

Amelia bajo del catre y revolvió entre sus cosas hasta encontrar lo que buscaba.

Era una pintora excelente, y había dedicado los últimos dos años a pintar todo lo que pudo. Paisajes, personas amadas que la habían olvidado y sobre todo caballos, que eran los motivos mas recurrentes. Alcanzado una enorme belleza cuando los combinaba todos, creando maravillosos efectos de luz y movimiento en los pequeños lienzos de veinte por veinte centímetros; que eran el único tamaño que le permitían pintar, y que estaban limitados a dos por mes. Así que cada pintura gozaba de extrema atención al detalle y exquisito desarrollo argumental. Una colección de casi cuarenta miniaturas al óleo, digna de la más exigente galería. Y sostuvo entre sus manos las diez que había elegido, mientras miraba desconsolada a su amiga, la única que entendió su pecado. La amiga que la dejaría sola y abandonada a su suerte, pero a la que no podía mas que agradecer toda la dedicación que desinteresada le brindó en esos primeros meses terribles de encarcelamiento.

- Claudia, vos sabés que no tengo nada, menos aquí dentro, pero me gustaría que te llevaras estos cuadritos. Sabés todo lo que significó tu amistad al principio y que no hubiera empezado a pintar si no me hubieras empujado. No sé si volveré a verte, pero me gustaría que guardes estos cuadros hasta que tengas tu casa y que me recuerdes

Yo estaba sin palabras, pero mi fuerza interior volvió de repente y me puse en

pié.

- Amelia escuchame bien, nos veremos muy pronto y en cuanto salgas te vendrás a vivir conmigo, yo se porqué hiciste lo que hiciste, y sé en que persona te has convertido desde entonces. Soy tu amiga y lo seguiré siendo siempre.

Tomé los diez finos lienzillos, pegados a cartulinas gruesas y los metí en mi mochila. No ocupaban mucho, aunque hicieron que la mochila engordara. Y sin decir una palabra abracé a la única persona a la que confiaría mi vida y de la que debía separarme por un tiempo.

- Me llevo tus cuadros” le dije en voz baja “ pero voy a intentar venderlos, tenés un gran talento Amelia, y voy a intentar que todo el mundo lo vea.

Sonrió incrédula y me abrazó de nuevo

- Estás loca Claudia, pero haz lo que quieras... prométeme que vendrás a visitarme alguna vez.
- Te lo prometo

La guardia carcel ya estaba en la puerta de la celda y esperó a que Amelia se sentara de nuevo en el catre para hablar.

- Claudia Enriquez, recoge todas tus cosas y vamos a la oficina del director.

Automaticamente, debido a la costumbre de obedecer, forjada en tantos años de trato con las guardias, recogí mi exiguo equipaje y salí con paso temeroso por la puerta abierta ahora y franqueada por la guardia carcel que no me quitó el ojo de encima.

La última mirada hacia atrás solo me mostró la cara sonriente de Amelia y su mano al agitarse por un momento.

Mi condena había terminado y llegaba el momento de mi revancha.

2. El icono de San Demetrio



En el año mil ochocientos veintidós, en la ciudad rusa de Novgorod, donde confluyen los ríos Volga y Oka; se terminaba de construir la feria más grande de ese país.

El ingeniero encargado de esas obras fue Agustín de Betancourt, un noble de las Islas Canarias que puede considerarse un genio de su tiempo y que vivió la más convulsa historia de la Europa de Napoleón y la España de la independencia.

Había buscado refugio junto a su familia, en tierras del Zar de Rusia y éste le nombró inmediatamente Mariscal del ejército Ruso y director de del departamento de Vías de Comunicación del Imperio.

Pero en mil ochocientos veintidós, los años en los que gozaba de acceso directo al Zar, habían pasado. Y con sesenta y cuatro años, se sentía viejo y muy nostálgico. Su carácter indomable y su franqueza le habían distanciado del emperador de Rusia y puesto en peligro su carrera.

Ese año, sin embargo, terminaron los trabajos de la de Feria de Ninji, una obra arquitectónica y de planificación ciudadana integral; que dio impulso a la región de Novgorod y enormes beneficios a las arcas del Zar.

Dentro de las obras que el ingeniero español inauguró en la ciudad, estaba la nueva Catedral de la Transfiguración, pensada para ser el centro del culto católico de la ciudad.

El día de la consagración, en ese mismo año, Agustín de Betancourt recibió un regalo del obispo de la ciudad, que conservaría con especial cariño hasta su muerte dos años después. Le fue entregado un icono de San Demetrio de Tesalónica, una reproducción del original, pintada cien años atrás por los

últimos artistas de la afamada Escuela de Novgorod, destacada por sus iconos y pinturas murales; una escuela pictórica activa en esa misma ciudad desde el siglo XII.

El pequeño cuadro estuvo en el cabecero de su cama hasta el día de su muerte y cuando Alfonso, su único hijo varón, dispuso de las posesiones de su padre, entregó el valioso cuadro a su hermana Matilde, quien partiría a las Américas con su esposo e hijos dos años después.

La pequeña imagen religiosa, ocupó un lugar de honor en la casa de la familia en Lima, donde el marido de Matilde había establecido a la familia y desde donde manejaba sus negocios. Su posición económica era muy acomodada y la familia disfrutó de muchos años de sobria estabilidad en la capital de la nueva República de Perú.

Era el año mil ochocientos cincuenta y Matilde enviudó repentinamente. Sus hijos hacían su vida y Matilde se sintió atraída hacia la religión y las obras de caridad. El pequeño Icono Ruso de San Demetrio, fue cedido al fondo del Cardenal de Lima, quien lo ubicó en una pequeña capilla dedicada a San José, dentro de la misma Catedral en esa ciudad. Y allí la pintura fue prácticamente olvidada.

La invaluable pintura, estuvo casi perdida entre decenas de otros elementos de culto por décadas y fue ignorada por todos los Cardenales subsiguientes; hasta que en el año dos mil trece, unos ojos expertos se posaron sobre la magnífica pintura y entendieron el gran valor de esa pieza artística.

Un adinerado empresario ruso, recibió una llamada desde Perú una fría tarde de invierno. Y en ese momento se urdió un plan para hacerse con el valioso cuadro.

El cuadro fue llevado a restaurar junto con otras obras que componían el fondo histórico de la Catedral, gracias a la "desinteresada" aportación de varias sociedades benéficas. Pero aunque el resto de las piezas de culto volvieron a tiempo y en mejor estado que nunca; el pequeño icono de San Demetrio de Tesalónica, jamás retornó. Una torpe investigación policial concluyó con la declaración de "pérdida en transporte" y una compensación de casi cien mil dólares americanos que entraron a las arcas de la diócesis.

Nadie imaginó siquiera, que esta obra ignorada por tantos años, tuviera un valor de varios millones.

En ese momento la obra iniciaba su segundo gran viaje, del que sin querer yo formaría parte indirecta y que cerraría el círculo abierto trágicamente, veinte

años atrás en mi vida.

3. Hotel

Caminaba por las calles del pequeño pueblo, en ese sofocante día de verano, con la aplastante luz del sol brillando sobre mi rostro. Me negaba a cubrir mi cara, ni siquiera con la gorra que llevaba en mi pequeña mochila. Esa gorra que ya no servía para cubrirme del sol, y que representaba la única conexión con los míos. Los que hacía tanto tiempo había perdido.

Las calles estaban casi vacías, pues los tranquilos pobladores de la pequeña ciudad, buscaban el refugio de sus hogares en las horas de mayor calor del día y muy pocos comercios se hallaban abiertos.

La prisión de mujeres, traía un flujo constante de personas y trabajadores a la pequeña población rural de General Güemes y ésta se había desarrollado su alrededor. Los muros que separaban a "las mujeres malas" del mundo y de la sociedad, creaban también prosperidad para las gentes que de otra manera solo tenían la agricultura como alternativa. O emigrar a la gran ciudad, donde las condiciones eran aún más horribles.

Y mientras caminaba por las calles vacías, cada detalle me llamaba la atención. Como si de un nuevo mundo se tratara. Las pocas personas que me había cruzado vestían de maneras extrañas, llamativas y sensuales. Los coches casi no hacían ruido al adelantarme y me sorprendieron mirando, con más atención de la que requieren los buenos modales, a una parejita de novios que caminaban abrazados y besándose, cuando salían de la única cafetería abierta a esas horas.

Bajé la vista de inmediato, abrazando la bolsa de ropa que me habían dado antes de "soltarme" y apuré el paso. Miraba la nota que la asistente social me había escrito en una pequeña esquila con el membrete de la prisión, indicándome como si fuera una niña pequeña, el camino hasta el alejado hostel casi en la otra esquina del pueblo.

Era algo psicológico, algo que las prisioneras buscaban cuando eran puestas en libertad. Siempre intentaban pasar la primera noche lo más lejos de la cárcel que estuviera en sus manos. Y las que no tenían familia o amigos que

vinieran a buscarle, terminaban pasando las primeras noches en el desvencijado hotelito, que había perdido la única estrella que nunca tuvo y que ahora no era más que una parada para viajeros perdidos, amantes ansiosos, o como en mi caso, mujeres liberadas después de haber pagado su deuda con la sociedad.

Veinte años y un día, en ese agujero perdido. A miles de kilómetros de los míos, que prefirieron olvidarme y abandonarme. Sola y sin nadie a quien recurrir o que creyera mi versión de los hechos. Nadie para luchar por mi inocencia. Y mis dos pequeños niños, que se quedaron sin madre de repente, ellos tampoco me visitaron jamás.

Los primeros años que pasé en prisión fueron terribles, la verdadera condena y el castigo se llevaron a cabo en esos primeros tres años. Lloraba desesperada cada noche. No entendía porque nadie hacía algo para ayudarme. Y sobre todo me torturaba la idea de pensar en mis niños. ¿Quién los cuidaría? ¿Quién les abrazaría y secaría sus lágrimas?

La pequeña Vanesa, tenía solo dos años, ¡me necesitaba! Y Leandro... él había sido muy fuerte, a pesar de sus cortísimos ocho años, miraba desde la ventana del salón cuando me llevaron esa noche. Y nuestras miradas se cruzaron un intenso momento. No lloraba, estaba más allá de poder llorar en ese momento. Solo puso su manito sobre el cristal de la ventana y bajó su rostro para no ver cómo me metían en el coche de la policía luego de registrar mi casa.

Y después de eso, una pantomima de juicio, abogados mal pagados y testigos falsos. Yo encerrada por asesinar en un momento de pasión, mientras mi familia avergonzada y enfurecidos me daban la espalda.

Contaron a mis pequeños que morí en la cárcel ese primer año de condena. Y el que era marido y padre de mis hijos, me olvidó rápidamente. Encontró otra mujer a la que amar, alguien en quien confiar y sus últimas palabras para mí ese terrible día cuando me sacaban de la sala del tribunal hacia el propio infierno de la cárcel para mujeres, fueron devastadoras: "Hoy has muerto para mí y para tus hijos. Si alguna vez sales de ese agujero no nos busques. ¡Nunca! Si hubo un tiempo en que me quisiste, ahora por recuerdo de ese amor, desaparece de nuestras vidas para siempre"

Quise hablar, explicarle que no había sido yo; que era un error... El volvió el rostro hacia la salida y camino despacio sin mirar atrás ni una vez. Y fue la

última vez que vi a alguien de mi familia.

Ahora mientras caminaba hacia el pequeño hostel, pensaba en la pequeña mochila que colgaba de mi espalda con todos los objetos que llevaba conmigo esa triste noche en la que me detuvieron: mi billetera, mis llaves, la pequeña gorra de futbol de mi niño y un pañuelo bordado con mis iniciales y las de mi esposo, parte del regalo de bodas que mi hiciera mi anciana madre. En la mochila también había guardado las cartas que mi madre escribía cada semana. Ella fue la única que mantuvo el contacto, pero se encontraba muy enferma para hacer algo por mí. Postrada en una cama en esa horrible residencia, y a miles de kilómetros en otro encierro. Dos años más tarde, mi madre también murió y las cartas dejaron de llegar sin mayor explicación.

Ahora soy libre, por fin, después de tantísimos años. Pero lo que eso significa no lo sé. Debería estar feliz, pero solo tengo miedo. Miedo de que vengan otra vez y me lleven. Miedo de no saber vivir sin esos muros. Miedo a decidir qué hacer por mí misma, sin esperar el permiso de las vigilantes, sin recibir castigos aleatorios, sin cuidarme de todos a cada momento...

4

Desde fuera el hotel se veía como una vieja casona señorial, las paredes que lo rodeaban habían sido rebajadas hasta quedar a unos setenta centímetros de altura, conservando solo las columnas de ladrillo que sostenían la verja de entrada, siempre abierta, y el cartel luminoso del hostel. Dentro había una zona de estacionamiento para varios coches y gratamente sorprendida vi que habían conservado una zona de arbolillos autóctonos de tal manera que cada coche recibiera sombra a lo largo de las horas mas calurosas. Y un poco mas allá de la linea de árbolillos frondosos, un amplio jardin rodeaba un restaurado aljibe colonial. La estampa era increíblemente idílica. Un hombre mayor de contextura fuerte y con rasgos criollos, trabajaba en la puerta de entrada en esos momentos. Intentaba retirar las viejas molduras para cambiar uno de los pequeños cristales. Me acerqué silenciosamente mirando como trabajaba en la hermosa puerta, cuando se percató de mi presencia. Me miró con sus oscuros ojos brillantes y sonrió con la mas amplia y blanca de las sonrisas: “¿Puedo ayudarla?” Dijo cortés.

No esperaba reaccionar de esa manera, pero todos mis sentimientos se abalanzaron sobre mi y me cerraron la garganta. No podía hablar y lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas sin poder contenerlas.

El pobre hombre no supo cómo reaccionar y soltando las herramientas, me tomó por los hombros haciéndome entrar a la pequeña pero muy acogedora recepción donde detrás del antiguo mostrador se encontraba una mujer regordeta de su misma edad , de rostro blanquísimo y redondos ojos verdes; que entendió de inmediato la situación mirando solamente nuestras caras. Salió de detrás del mostrador y me habló con fuerte acento italiano, como una madre que consolaba a su niña que se hubiera arañado las rodillas jugando.

- Bueno nena, no te preocupes, no hay apuro, sentáte en este sillón un ratito y cuando te sientas con fuerzas hablamos y me decís como te podemos ayudar.
- Asentía con la cabeza entre sollozos y solo atinaba a decir tímidos “gracias”. La mujer se sentó en el posabrazos del sofá mientras sostenía mi mano acariciandola tiernamente. Miró al hombre que se había

quedado pasmado de pié y le dijo casi como una orden:

- ¡Vamos a ver José! ¡No te quedés ahí parado, mamarracho! Andá a la cocina y traé algo fresco para que tome la chica. - y luego consolandome me preguntó como me llamaba.
- Solo atiné a extender mi otra mano y entregarle el papel que me habían dado al salir de la prisión. Lo leyó con atención y se lo guardó en el bolsillo del delantal de cocina que llevaba.
- Bueno, no te preocupes, acá vas a estar muy cómoda y te vas a recuperar muy pronto. Compramos este lugar hace un par de años, para recibir mayormente a familiares que vienen a visitar a alguien en la prisión, y todavía lo estamos restaurando, así que conocemos muy bien las historias que ese lugar tiene guardadas... Yo soy Agnetta, pero todos me dicen "Miucha"... Vos no te preocupes... ¡Joseéé! ¡Traé el refresco de una vez!!... José es mi marido, está viejo ahora... jijiji ¡Si lo hubieras visto con veinte años!!! El "torito" le decían... ¡Joseééé!!! ¡¡Que hombre!!!

Y mientras me acariciaba la mano con su arrugada palma, comencé a sentir alivio y una sonrisa asomó a mi cara cuando gritó "¡Joseéé!" por tercera vez. Miucha resultó ser mas sabia de lo que aparentaba y habia estado haciendo esa pantomima de llamar a su marido a los gritos, mientras me hablaba rápido y sin dejarme pensar en otra cosa, esperando esa reacción en mi. Cuando me vio mas relajada y ya con la bebida en mis manos, me preguntó mi nombre nuevamente, aunque ya lo había leído en el formulario de la cárcel.

- Soy Claudia Enriquez. Siento mucho todo esto... No esperaba reaccionar así.
- No te preocupes, lo cierto es que no vienen muchas "chicas" de la prisión, la mayoría van directamente a la estación de tren y vuelven a sus casas, así que nos "agarraste desprevenidos", ¡ji ji ji! Pero ahora si me prometes que te vas a esforzar por relajarte y sentirte bien, te muestro tu habitación. ¿Has comido algo ya?
- Si, antes de salir, pero la verdad es que no tengo mucha hambre en los últimos días.

- No, no, no. Tenés que alimentarte bien. “Panza llena corazón contento” decía mi mamma. Así que después que te instales si tenés ganas te venís a la cocina, ahí detrás de la recepción ¿la ves? Y te invito unos mates y algo de compañía.
- Muchas gracias Agnetta,
- ¡“Miucha”!, no me llames Agnetta, cuando me llaman así todos me preguntan si soy la cantante de Abba. ¡¡Jajajaja!!!

Miucha tenía una personalidad arrolladora, envolviéndote en ese estado de ánimo tan vital y vibrante, que no daba lugar a la tristeza. Aunque al mirarla directamente a los ojos, me pareció ver enormes profundidades y un dolor escondido. Había visto ese dolor en otros ojos a lo largo de los años y por muy bien disfrazado que se presentara, podría reconocerlo sin dudas.

Abracé a Miucha y agradecí a José sus atenciones mientras me llevaban a la habitación que tenían preparada para mi. Era la más lejana habitación en la parte trasera del hostel y por un momento pensé que a pesar de la demostración de buena voluntad, me estaban llevando lo más lejos posible. Miucha adivinó mis pensamientos y dijo entusiasmada:

- Te vamos a dar la habitación mas pequeña, pero ¡con las mejores vistas de toda la ciudad!

Abrió la puerta con cierta pompa y quedé boquiabierto, la habitación era pequeña, aunque acomodaba muy bien una hermosa cama de una plaza y media con su mesita de madera labrada y un pequeño escritorio adosado al placard que flaqueaba la puerta del diminuto cuarto de baño. Lo que me dejó sin palabras fue que, en la pared opuesta a la cama, habían instalado un enorme ventanal con las cortinas abiertas en ese momento. El ventanal miraba a la parte trasera del edificio. Un gran árbol daba sombra al jardín, enmarcando la vista y llenando la habitación de un frangente aroma. El terreno bajaba abrupto y las serranías salteñas, pintadas de los más intensos verdes, azules y marrones se alzaban majestuosas iluminadas por el sol.

- Yo la llamo la ¡ventana de la libertad! - dijo Miucha orgullosa
- los yanquis tendrán una estatua de la libertad. Pero ¡mira lo que tenemos nosotros!!! Jajajajaja

- Muchas gracias - alcance a decir, anonadada
- Me alegro que te guste. Acordate que voy a preparar unos mates y una sorpresita de bienvenida. ¿Querés dormir un rato?
- No lo sé... Creo que me daré una ducha, y en un rato iré a la cocina... La verdad es que querría hacerle algunas preguntas y necesito consejo... De verdad lo necesito.
- En lo que esté en nuestras manos te ayudaremos, acá tenés pago un mes y siempre podemos encontrar la manera de que te quedes si te interesa trabajar algunas horas ayudándonos en el hostel.
- Es muy generosa Miucha, sobre todo cuando no me conoce de nada...
- Ah pero se cosas de vos. Ayer recibí una llamada del director de la “institución”, y el me dio referencias tuyas... Me conoce de hace tiempo atrás... Pero esa es otra historia querida. - y volví a ver ese profundo abismo en sus ojos redondos - Te veo en la cocina cuando te sientas con ganas ¿sí?
- Muchas gracias, en una hora la veo allí.

Agradecí nuevamente y me quedé allí, de pie en medio de la habitación sin saber por dónde empezar mi nueva vida.

5

Me dí una ducha, mucho más larga de lo necesario, disfrutando el lujo de tener intimidad en mi propio cuarto de baño. Las toallas estaban recién lavadas, de tacto esponjoso y olían fragantes, no como en la prisión.

Un poco más relajada solo podía pensar en cual era el próximo paso lógico que podía dar. Antes que nada, debía llamar a mi abogado, la única persona fuera de la prisión con la que seguía en contacto, y pedirle una reunión. Seguramente él estaba mucho mejor informado para preparar una estrategia vital que yo en ese momento. Y quería encontrar alguna manera de obtener información de mi familia.

Me vestí con la misma ropa, pues no tenía otra mejor y saqué un par de monedas del pequeño sobre que me habían dado al salir de la oficina del director de la cárcel.

En el pasillo había un desvencijado teléfono público que colgaba de un estante en la pared, y aunque viejo, funcionaba. Las monedas me dieron muy poco crédito para hablar, pero no quería volver a la habitación, quería avanzar y hacer cosas ese día. Por suerte el abogado no estaba en la oficina en ese momento y dejé un mensaje en su contestador automático. Me había aprendido la dirección del hotel, pero no el teléfono así que le pedí que me llamara por la noche si podía averiguarlo o le llamaría yo misma por la mañana.

Conocí a Raul Schultz, mi abogado, cuando este se presentó en la prisión pocos meses después de mi traslado. Venía de parte de mi madre, quien lo había contratado en cuanto la llamé contándole que mi marido, me había enviado los papeles del divorcio a la cárcel. En esos momentos me encontraba desesperada y Raúl fue un rayo de luz en medio de esas tremendas circunstancias. No era abogado penalista y mi condena ya era firme, así que, con muy buena voluntad me ayudó a tramitar mi divorcio, la cesión de la custodia de mis hijos y los trámites de la pequeña herencia que me dejó mi madre. La pobre murió solo unos meses después de mi primer año encerrada.

Raúl se actuó durante mi encierro, como administrador de mis pocos bienes en el exterior de la cárcel, la casita de mis padres en Avellaneda, al sur de Buenos Aires y el pequeño adosado en la costa atlántica que mis padres

terminaron de pagar después de su jubilación y que disfrutaron muy poco.

Mi abogado se convirtió en mi amigo, y cada dos o tres meses me visitaba en la prisión, para que firmara recibos o autorizaciones de alquiler y reparaciones. Nada me importaba menos que esos trámites, pero él sabía que si podía mantener mi patrimonio yo tendría algo cuando saliera. Se lo tomó personalmente y aunque intentó mover algunos contactos para que revisaran mi condena, no había nada que hacer.

Con los años nos hicimos amigos; y terminábamos cada visita hablando de su vida, pues mi vida en la prisión no cambiaba para nada. Y me enteré que estaba de novio con el amor de su vida y que planeaban casarse. Habían esperado a que él pudiera establecerse como abogado y ahora querían casarse antes que se les pase el arroz. La ceremonia fue sencilla y se mudaron a vivir a Salta, así que para el nacimiento de su primer hijo, Lautaro, ya estaban establecidos como una familia respetable y él como un profesional valorado.

Nunca dejó de visitarme regularmente y de administrar mis escasos bienes. Su mujer me enviaba postres y su hijo pequeño algunos dibujos, que atesoré como pedazos de mi alma. Lo cierto es que fue uno de los pocos que pudo ver las inconsistencias de mi caso y se sintió culpable por no poder ayudar. Fue un hermano y ahora necesitaba su ayuda más que nunca.

Colgué el teléfono y camine por el pasillo en sombras hacia la cocina detrás de la recepción. Desde la puerta podía oír una canción melancólica. Un viejo tema country que conocía pero que no escuchaba hacía años. Miucha estaba sentada de espaldas, sujetando su cabeza con una mano y con la otra sujetaba el mate. Pero no se movía, pensé que lloraba. La canción decía algo así como: "Si la gente comprara lágrimas, mamá, algún día sería rica..." Me estremeció la letra y sin querer hice un pequeño ruido con el pie. Miucha se giró y la profundidad que había entrevisto en sus ojos al llegar al hotel, se hizo presente en toda su expresión. Ella intentó discimularlo pero esa canción le partía el alma.

- Lo siento mucho, no quería interrumpir.
- No te preocupes querida, es Melanie Safka. Hay pocas cosas que me lleguen tan adentro.
- La canción es bastante triste, Miucha.

- ¿Entendés la letra?
- Era, casi, profesora de inglés cuando me metieron presa... Casi... Mi vida está llena de “casis”
- Yo tuve que pedir que me la tradujeran, era la cantante preferida de Beatriz... Mi hija...

Otro abismo de dolor se asomó en sus ojos, y una pregunta se abrió paso en mi boca sin pensar en lo que estaba diciendo.

- ¿Estuviste presa, Miucha?
- ¿Yo? ¡No! ¿Por qué me preguntás eso?
- Hay algo en la forma en como me miras... No te lo puedo explicar pero lo he visto antes...
- Es una historia larga, querida. Y no estoy segura de que quieras oirla hoy, nada más salir de esos muros... Mi hija, Beatriz... Ella estuvo en la cárcel, hace mucho tiempo... Y la perdimos allí... Por eso el director me conoce. Él era administrativo en la propia prisión cuando pasó lo de mi hija... Ya te lo contaré más adelante, hoy es tu día, tu renacimiento. No te preocupes...

No supe como reaccionar y solo la abracé, sentada ella como estaba su rostro se acomodó en mi pecho y lloramos unas silenciosas lágrimas por un breve momento. Soltándome dijo:

- Voy a apagar el radio-cassete porque de otra manera ...¡Vamos a tener que secar el suelo!
- Me gustaría comprar ese disco, si me escribís el nombre de la cantante.
- Seguro que mi hijo te lo puede... ¿Cómo se dice? Bajar de internet. El es un fanático de todo eso.
- Yo, en cambio, ¡no tengo ni idea de cómo apretar una tecla! En la cárcel había computadoras pero yo nací en la época de las Olivetti.
- ¿Te gusta escribir?

- No lo sé, cuando estudiaba me gustaba mucho hacer composiciones, tendría que pensarlo.
- Quizás, primero...
- ¿Si?
- Deberías intentar conocer toda tu historia...
- Si, quizás. Y luego tendría un final y algunas respuestas.
- Bueno, no pienses más. ¿Sabés que sorpresa te tengo preparada?

Negué con la cabeza y una sonrisa asomó otra vez en mi cara cuando Miucha quitó el trapo que cubria la bandeja en el centro de la mesa.

- ¡Tortas fritas!

6

Pasé la tarde con ella, hablando de todo un poco. De las cosas que sabía, sobre el mundo fuera de la cárcel y de las que no tenía ni idea. La ayudé a hacer la cena y comimos en la pequeña mesa los tres. José, callado, parecía feliz de que Miucha tuviera compañía por fin y luego de una sobremesa relajada y acompañada de unas copitas de cognac italiano, según dijo Miucha; me despedí de la pareja afectuosamente y me encaminé directo a la confortable habitación.

La noche había caído hacia unas horas y por el ventanal abierto, la oscuridad de la tierra intentaba meterse dentro del cuarto. Me asomé al pequeño balcón y me vi obligada a levantar la vista, incapaz de escapar del maravilloso espectáculo frente a mí. En el más despejado cielo nocturno que jamás había contemplado, la Vía Láctea como una brillante columna vertebral, sostenía la profunda negrura del infinito sobre mi cabeza. Pero la negrura no prevalecía. Incontables puntos de luz titilantes perforaban la oscuridad. Y en cada una de esas estrellas pude ver una nueva esperanza.

7. Recuerdos de Sangre

Esa noche me fui a dormir tarde. Toda la charla con mis anfitriones, trajo a mi mente los recuerdos de otra terrible noche en la que mi vida cambió para siempre.

Por varios años no había podido alejar ese momento de mi cabeza por más de unas horas, y a la hora de dormir lloraba en silencio, intentando dar con una clave, una pista que me llevara a alguna respuesta. Pero estaba en prisión y entendí que solo podía esperar y sobrevivir.

La prisión es desesperante. Junto a la disciplina y al sentido de culpa que te imponen en cada cosa que haces; tienes que convivir con cientos de otras mujeres, las cuales han tenido vidas muy duras entre la violencia y el maltrato. Sobrevivientes y muchas de ellas malvadas hasta los huesos. Siempre buscando nuevas víctimas en las que volcar sus frustraciones. Las presas son violentas y hay una gran tasa de mortalidad por peleas y venganzas de sangre. Intentar mantenerme viva fue, más que una lucha, un aprendizaje. Tuve que adaptarme a la ley de la cárcel; luego de varias palizas, a las que me sometí sin presentar ninguna resistencia, y luego de pasar por la enfermería y el hospital hasta seis veces, por fin la suerte se puso de mi lado.

Un ángel de ira, vestido como un demonio casi femenino, se acercó a mí fingiendo crueles propósitos, que disfrazaban un intento desesperado por encontrar amistad y fuerza de grupo. Una fuerza que le permitiera dejar de pelear cada día para sobrevivir.

Era una reclusa nueva, con menos de un año de internamiento, que se había metido en cada pelea de patio en los últimos meses. Fue trasladada a mi celda, de la que yo era la única ocupante en ese momento. Leonor era hija de una robusta panadera polaca y de padre desconocido, aunque mirando sus rasgos se intuía la mezcla de razas europea e indígena.

Y Leonor siguió peleando cada día en el patio, volviendo con heridas que debía ocultar, pues si las guardias las descubrían podía pasar tiempo en aislamiento. Y ella no podía permitirlo; ella quería pelear. Necesitaba pelear. Yo me convertí en su enfermera secreta, ganándome su amistad y su respeto.

Leonor estaba presa por agresión a su marido y alguna vez me contó que estuvo a punto de matarlo. Él la había maltratado durante años hasta que ella pudo huir a una ciudad vecina y esconderse. Pensó que necesitaba aprender a defenderse, así que se inscribió en la única academia de artes marciales de la pequeña población y casi cuatro años después consiguió el cinturón negro en Hapkido, el "Bo Dan".

Pero su marido la estaba buscando y ella quería ser encontrada. Ahora se sentía fuerte y planeó su venganza.

Volvió a casa de su madre y esperó, aparentando rehacer su vida. Pocas semanas después, una noche, cuando volvía de hacer unas compras de última hora, su marido la esperaba en la puerta de su casa con dos amigos. Él olía a alcohol y la agarró del brazo, insistiendo en que Leonor era suya y que ahora se enteraría de lo que pasaba cuando alguien lo defraudaba de esa manera. El hombre se arrepentiría el resto de su vida de esa acción; como también sus amigos. Y Leonor acabó presa. No por defenderse de su marido, que tuvo que usar bastón el resto de su vida; sino porque dos días después de la agresión, se tomó revancha contra sus amigos también. La tienda que vendía bastones en la pequeña ciudad, tuvo un pico de ventas esa semana.

Pero seis años después, Leonor había sido puesta en libertad, cuando cumplió parte de su condena y jamás volví a verla.

Luego de esa temporada con ella, como amiga y maestra, yo no era la misma persona. Ya no recibía palizas y era respetada en la prisión. También había dejado de pensar cada día en el pasado, en todo lo que me había sido arrebatado y en ese horrible momento que cambió mi vida para siempre.

Mis pensamientos volvieron a la actualidad y tomé conciencia de la pequeña y oscura habitación en la que estaba. Era libre, después de dos décadas en prisión. Tiempo que me había cambiado por completo y que no recuperaría de ninguna manera.

Sola, en el pequeño cuarto del Hostal de Miucha y José, tan cerca de la cárcel que fuera mi terrible hogar por tanto tiempo, intenté dormir sin conseguirlo.

Había sobrevivido a todo y ahora era más fuerte. Era el tiempo de encarar la búsqueda de los míos y afrontar las consecuencias.

Entonces retiré los precintos que ahogaban los recuerdos y esa noche me permití recordar como había empezado todo.

8. Recuerdo de un asesinato sin asesino

Fue la primera vez que vi un cuerpo abierto de esa manera.

Había sido apuñalado en el estómago, y golpeado en la cabeza hasta matarlo, mientras estaba caído en el suelo.

Su sangre teñía de rojo la alfombra y su cabeza estaba abierta mostrando el interior de su cráneo destrozado. La oficina estaba en penumbras y sin embargo la luz de las farolas de la calle, que entraba las altas ventanas, parecía iluminar solamente el cuerpo en el suelo.

Conocía a ese hombre, le había visto en la calle en los días anteriores.

Intentando pasar desapercibido. Pero había notado que me seguía desde hacía un par de semanas.

Una mañana, cuando crucé la calle hasta el café frente a la academia en la que impartía clases, pude verle; de pie en la barra. Pensé salir y refugiarme en mi clase otra vez. Pero en vez de eso, seguí un impulso y me acerqué encarándolo.

- ¿Quién es usted? - pregunté ofendida - ¿Porqué me sigue?

Se mostró entre sorprendido y divertido. Y habló con tono conciliador.

- Creí que no lo había notado.
- Lo he visto muchas veces en las últimas semanas, y en lugares distintos. Siempre cerca y siempre con actitud de estar esperando. ¿Que está buscando?
- No tiene porqué preocuparse, Claudia. Soy detective. No como en las películas. Soy policía - habló sonriendo mientras me mostraba su placa y su identificación - Mi nombres es Ernesto Ramírez... y necesito su ayuda.
- Me quedé muda por unos instantes, sopesando las circunstancias. Estas cosas no pasan en la vida real, por lo menos no a mí.
- Lo siento, agente - dije actuando a la defensiva - No se me ocurre en qué podría ayudarle, soy una persona decente que no frecuenta malas compañías.

- Lo sé; aunque tenía que asegurarme de que no estaba involucrada antes de contactar con usted.
- ¿Involucrada en qué?
- No podemos hablar aquí, y para que me crea, debería mostrarle algunos documentos que no llevo conmigo. Si viene a esta dirección - y anotó algo en una de las servilletas de papel del café - digamos mañana a última hora de la tarde... a las ocho; se lo explicaré todo. Y podrá decidir si me ayudará o no.
- No estoy segura si puedo confiar en usted.
- El detective sonrió condescendiente y dijo sonriendo:
- Y hace muy bien, Claudia. Pero está en peligro... Mas bien está cerca de alguien muy peligroso y no puedo protegerla si no me ayuda.
- Sus palabras y su expresión corporal despertaron en mi subconsciente la pista de algo que había notado desde hacía tiempo. Algo que no funcionaba bien en mi entorno más cercano. Y sin entenderlo del todo acepté la invitación con reticencia.
- Está bien - dije insegura - nos veremos allí mañana.
- No tiene nada que temer de mí, se lo aseguro, no intento hacerle daño. Pero venga sola y no le cuente a nadie sobre esta entrevista, o ambos correríamos un peligro muy grave. Ni siquiera a su marido, ¿entendido?
- Lo entiendo.

Me despedí con un leve apretón de manos y volví a mis clases aunque no podía concentrarme, ni sacar la imagen de este extraño encuentro de mi cabeza.

Era cierto que en los últimos meses, Oscar, mi marido, se comportaba bastante extraño; sigiloso y esquivo acerca de sus asuntos de trabajo. Estaba segura que había algún tipo de problema que no quería compartir conmigo, pero pensaba que sería por no preocuparme con asuntos de dinero o clientes. Imaginaba que las conversaciones telefónicas ahogadas abruptamente cuando yo entraba en el salón, o las reuniones hasta altas horas, varias veces por semana; podrían ocultar un engaño amoroso, o algún tipo de negocio turbio. Pero me convencía de que eran imaginaciones mías. No quise ver las conexiones e incongruencias, hasta que fue muy tarde.

Que este policía me dijera que alguien en mi entorno era muy peligroso, no

hizo más que agudizar mis sospechas y en mi mente comencé a crear un escenario; incompleto, pero que iba teniendo sentido con cada hora que pasaba.

El día siguiente fue tortuoso, pensaba en lo disparatado de mis teorías del día anterior y hasta del peligro potencial que representaba encontrarme con un extraño a esas horas, sin compañía y sin conocer el lugar de encuentro. Pensé en enfrentar a mi marido y exigir una explicación convincente; aunque seguía escuchando las palabras del detective "No le diga a nadie"... "Ambos correríamos un grave peligro". Así que a medio día ya había tomado la decisión de asistir a la cita con el detective y escuchar lo que tenía que contarme. Luego me enfrentaría a cualquier peligro.

Oscar, mi marido, estuvo fuera desde muy temprano y cuando regresé por la tarde a casa, encontré una nota en la que me decía que había llevado a los niños de paseo y al cine; y como no pudo ubicarme en la academia, debería cenar sola esa noche. Pensé en los estrictos reglamentos de la academia y la política de no pasar llamadas o mensajes a los profesores a menos que fuera una emergencia real. (Los teléfonos móviles no se habían popularizado aún, así que dependíamos de las líneas de telefonía fija)

Era el momento adecuado y no tendría que dar excusas en casa para visitar al detective. Así que me vestí, preparada para la llovizna que empezaba a caer y me dirigí a la dirección que me resultaba vagamente conocida; para escuchar lo que este policía tenía que decirme.

9

Los nervios del momento me jugaron una mala pasada y el viaje en autobús fue más corto de lo que había previsto. Llegué media hora antes a la cita y me quedé frente al edificio un largo minuto antes de decidirme a entrar. Era un edificio de oficinas y una especie de gran almacén o archivo. Estaba cerrado y no había actividad a la vista. El horario de la puerta me confirmó que las oficinas cerraban a las seis de la tarde y sin embargo en el primer piso una de las ventanas mostraba la tímida luz de una lámpara de escritorio. Toqué el timbre, pero nadie abrió y frustrada tiré de la puerta, más como demostración de impotencia que esperando que se abriera. Pero se abrió sin resistencia. "Evidentemente me esperaban" pensé intentando convencerme de que estaba a salvo.

El mostrador de recepción estaba vacío y detrás del lujoso mueble, se adivinaban filas de estanterías, entre la penumbra rota por el reflejo de las farolas de la calle y el leve resplandor que desde el primer piso se filtraba por los ventanales internos.

Me pareció escuchar un leve sonido de pasos en el piso superior, y los vellos de la nuca se erizaron. Solo atiné a decir sin levantar mucho la voz: "¡Hola!" "Ernesto, ¿está ahí?"

Seguía escuchando pasos y claramente ahora ruido de cajas que golpearon el suelo.

Pensé que no me habría escuchado llegar y que, como me esperaba media hora más tarde, no prestó atención a ningún sonido extraño.

Pero la sensación en mi columna vertebral no se aquietaba con falsos pensamientos de seguridad. Y la voz de la prudencia, me gritaba que escapara; que corriera y no me involucrara en cuestiones que me venían grandes y que eran muy peligrosas.

Sin embargo, la duda es traicionera, y una vez arraigada en la mente incauta, se aferra y ahoga la razón y el buen juicio. Si este hombre creía saber algo sobre que pasaba con mi marido, tenía que averiguarlo.

Subí las escaleras despacio, intentando no hacer ruido y mirando atrás con desconfianza.

El piso superior era una gran oficina abierta, poblada de escritorios, todos del mismo tamaño y alineados marcialmente. Cada uno con su lámpara y su teléfono. Al fondo se adivinaban tres oficinas cerradas por mamparas, que

supuse serían para los directivos y en todas las paredes, había estanterías repletas de carpetas archivadoras. No se veía ninguna de las etiquetas debido a la penumbra casi total en la oficina. A mi izquierda, a unos cinco metros, uno de los escritorios tenía su lámpara encendida; como una isla de luz en medio de la penumbra más allá del potente foco de la propia lámpara. Inmediatamente noté unos zapatos que sobresalían de debajo del escritorio, con la suela hacia arriba. Alguien estaba tirado boca abajo detrás de la mesa y no parecía moverse.

Me acerqué con intención de prestar ayuda, no sé en que estaba pensando en ese momento, solo pensé que quizás Ernesto había tenido algún tipo de ataque o desvanecimiento y que no podía dejarlo tirado así.

Nada más llegar a la esquina iluminada, me di cuenta que era algo mucho más grave. Era Ernesto sin duda, y estaba tirado en un charco de sangre, su cuerpo caído boca abajo y sus manos parecían sujetar con terror su estómago por debajo de su cuerpo caído. Su cabeza estaba abierta y partida de una horrible manera. Aún en ese momento me negaba a creer que estaba muerto y me agaché intentando tocar la parte de su cuello donde no había sangre, con la esperanza de encontrar algún signo vital. Estaba asombrosamente tranquila, intentando entender que podría haber sucedido, pero sin temor alguno por mi seguridad. Allí de cuclillas con dos dedos de mi mano derecha en la gran vena de su cuello, entendí por fin que estaba muerto. Me pareció escuchar un roce a mis espaldas, pero no me dio tiempo a darme la vuelta. Sentí un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza y mi conciencia se perdió en los valles de sombra y de muerte.

10

Recuperaba la lucidez lentamente y no recordaba donde estaba, aunque la visión de la cara destrozada de Ernesto a escasos centímetros de la mía me trajo a la realidad rápidamente. Me levanté de golpe y tuve que apoyarme en el escritorio para no volver a desmayarme. Una marca roja con la forma de mi palma había quedado en la mesa cuando retiré la mano.

Estaba manchada de sangre y aturdida, pero la urgencia del momento me atenazaba el cuello y mi respiración comenzó a acelerarse.

Junto al policía muerto había un cuchillo enorme, manchado de sangre muy roja. Debía salir de allí. Recogí mi bolso de mano, manchado de sangre por

fuera y caminé lo más rápido que pude escaleras abajo, venciendo el mareo y la sensación de vómito que era cada vez mas pronunciada.

Sentía mi propia sangre caer por mi pelo y mancharme la mejilla derecha, y mientras bajaba lentamente, intentaba dar sentido a lo que podría haber pasado.

Abrí la puerta de salida y en ese momento entendí porqué el interior del edificio latía con una luz azul titilante. No escuchaba nada por el golpe, y todo sucedía en cámara lenta. Fuera del edificio me esperaban varios coches patrulla, con esas luces azules giratorias sobre el techo. En cuanto me vieron salir encendieron los faros, convirtiendo la noche en día y obligándome a cubrirme los ojos con las manos ensangrentadas. Todavía no logro recordar que gritaban en ese momento, pero en un instante me rodearon y al ver que no reaccionaba se abalanzaron sobre mí.

11

En el final del juicio el abogado de la acusación y todo el cuerpo de policía apoyándolo, presentaron las conclusiones de la investigación:

"La investigación posterior determinó, su señoría, que el cuchillo utilizado para "destripar" al detective de policía Ernesto Ramírez, pertenecía a un juego de la cocina de la acusada. En el registro de su vivienda y mientras la sospechosa se encontraba presente, se encontraron ocultos en una pequeña caja metálica entre su ropa, dos billetes de la empresa Ferry Lines con destino a Montevideo y una reserva en un hotel de la ciudad uruguaya con fecha del fin de semana siguiente al brutal asesinato, facturas de cenas en varios restaurantes céntricos.

Se llegó a la conclusión, señoría, que la víctima, quien era investigador de la división de contrabando internacional, mantenía una relación sentimental con la acusada; que pudo comenzar hace meses y que la acusada ante la negativa de la victima a acompañarla a una escapada romántica y la posible ruptura de la relación, invento una trama ficticia de contrabando internacional de Arte, e invitó al detective con falsos pretextos, a una reunión en una de las oficinas en las que su marido ejercía como consultor. Una vez allí discutieron y la acusada en un acto de ira, rajó el estómago del detective con el cuchillo, a la vez que este intentando defenderse empujó a la acusada contra uno de los escritorios. Ambos cayeron al suelo, como

muestra la foto C de las pruebas de la acusación. La víctima perdía mucha sangre y la acusada tomó esta pesada lámpara en ese momento (en la foto D vemos las manchas de sangre en la base de la misma) y remató al detective golpeándole en la cabeza repetidamente."

La sentencia fue: "Asesinato en circunstancias de Pasión", y una condena de Veinte años y un día de encarcelamiento en la prisión de mujeres del Complejo Penitenciario Federal 3, en la localidad de General Martín de Güemes, en la provincia de Salta.

Por veinte años reprimí los recuerdos. Por veinte años sobreviví a todo. Por veinte años solo pensé en encontrar las respuestas... y vengarme.

Hoy, veinte años después, solo quiero encontrar a mis hijos.

BÚSQUEDA SIN ESPERANZAS

12. Abogado

La mañana siguiente me desperté algo sobresaltada mientras José golpeaba la puerta de mi pequeña habitación con insistencia.

No había dormido tan profundamente en años y la verdad es que no quería dejar la cama.

- ¡Un momento! ¡Ya voy! - Dije en un volumen algo más alto de lo necesario

Me puse una bata de color fucsia chillón, que había encontrado en el armario la noche anterior y “entre-abrí” la puerta con desconfianza.

La cara de José mostraba todas las disculpas que necesitaba, pero igualmente habló muy suave y condescendiente.

- Lo siento, Claudia. Pero hay alguien que te espera en la recepción.
- Ah, ¿sí?, muchas gracias por venir a avisarme. ¿No es muy temprano para visitas?
- Son más de las diez...
- ¡Que barbaridad! Hacía años que no dormía tanto...

José sonrió aliviado y dijo satisfecho

- Es el “efecto Miucha”. ¡Te deja sin energías antes de dejarte ir! ¡Jajajajaja!
- Tienes una esposa fuera de serie, José
- ¡Lo sé! ¡Lo sé! - decía mientras se alejaba por el pasillo y levantaba la mano
- Le diré a tu invitado que te espere diez minutos.
- De acuerdo. ¡Graaciaaaas! - dije estirando la palabra mientras sacaba la cabeza por la puerta para verlo marcharse por el pasillo.

Entré a mi habitación y me vestí apresuradamente. No se me ocurría quien

podía visitarme al día siguiente de mi liberación y no estaba para hacer cábalas. Me peiné con una coleta y salí al pasillo con naturalidad.

Miucha me miró sonriente cuando pasé por la recepción y me guiño un ojo con picardía, sin dejar de atender a una pareja de jubilados que entraban ese día al hostel. Movié la cabeza en dirección a la mínima cafetería que José había instalado en una esquina de la recepción, y vi una cara conocida.

Raúl, mi abogado en los últimos diecinueve años, me esperaba sonriente, sentado en una de las pequeñas mesas contiguas al ventanal.

Me acerqué mucho mas relajada y Raúl se levantó y me abrazó amistosamente.

- Felicitades - dijo solemne
- Gracias, doctor. No lo hubiera superado sin su ayuda.
- Aún no puedes tutearme, después de tantos años. Tenemos la misma edad, ¿recuerdas?
- Bueno... Lo intentaré de ahora en más.
- Eso espero. Querría haber estado ayer en el momento de tu liberación, pero como me dejaste tan claro que no querías a nadie allí, me aparecí hoy por aquí. Espero que no te moleste.
- Al contrario, Raúl. Te agradezco mucho que vinieras desde Salta, sólo para verme.
- Hay clientes y hay amigos. Cecilia y yo te consideramos una amiga, y nos gustaría ayudarte con tu nueva vida.
- Se los agradezco, aunque todavía no estoy muy segura de cual será mi próximo paso.
- Convencí a Cecilia y a Marquitos para que se quedaran hoy en casa, porque tenemos que hablar de asuntos legales y no quería que el chico te volviera loca nada más poner un pié fuera. Está hecho un terremoto, igualito que la madre.
- ¡Jajajaja! - Me reí con ganas - Seguro que Cecilia dice lo mismo, pero al revés.
- ¡No lo dudes! Te hizo un arrollado de esos con jamón cocido que te gustan tanto. La encargada del hostel lo puso en la heladera, pero échale un ojo luego, porque lo miró con cara de perrito hambriento.
- ¿Miucha? Es una mujer encantadora y me recibieron como si fuera de la familia. Dale las gracias a Cecilia por el detalle, es una mujer muy sensible y siempre me hizo sentir aceptada. Espero compensarla algún día.

- Sabes que estábamos recién casados cuando acepté tu caso de divorcio. Yo abogado y ella asistente social, y sin embargo no pudimos demostrar tu inocencia o mantenerte en contacto con tus hijos. Para Cecilia fue una frustración enorme.
- No tienen ninguna culpa por lo que pasó... Yo aprendí a aceptarlo y a esperar. Y ustedes fueron un apoyo increíble durante todo este tiempo. No se como podría agradecerles.
- Pues, podrías venir a pasar unos días con nosotros mientras piensas que quieres hacer con el resto de tu vida. Te vendría bien descansar unos días con gente amiga. Dinero no te falta, pues las propiedades que te heredó tu madre, han dejado ganancias estos años, así que no tienes que trabajar por ahora.
- Te lo agradezco, Raúl. Pero la única idea que tengo fija en mi cabeza es encontrar a mis hijos.
- Lo se. Pero no será fácil. Traigo alguna información y el resultado de todos mis intentos en este tiempo. Pero se esfumaron hace mucho, y no he podido dar con su paradero actual.
- Necesito tu ayuda Raúl. No puedo ni caminar por la calle en el pueblo, me siento de otro planeta.
- Entonces, ¿por qué no pasar unos días con nosotros?
- Si no me pongo en movimiento ahora, empezaré a comerme la cabeza y a deprimirme.
- Lo entiendo y lo respeto. Pero recuerda que tienes amigos cerca. ¿Cómo piensas encarar la búsqueda?
- Aquí tienen conexión a Internet, así que me gustaría quedarme unos días y hacer... ¿Como se dice? ¿Búsquedas? Intentar encontrar a alguien de la familia de mi ex marido, o quizás a mis propios hijos. Dicen que todo el mundo está en “la red”
- No es tan fácil, Claudia. Yo puedo enseñarte cómo y donde buscar. Y quizás tengas más suerte que yo. Conociendo a fondo a tu familia podrás hacer mejores suposiciones que nosotros, ya que lo que para mí no significa nada, para vos puedes ser una pista importante.
- Necesitaré tu ayuda con la tecnología. Tengo que encontrar un hilo para tirar. Un principio por donde comenzar las averiguaciones. Todo lo que se me ocurra te lo haré saber... Agradezco tu ayuda, de corazón, Raúl.
- Ni lo digas, es un asunto personal para nosotros. Nos sentimos,

en parte, condenados injustamente como tu.

- Veo que traes una carpeta, ¿Hay nueva información?
- Muy poca. Empecemos por el principio.

13

Miucha se acercó en ese momento a preguntar si queríamos un café. Aunque ambos nos dimos cuenta que quería saber quien era mi apuesto visitante. Le presenté a Raúl, que aceptó un café con leche igual que el que Miucha estaba preparando para mí. Le conté rápidamente quien era Raúl y todo el apoyo que me habían dado él y su esposa durante mi tiempo en prisión. Y Miucha, sonriendo tiernamente, acarició el hombro de mi abogado repitiendo suavemente:

- Dios te bendiga, nene. ¡Que Dios te bendiga a vos y a tu mujer! No sabes que importante es tener amigos cuando estás ahí dentro.

-

Raúl me miró inquisitivo y entendí que había pensado lo mismo que yo la noche anterior.

- No - le dije cortante antes de que Miucha se diera cuenta de la pregunta que mi abogado había insinuado - Ella no estuvo presa, pero conoce a alguien que si.
- Es una historia larga y muy triste, nene - Respondió Miucha con los ojos húmedos. - Mejor te traigo el café.

Y se retiró antes de que pudiéramos darle las gracias.

Raúl abrió entonces la carpeta que traía y habló como si estuviera en un juzgado exponiendo su caso ante un juez.

- Oscar, tu ex marido se volvió a casar casi de inmediato.
- No me habías dicho nada de esto. Pensé que solo había desaparecido.
- Estabas en la cárcel. Solo querías ver a tus hijos y a pesar de todas mis diligencias, no era capaz de convencer a tu marido de que te visitaran. Cuando me enteré que se había vuelto a casar, me indigné y

fui a verlo a Buenos Aires. Pero la casa estaba vacía y nadie sabía donde se habían mudado. ¿Para qué amargarte con detalles de su nuevo estado civil?

- Hiciste bien en no contármelo, pero ahora necesito todos los detalles.

- Hasta donde pude averiguar, se casó con una mujer cercana a tu familia. Pero no consta el nombre en ningún lado. Averigüé el apellido unos años más tarde, era Torres.

- ¿Torres, dijiste?

- Si, ¿te suena?

- Si, Malena... Malena Torres...

- ¿La conocías?

- Más que eso, fue una de mis mejores amigas y la antigua novia de Oscar. Cortaron de malas maneras y cuando un año después él empezó a salir conmigo, ella dejó de hablarme. No la vi hasta el día que nació mi hijo Leandro. Ese día vino a verme a la clínica e hicimos las paces. Aunque nunca vino de visita a casa ni volvió a ver a Oscar. Al menos eso es lo que yo pensaba.

- Estoy seguro que tu marido la veía mientras aún estaba casado con vos y luego de tu detención...

- Luego de mi detención, ¿Qué?

- Cuando preguntaron a Oscar si alguien podía confirmar donde estaba, la citó a ella como coartada.

Bajé la vista entre avergonzada y furiosa. Habían pasado tantos años y sin embargo todavía me dolía. Pero tenía que conocer todos los detalles si quería tener una oportunidad de encontrar a mis hijos de nuevo.

Miucha se acercó a dejar los cafés y unas pastas, pero yo no pude mirarla, porque ella sabría de inmediato lo que me pasaba por la cabeza.

Bajé la mirada y giré la cabeza con la esperanza de que no viera mi rabia.

Pensé que lo había logrado porque pasaron un par de segundos sin sonido alguno. Pero Miucha seguía allí de pié, a mi lado, entendiendo por mi lenguaje corporal que había recibido malas noticias. Me acarició el pelo con la ternura de una madre y se marchó hacia la cocina, haciendo ruido con las chancletas sobre el suelo de baldosas.

Con la práctica desarrollada en veinte años de encierro y controles, enterré mis sentimientos y me tranquilicé lo suficiente como para seguir escuchando

esta vieja historia de traición.

- ¿Estás bien? - me pregunto Raúl preocupado
- Si - le respondí lo más natural que pude - No se porqué me afecta después de tantos años...
- Me hago una idea. ¿Quieres que siga?
- Si, por favor. Necesito todos los detalles.
- Bien, lo último que pude hacer es intentar encontrar a Oscar a través del gremio de marchantes de arte. Los dueños de galerías de arte son un círculo muy cerrado y un buen vendedor como Oscar no pasaría desapercibido, aunque intentara esconderse de un abogado.
- ¿Averiguaste algo?
- Increíblemente no. Nada de nada. Se lo tragó la tierra. Seguro que trabaja dentro de la misma profesión, pero quizás se dedique a tasar o a importar arte, con un nombre distinto.
- ¿Puede hacer eso? Digo usar otro nombre.
- Si, claro. Crea una compañía a nombre de alguien más y el sólo aparece en un contrato privado como socio capitalista. Hay muchas maneras de hacerlo y más en este país nuestro.
- Y en todos estos años ¿no apareció su nombre en ningún documento público? Recuerdo que siempre tenía que rellenar papeles de aduana y cosas por el estilo.
- Nada de nada, Claudia. Y me moví, te lo juro. Tengo “amigos” en aduanas que por un par de billetes de vez en cuando, me averiguan cualquier cosa. Pero nada de nada. Bueno, si tengo una sospecha en realidad...
- ¿Qué se te ocurrió?
- Hay un importador de arte que tiene un socio que se llama Torres de apellido, pero es de Montevideo, en Uruguay y por más averiguaciones que intenté no pude dar con el.
- Esta bien, Raúl... Aunque no lo creas me has aclarado muchas cosas. Ahora se me ocurre por donde empezar.
- ¿Si? ¿Por donde?
- ¿Te acuerdas de Amelia, mi compañera de celda?
- Si, mediana edad, robo a mano armada... Perdón, soy abogado.
- Si, “Robo a mano armada”. Pues Amelia es pintora ¿sabes? -

dije fingiéndome enojada por su comentario - Y resulta que muy buena.

Raúl tragó saliva, abrió los ojos y levantó las manos como rindiéndose. Y esperó moviendo la cabeza sin hablar, como invitándome a terminar mi idea.

- Resulta que me dio algunos cuadros - dije sonriendo - unas miniaturas que pintaba como terapia. Y pueden ser una gran excusa para acercarme a las galerías y a los marchantes. Si hay alguien que los pueda hacer hablar soy yo.

- Si, estoy seguro. ¿Todavía recuerdas algo de tus estudios?

- Seguro que si, y me puedo poner al día también. Hace años que no leo nada de bellas artes, pero no será difícil.

- Me gustaría que tengas cuidado, Claudia. No vayas a destapar un avispero e intenten hacerte callar.

- No te preocupes, se defenderme.

- ¿El Hapkido ese?, ¿Las técnicas que te enseñó la “ninja-reclusa”?

- Raúl, si fueras otra persona, ya habrían llamado a una ambulancia ¿sabes?

- ¡Perdón! ¡Perdón! Lo único que te pido es que tengas los ojos bien abiertos y en cuanto averigües algo me lo hagas saber. Me parece bien que sepas defenderte, pero como dijiste, el exterior de la cárcel ahora es como otro planeta para ti. No te arriesgues, por favor.

- No lo haré, no te preocupes. Supongo que los marchantes y los importadores de arte no serán tan peligrosos de todas maneras.

- ¿Quién sabe? - Dijo Raúl pensativamente - Bien, tengo que volver a Salta después del almuerzo porque me esperan en el juzgado. Te enseñó a manejarte en Internet y te invito a almorzar antes de irme.

- Cuando Cecilia se entere de que estás invitando a almorzar a las clientas, te mata.

- Sabe que eres una amiga, nada más. Y fue ella la que me dio algo de dinero extra para que te invite. - dijo con la boca torcida como si fuera un niño haciendo burla.

Me reí aliviada y volví a repetirle que tenía una esposa adorable; y el sonrió como sólo alguien que siente un profundo amor puede hacerlo, asintiendo con la cabeza y con los ojos brillantes.

- Me saqué la lotería, Claudia. ¡Me saqué la lotería!

14. Ciudad "Nuevo Mundo"

Diez días después de mi liberación me había convertido en una experta en redes sociales y búsquedas por Internet. En el hostel solo paraban jubilados y pasajeros en tránsito, y todos tenían su propia computadora que podía conectarse con la wifi del hostel. José se reía cada vez que me escuchaba pronunciar "Güifi" con acento en la última "i"; e intentaba poner acento estado-unidense y pronunciar "Guay Faaai", para que yo lo repitiera. Pero esta forma de conexión dejaba la computadora de la esquina de la recepción libre la mayoría del tiempo. Así que me pasaba horas leyendo noticias viejas, buscando nombres que recordaba y pensaba que podían estar relacionados con mis hijos, con mi ex-marido e incluso con Malena Torres. Raúl me había sugerido que viera algunos videos de Youtube, en los que explicaban con detalle como encontrar familiares después de muchos años a través de Internet y encontré que estos vídeos fueron mi mejor escuela. Todo era nuevo para mí y me parecía que la tecnología hubiera llegado en una nave del espacio.

Por la mañana hacía mis búsquedas e imprimía los resultados y luego del almuerzo me encerraba en mi habitación a intentar encontrar algunas pistas. Pero los días volaron sin que encontrara nada concreto. Mi familia había desaparecido y no tenía a quien acudir. Encontré en Facebook a primos segundos míos, pero aunque abrí una cuenta con datos falsos, no pude encontrar ni una foto en sus cuentas que me llevaran a mis hijos. Decidí guardar todos los datos de contacto que iba recopilando y crear una lista de teléfonos y de e-mails, para que llegado el caso pudiera contactar con ellos. Pero parecía que la familia se había dispersado luego del fallecimiento de mi madre; sus hermanas y los primos casi no se veían.

Encontré en uno de los perfiles, el de mi prima Ofelia, una foto de ambas en Santa Clara del Mar, cuando éramos adolescentes y pasábamos los veranos en la casita de vacaciones de mis padres. Ella había escrito un pequeño mensaje de recuerdo y de amor por la prima perdida y esperaba que algún día se hiciera justicia con mi caso. La foto llevaba en su página de Facebook casi ocho años.

Entendí que la familia no podía ayudarme, y se me acababan las opciones. No

encontraba nada de nada.

La noche del décimo día, luego de la cena en "familia", con Miucha y José; decidimos salir al fresco, a "escuchar la noche" en el porche del hostel, sentados los tres sin hablar, pero llenos de reflexiones interiores. Nuestras conversaciones durante la cena empezaban de manera coloquial, pero poco a poco fui conociendo la triste historia de la hija de Miucha y José. Un amor de instituto, probar la droga, discutir con sus padres, y fugarse con su novio. Luego el robo y la cárcel, y vuelta a empezar, hasta que la tercera vez que la detuvieron se vio envuelta en una pelea de la que no salió bien parada. Estuvo en coma durante nueve meses hasta que murió en el hospital, sin dar oportunidad a sus padres para arreglar las cosas con ella o despedirse. Por mi parte les contaba los avances y las pesquisas que hacía durante el día y pensaba en voz alta sobre las ideas por donde seguir buscando. Pero esa noche había confesado mi frustración por encontrarme en un nuevo callejón sin salida.

Así los tres nos sentamos en unas sillas de nogal de las que José se sentía muy orgulloso y disfrutamos de la suave brisa nocturna bajo el manto negro y poblado de pequeños diamantes brillantes, que es la noche en el norte de Argentina.

José se rascó sonoramente la barba y me miró inquisitivamente.

- ¿Que piensas, José?
- Bueno... es una suposición, pero si ya buscaste a todos los posibles socios, clientes y jefes de tu ex-marido, sin encontrar nada...
- Exacto, nada de nada. Desaparecieron y no hay pistas.
- Pensaba que si se seguía dedicando a hacer exposiciones debería tener un montador de cuadros, incluso una empresa que se encargue de enmarcar las obras. Quizás podrías seguir buscando por ahí.
- No se me hubiera ocurrido, José... En realidad es muy buena idea, pues si vas a trabajar con arte, necesitas gente de confianza para todos los montajes y preparativos... No sé todavía como me puede ayudar, ¡pero tengo el presentimiento que diste con la clave!
- Es que soy muy intuitivo cuando quiero - y miró a Miucha con picardía.
- Intuitivo si – dijo ella con su marcado acento italiano - pero no te hagas ilusiones que ya estoy cansada hoy. ¡Desvergonzado!

Nos reímos los tres con ganas y nos quedamos un rato más disfrutando del fresco y hablando de otros tiempos y de “bueyes perdidos”.

15

A la mañana siguiente me desperté con una idea que hizo latir mi corazón con fuerza. Recordaba que el hermano de Malena había trabajado en varias ocasiones para Oscar, montando exposiciones como jefe de cuadrilla y que se dedicaba a alguno de los trabajos manuales relacionados con las vitrinas y los marcos. No recordaba exactamente a qué se dedicaba, pero recordaba la calle donde tenía su taller. ¿Seguiría allí después de veinte años?

Cuando Miucha llegó a la recepción con su cafecito humeante, me encontró sentada en la pequeña mesa con la vieja computadora y enfrascada en mil búsquedas. No podía creerlo pero donde estaba el antiguo taller, hoy había una pequeña galería de arte, la calle era la misma, Camarones al 5100 casi esquina con la Avenida Lope de Vega, en el barrio de Versalles de Buenos Aires. Había hablado con él casualmente una vez veinte años atrás, pero no recordaba su nombre. Aunque la galería se llamaba "Torres Art" y seguían ofreciendo servicios de montajes de exposiciones.

Tenía por fin mi primera pista, así que imprimí un par de páginas con un mapa, la dirección y los datos de contacto de la empresa y me dispuse para el próximo paso en la búsqueda de los míos.

Ese fin de semana, visité a Amelia en la cárcel por primera vez. Había hablado con ella por teléfono varias veces, pero no quería acercarme a la prisión. Era libre, y sabía que no volvería a quedarme dentro, pero tuve que hacer un gran esfuerzo para llegar hasta la puerta del penal, y solo entré porque iba acompañada de Miucha y ella me tomó del brazo y entramos juntas. Amelia se emocionó al verme y la presenté con Miucha, quien se ofreció a visitarla "cada tanto" y mantenerla al tanto de mis averiguaciones. Yo no vendría por un tiempo, pues ya había decidido cual sería mi próximo paso: Ese mismo domingo por la noche, viajaría en tren a Buenos Aires, e intentaría inventarme alguna excusa para sacarle información al hermano de Malena.

16. Galería de Arte

Fue como una pequeña revelación; una idea que fue tomando forma en mi cabeza y que podría darme una posibilidad de que el hermano de Malena, compartiera alguna información útil conmigo. Antes de salir hacia la estación del tren, hablé nuevamente con Raúl, mi abogado y amigo; al que le pedí un favor bastante especial. Debía contactar con esta empresa, por teléfono, dando la impresión que enviaría una de sus asistentes a Buenos Aires, para intentar encontrar a la heredera de un valioso cuadro antiguo perteneciente a una supuesta cliente de su bufete de abogados, muy adinerada y recientemente fallecida. Era una cuestión de herencias y reclamaciones de la familia. Pero Raúl debía intentar dejar claro que ese cuadro había sido dado como herencia personal a Malena Torres, en agradecimiento por todos sus consejos al crear la fundación artística que "supuestamente" su bufete de abogados representaba. Raúl cumplió con creces su cometido y en la conversación con el dueño de la galería, le dejó ver que estaba buscando a Malena Torres y éste le confirmó que se trataba de su hermana, a la que hacía muchos años que no veía. Que no tenía manera de contactar con ella y que sin embargo el seguía en el negocio de las exposiciones.

- Entonces me dice que no sabe donde puedo encontrar a la señorita Malena...
- ¡Señora! Se casó hace casi veinte años, pero creo que conserva su apellido todavía. Lamentablemente perdí el contacto con ella hace casi quince años.
- Es una pena, pues mi asistente, estará en Buenos Aires varios días preparando una gran exposición de la fundación que estableció mi cliente y era la oportunidad perfecta para intentar encontrar a su hermana. Este cuadro en particular, una rara miniatura de Quinquela Martín, es sumamente valioso, pero hasta que no se aclare el tema de su propiedad no podremos exponerlo o inclusive re-comprarlo para incluirlo en la exposición. Es un tema delicado, usted me entiende.
- Y hablamos de un valor nominal de...
- La última tasación fue de casi noventa mil...

- ¿Noventa mil pesos?
- ¡Noventa mil dólares!

Raúl dejó que la cifra hiciera mella en la psique del viejo comerciante y esperó para escenificar el próximo movimiento.

- Entiendo - dijo con demasiada calma el hermano de Malena - ¿Podría darme más detalles de la obra? Sabrá que estoy en el negocio desde hace años y siempre es interesante saber de novedades y piezas que no han sido expuestas con anterioridad. Yo podría...

Raúl interrumpió cortésmente el hilo de pensamientos de Ángel Torres y dijo con fingido tono de resignación.

- Siento no poder decirle más por teléfono, pero mi asistente es la experta en estos temas, yo solo me ocupo de los asuntos legales, si piensa que podría tener una corta entrevista con ella, digamos pasado mañana, seguramente podrá enterarse de todos los detalles de la obra e incluso del trabajo de la fundación artística, de la que mi asistente es una de las principales asesoras. Nunca se sabe, señor Torres, si usted está en el negocio del arte, siempre hay posibilidades de colaboración en el futuro.

Raúl había dicho todo lo que podía y esperó a que el anzuelo fuera mordido. Hubo un par de segundos de meditación por parte de Ángel Torres.

- Será un placer recibir a su asistente pasado mañana, intentaré conseguir más datos sobre mi hermana y al mismo tiempo será muy interesante presentarle mi negocio.

El abogado torció el gesto desde el otro lado de la línea telefónica y dijo un muy educado "Muchas Gracias Señor Torres", antes de colgar la línea sin escuchar la falsa despedida de su interlocutor.

Ángel Torres colgó el teléfono y sin esperar un minuto envió un mensaje con su teléfono móvil:

"Hola, soy tu hermano. Alguien me acaba de llamar preguntando por vos. Llárame cuando puedas"

17. Buenos Aires

Decidí tomar el tren desde Salta hacia Buenos Aires. Raúl e incluso Miucha intentaron convencerme de que tomara un avión, pero el tren me daba cierta sensación de transición, comparada con la inmediatez del corto viaje en avión comercial. Necesitaba ver cambiar el paisaje, necesitaba la soledad de mi pequeña cabina y la comida mala que se servía en el pequeño restaurante del vagón número 7. Primero debía ir en un tren común a Tucumán y desde allí tomaría el de larga distancia hacia la "Capital". Quería un asiento cómodo, y nada más, pero Raúl compró un boleto en un camarote con litera para mí, pues quería que estuviera cómoda y fresca al llegar. Raúl y Cecilia fueron hasta la estación conmigo y no ocultaban su preocupación por mi decisión de buscar a mi familia después de tantos años. Mucho más por el hecho de que lo hiciera sola en una ciudad que, a pesar de ser donde había crecido, no había visitado en dos décadas. Se habían ocupado de abrirme una cuenta corriente, y de hacer que me dieran una tarjeta de débito para que pudiera sacar dinero de cualquier sucursal y no tuviera que cargar con grandes sumas. Para mí este avance, era algo sacado de una película de ciencia ficción. De los cajeros automáticos no quería ni oír hablar por ahora.

También me compraron un teléfono celular, nada sofisticado, un teclado y una pequeña pantalla donde salían los breves menús, pero que por un par de horas cautivó mi imaginación, no podía creer que ese pequeño aparatito pudiera reproducir música y sacar fotos. En la cárcel algunas "chicas" tenían teléfonos y reproductores de música que su familia les traía. Pero en mi caso solo mi abogado me visitaba y no tenía a quien llamar, así que mientras estuve presa, escuchaba la radio y leía libros de la biblioteca.

Pedí a Raúl que me grabara la canción de Melanie Safka y varias similares, para escuchar en el trayecto de Salta a Tucumán; lo que me daría tiempo de familiarizarme con el teléfono y sus funciones. Incluía un contrato, que según Cecilia, no me dejaría incomunicada por falta de crédito. Intentó explicarme como funcionaba pero le dije que mejor lo averiguaría sola, pues eso me daría algo en qué pensar durante el viaje. Me abrazaron y como dos progenitores preocupados por una hija adolescente en su primer viaje en solitario, me colmaron de consejos y buenos deseos. Los vi de pie, en el andén mientras el

tren se alejaba y sentí nuevamente a la soledad sentándose a mi lado.

El viaje en tren fue muy agradable, los vagones no eran nuevos, o lujosos y se notaba cierto descuido en el mantenimiento, los baños no estaban del todo limpios y la gente caminaba sin cesar por los pasillos hablando y hasta fumando en las ventanillas abiertas en los recovecos más escondidos de cada vagón. Me recordaba un poco a la cárcel, pero en cuanto abría la puerta de mi pequeñísima cabina y me mezclaba entre la gente, perdía inmediatamente la sensación de encierro. Si comparaba el tren con mis últimos años en el penal, era del todo un lujo, y lo apreciaba con agradecimiento y cierta dosis de asombro.

18

La terminal de trenes de "Retiro" había cambiado mucho, aunque los alrededores seguían siendo conocidos para mi, no fui consciente del cambio hasta que empecé a caminar por las calles arboladas y los parques coloniales de la Capital del país. Todo era más moderno, y a la vez la gente era distinta. Los edificios y las calles estaban allí, pero descuidados, había pilas de basura en las calles, que podía deberse a que llegué a primera hora de la mañana. La gente caminaba en silencio, con la cabeza gacha y con prisas. La ciudad había cambiado y extrañaba las risas y la vida que siempre habitaba en las entrañas de "mi ciudad" fuera la hora que fuera.

Caminé unos minutos con estos pensamientos y sentimientos arbolados en mi alma; hasta que entendí que quizás era yo misma la que había cambiado y que no era la ciudad la que caminaba gacha. Los años de encarcelamiento me habían domesticado, me habían quitado la alegría de vivir y la sonrisa; caminaba con la mirada baja, intentando no dar motivos para la ira de los que me rodeaban, no provocar, no ser lastimada. No era únicamente mi ciudad la que había cambiado, era yo misma. Me detuve ante una vidriera oscura, en uno de los comercios cerrados a esa hora y vi mi reflejo: Una mujer mayor, con pelos color plata y bolsas debajo de los ojos. La niña de veintitantos se había ido y con casi cincuenta años volvía a ver mi rostro reflejado en gran ciudad. No me gustó lo que vi.

Me apresuré a parar un taxi que deambulaba despacio en las calles vacías y le di la dirección del pequeño hotel donde me alojaría.

Solo quería llegar y prepararme para la búsqueda que comenzaba y que se me antojaba inútil a la luz del alba porteña.

19

Me preparé lo mejor que pude para la entrevista con Ángel Torres. Me teñí el pelo de color castaño claro y estrené unos anteojos de marca que me daban un aspecto de "ejecutiva bondadosa", como me había descrito Raúl por la foto que le envié con el nuevo teléfono celular.

Ángel me recibió con cortesía y con cierta lejanía. Se interesó por el cuadro, haciendo muchas preguntas. Por mi parte solo rogaba que mis averiguaciones en Internet hubieran sido exactas. El dossier que llevaba conmigo y que atentamente le mostré sin dejarle examinar demasiado, pareció convencerle. Aunque se limitó a disculparse y a decirme que la última noticia que había tenido de su hermana Malena fue cuando la visitó en su casa hace casi veinte años.

Malena vivía en una cómoda casa en un "Country" en Tortuguitas, pero yo nunca le había visitado; así que no tenía idea sobre donde buscar.

Atentamente el señor Torres me informó que si podía averiguar algo en el futuro sobre el paradero de Malena, se lo haría saber a mi "jefe" en el estudio de Abogados en Salta.

Me despedí fríamente, desilusionada del resultado de la reunión y deseando saber por donde seguir mi búsqueda. Nos pusimos de pié y antes de que me acompañara a la salida nos dimos las manos para despedirnos; y en ese instante quedó ante mí vista tarjeta postal que colgaba de una placa de corcho en la pared detrás del escritorio de Ángel. Casi tapada entre otros tantos recordatorios y notas, la postal destacaba por la belleza del paisaje fotografiado, decía:

"Barrio Privado Las Pircas, tu vida comienza aquí. Mendoza, Argentina".

Caminé por la tranquila vereda hasta la avenida, sabiendo que Ángel Torres seguía mirándome mientras me marchaba.

La postal podía ser una pista, pero tenía que comprobarlo. Mendoza estaba lejos y no recordaba si existía mucho mercado para anticuarios y marchantes de arte en la provincia. Debía comprobarlo, pero antes tenía que visitar la que fuera mi casa y el lugar donde esa fatídica noche toda mi vida cambió.

20

El edificio de la empresa donde me detuvieron ya no existía, en su lugar habían construido unos chalets, pequeños y pareados; con sus caminitos y jardines. Había árboles que habrían crecido mientras yo estaba encerrada y la zona ya no era una zona comercial o industrial.

La empresa, donde el asesinato había ocurrido, se trasladó al interior del país; aunque nadie supo decirme donde.

Me quedaban dos opciones y decidí intentar agotarlas antes de rendirme o de viajar en una infructuosa búsqueda a una ciudad que desconocía por completo. Debería haber quedado algún rastro de mi vida en esta ciudad, mis hijos nacieron aquí y yo no pararía hasta encontrarlos. Decidí visitar nuestra antigua dirección.

La casa donde vivíamos seguía igual que aquel día, la habían pintado de un horrible color salmón y las ventanas tenían más rejas que antes. Pero por lo demás casi nada había cambiado. Toqué el botón del timbre sin reconocerlo y escuché ruidos dentro. Una mujer mucho más joven que yo, se asomó por la pequeña ventanita en el centro de la puerta de entrada, no me reconoció y a través de los pequeños barrotes me habló en voz alta:

- ¿Es la asistente social?

Pensé rápidamente cual debía ser mi respuesta, y por qué me hacía esa pregunta y decidí intentar algo.

- Soy la visitadora, la asistente vendrá luego.
- ¡Les dije que era una urgencia!
- ¿Que...? ¿Qué ha pasado? - dije dubitativa
- El le pegó de nuevo ¡Ella es una señora mayor para aguantar esto! - dijo la joven muy alterada.
- Perdóneme, pero soy nueva y... - Debía pensar una excusa rápido o marcharme - Solo me enviaron para que me enterara de lo urgente de la situación, la asistente no tardará en venir... ¿Quién ha pegado a quien?
- Mi padre ha pegado a mi madre... Bueno, mi madrastra. Otra vez.

Está descontrolado. El no era así pero ahora es violento y no soporta que le lleven la contraria.

- ¿Puedo pasar y hablar con tu Madre?.. Madrastra, digo.

La cerradura giró ruidosamente y la puerta se abrió, no esperaba tener esa sensación, los años se me vinieron encima y solo atiné a dar un paso dentro de la casa luego de un gran esfuerzo de voluntad.

- Está aquí en la cocina, pase por favor - me dijo la muchacha más tranquila.

- Hola Señora, soy Claudia... una visitadora social.

La mujer me miró aliviada y habló con dificultad.

- Gracias por venir, pero es solo una disputa doméstica, no hacía falta... –

La joven la miró enfurecida

- ¡¿Cómo que no hacía falta?! Tenemos que ir al médico y que te hagan ver ese pómulo.

- Kata, ya te dije que fue solo un accidente, no hacía falta que llamas a un asistente social... El es... es tu padre y ya lo arreglaremos entre nosotros...

Miré a la mujer y vi el miedo en sus ojos, no me atreví a hablar por miedo a que la furia que había acumulado en esos minutos explotara ante esta situación tan injusta. Respiré profundo y pregunté de la manera más profesional que pude, como habían hecho conmigo tantas veces en la prisión las asistentes sociales y tantos otros funcionarios.

- ¿Cual es su nombre, señora?

- Me llamo Sara Wolwich.

- ¿Cuanto hace que está casada con su marido?

- Veintidós años... Nunca se había portado así. Es que hace un año perdió su trabajo y estamos a punto de perder la casa...

- No pude evitar preguntar

- ¿Cuanto hace que viven aquí?
- Casi veinte años... Compramos esta casa a través de un amigo de otro amigo; estaba muy barata y los dueños querían venderla lo antes posible porque se mudaban al interior, fue un regalo del cielo. - La mujer comenzaba a entrar en confianza y hablaba de un tema que era mucho más gratificante que su actual situación.
- Ajá - dije asintiendo con la cabeza como para seguir el hilo de la conversación - ¿donde se mudaba la familia que les vendió la casa?
- A Mendoza creo recordar, les envié las cartas a una dirección de un apartado postal por varios años...
- ¿Y ustedes se mudaron enseguida?
- Si, mi marido es mayor que yo y era viudo, con una hijita pequeña. Así que cuando nos ofrecieron esta casa no lo dudamos, pero su carácter se fue agriando con los años y la bebida es muy mala... Intenté que buscara ayuda, ya sabe, alcohólicos anónimos y eso; pero se enfurece cada vez que se lo digo... Y terminamos así... No es una mala persona, pero necesita ayuda y yo lo quiero... - Mirando a Kata repitió - ¡Lo quiero de verdad!

La hija estaba llorando en silencio. Pura impotencia ante una situación sin solución y viciada... Y la puerta de calle se abrió haciendo el mismo ruido que unos minutos antes me había recibido dentro de la antigua casa de mi tragedia. Algo de esa vieja energía todavía flotaba en esas paredes.

El marido, de cuyo nombre nunca me enteré, entró despacio, apestando a vino barato y se quedó mirando la escena en la cocina. Paseó su vista por el rostro de su hija y el de su mujer, para detenerse en el mío.

Yo desentonaba allí con mi pelo de peluquería, mi traje sastre y esas “gafas de marca”. Enseguida se dio cuenta del tema de nuestra conversación y se enfureció aún más. Había bebido, pero no estaba borracho del todo, solo lo justo para no inhibirse por mi presencia.

Mandó a su hija a salir fuera gritando y moviendo los brazos. La joven me miró suplicante y con un gesto de la cabeza le hice entender que debía esperar fuera. Sara, instintivamente se refugió detrás de mí mientras se disculpaba en voz baja y gemía descontroladamente.

Me puse en pie e intenté calmar al marido, que seguía vociferando e insultando a su mujer y a mí por "venir a meterme en los problemas de otros". Intentó apartarme para agarrar a su mujer del brazo y reaccioné sin pensarlo.

Como un resorte, mi mano saltó sobre su muñeca un segundo antes que pudiera agarrar el brazo de su mujer, Sara. Retorciendo su brazo le obligué a alejarse de la mujer antes de soltarlo. Una furia animal le iluminó los ojos y mientras Sara salía corriendo de la cocina hacia la parte delantera de la casa, donde estaba su hija, el marido se abalanzó sobre mí.

Todo pasó muy rápido y mis reflejos eran mucho mejores que los del pobre hombre, con dos certeros golpes, uno en el estómago y otro en el brazo con el que intentaba golpearme lo dejé sin aliento de rodillas. Me alejé fuera de su alcance y rogué que no intentara agarrar alguno de los cuchillos que había sobre la mesada. La situación podía ponerse muy fea. Sin embargo, el pobre hombre me miró y recuperando el aliento solo atinó a decir:

- Perdón... Yo no soy así... Nunca, jamás había actuado así... ¿Que me ha pasado?... ¿Qué me ha pasado? - y sus lágrimas mojaron el mismo suelo que veinte años antes habían mojado las mías; ese lejano día cuando entendí que mi vida se había acabado... La misma cocina, la misma mesada y otros cuchillos que por lo menos esta vez, no tuvieron nada que ver con una tragedia.

Había ruido en la parte delantera de la casa, los vecinos alertados por los gritos habían llamado a la policía.

Entraron por la puerta delantera acompañados por las dos mujeres, solo para encontrar al marido sollozando de rodillas en el suelo de la cocina, sin más compañía que sus lágrimas. Yo había salido por la puertita que daba al fondo de la casa y me escabullí por el jardín de los vecinos, que conocía tan bien, agradecida que la casa hubiera cambiado tan poco con los años.

Caminé a paso ligero por casi media hora hasta que llegué a una cafetería nueva en la avenida Simón Bolívar, y luego de pedir un café en la barra, me encerré en el baño de señoras y lloré hasta que la tensión del momento se disipó lo suficiente para poder pensar.

Sara, en la breve conversación que habíamos tenido, me confirmó el próximo paso que debía dar en mi búsqueda. La familia estaba en Mendoza; e iría allí, a encontrar a mis hijos y tratar de entender que había pasado.

21. Marchante de Arte

Antes de abandonar Buenos Aires, y a pesar de sentir la urgencia de continuar la búsqueda de mis hijos; me sentí en la obligación de intentar vender los cuadros de Amelia. Por mis averiguaciones en Internet, no había otro sitio en el país con más galerías de arte, algo que no había cambiado en los últimos veinte años.

Imprimí una lista de las 20 galerías que me dieron la impresión de trabajar con cuadros con el estilo de Amelia, y dediqué los tres días que me quedaban antes del viaje a Mendoza, a visitar a los posibles compradores con mi pequeño tesoro.

En general me trataron con mucha amabilidad, excepto alguno de ellos que me cerró la puerta en la cara. Pero en las galerías más importantes, miraban por encima los lienzos y se excusaban de mil maneras diferentes, alegando que la obra no encajaba con el estilo artístico de la agencia, que no eran comerciales, que no entraban en la tendencia actual... Terminé asqueada de excusas.

Me quedaban por visitar solo un par de agencias y galerías. Y todavía no había conseguido que aceptaran si quiera examinar la obra de Amelia.

Entré en un pequeño local que era la oficina de un representante de las galerías de arte del interior del país en Buenos Aires. Pensé que quizás si esta persona aceptaba ver la obra de mi amiga, se abrirían más oportunidades que con una sola galería. Tal vez una gira de los cuadros por el interior. La verdad es que no renunciaba a nada; tenía mucha fe en la pintura de Amelia.

Seguía vestida como el primer día, lo que me hacía parecer una representante más que una artista, y entré con paso firme intentando desplegar toda mi feminidad y mi encanto personal. Deseaba parecer segura sin demostrar que por dentro estaba muy nerviosa.

Por primera vez la persona que me recibió parecía interesada. La recepcionista detrás del elegante escritorio y rodeada de manera desigual de pinturas y esculturas, miró los cuadros con atención y sin mediar palabra llamó a su jefe.

- Si puede esperar unos minutos - me dijo amablemente - Mi jefe examinará las obras y podrá darle alguna respuesta.

Agradecí entusiasmada y esperé mientras la elegante empleada llevaba los cuadros a la parte de atrás, donde luego de un pequeño pasillo se adivinaba una lujosa oficina. No pude ver la cara de la persona dentro, pero entreví las mangas de un traje caro y una corbata con detalles dorados. Las manos eran las de una persona madura pero aún conservaban esa vitalidad y fuerza, mientras extendía los cuadros sobre su escritorio y los cambiaba de orden. Estaba interesado y se tomaba el tiempo para decidir si estas obras podrían valer la pena.

Luego de unos minutos de silencio, escuché susurros y la recepcionista salió de la oficina haciendo sonar sus altísimos tacones sobre el suelo de cerámica del pasillo. Se acercó hasta la puerta y me invitó a seguirla.

Adopté toda la seguridad de que disponía e imité su andar mientras la seguía dentro de la oficina de su jefe.

Era un hombre maduro, de mi edad aproximadamente y completamente calvo. Me miró sonriente y afablemente me invitó a sentarme. Había algo conocido en su rostro, pero quizás se debiera a que ese mismo día había visto a otros ocho empresarios de arte y todos los rostros se mezclaban en mi cabeza.

- Le agradezco - dijo cordial - que decidiera visitarnos hoy. Ha sido del todo una casualidad inesperada, pero su obra encaja perfectamente en un nuevo “tour” que estoy preparando para algunos artistas noveles del interior del país. Todos pintan sobre temas tradicionales pero en distintas técnicas y la verdad es que nos faltaba un pintor realista.
- Me ha entendido mal, no soy la artista, solo la represento en este momento pues ella... bien, no está disponible para entrevistas...
- Ah! Ya veo... ¿está de viaje?
- ¿Quién? - dije sin entender la pregunta.
- La artista, digo. ¿Está en el extranjero, quizás?

Me tomó por sorpresa y respondí sonriendo nerviosamente.

- Eh... no... digamos que está... Bien, un poco... Presa.

- ¿Un poco presa? ¿Quiere decir que es una presidiaria? - Preguntó con cara seria

Decidí contestar con la verdad, pues no tenía caso comenzar a mentir, ya encontraría alguien para que exponga las obras de Amelia si los prejuicios eran un problema para este empresario.

- La verdad es que está recluida en un penal de mujeres de la provincia de Salta, hasta el año que viene... - Mis ojos se humedecieron solo de pensarlo.
- ¡Perfecto! - dijo el marchante con expresión alegre en su cara. - ¡Espero que no esté presa por falsificar pinturas! - y soltó una breve carcajada.

Me quedé de piedra y lo miré esperando una aclaración

- Su amiga pinta realmente bien, y estos tamaños hacen que sus cuadros sean muy llamativos para nuestros clientes. Y encima de todo, hay una historia que da un trasfondo sórdido a la artista... Si me disculpa la expresión. Puede ser muy atractivo para mis compradores, si hago el marketing adecuado...

Sonreí aliviada ante lo insólito de la propuesta. El marchante me miró sorprendido y preguntó:

- ¿La conozco?... ¿Hemos tratado con anterioridad? Estoy seguro de que si.
- Seguramente no, estuve fuera bastante tiempo y esta es la primera vez que intento activamente vender una obra de arte...
- ¿Cuál es su nombre? - dijo sin creer que nunca nos habíamos visto.
- Soy Claudia Enríquez...

Ahora el que estaba petrificado era el empresario.

- No es posible... No puede ser... - se acarició la calva y abrió mucho los ojos y volví a ver ese rostro conocido a través del brillo que desprendieron por un segundo sus pupilas.

Me miró y habló pausadamente.

- Claudia... Yo creí... Me dijeron que habías muerto... Quizás no me recuerdes, han pasado muchos años... Soy Rafael... Andretti...

De repente casi treinta años de recuerdos se desplomaron sobre mí y recordé mi juventud como si hubiera sido ayer.

- ¡Andretti! Cómo olvidarme, la secundaria, la escuela de arte, el barrio viejo... ¿Qué te pasó en el pelo? - Dije sin poder contener una sonrisa - Estaba enamorada de tu flequillo ¿recuerdas?

Sonrió con ganas y extendió sus manos sobre el escritorio para tomar las mías, sonreíamos sin saber que decir...

- Es un milagro - Dijo por fin
- -Estuve presa, Rafael. Veinte años, por un asesinato... que no cometí. Hace menos de un mes me soltaron. Estoy buscando a mis hijos, a ellos también le dijeron que había muerto...

Las lágrimas empezaron a brotar y ambos lloramos en silencio unos minutos, agarrados de las manos y sin saber cómo procesar este encuentro. Rafael habló primero y soltándome las manos buscó un pañuelo para que me secara las lágrimas de la cara. El usó las mangas del traje carísimo y dijo por fin.

- Claudia Enríquez... Quiero saber exactamente qué pasó me gustaría ayudarte por supuesto. Creo que tengo alguna información sobre tu hija que te podría ser útil... Aunque es de mucho tiempo atrás.

22

Salimos del local y Rafael instruyó a su recepcionista para que no le pasara llamadas a su teléfono celular. Entramos a una cafetería muy coqueta a pocos metros y nos sentamos en una de las mesas junto a la vidriera. La gente pasaba indiferente, pero mi mundo se había fortalecido con este encuentro. Un viejo amigo, alguien que me conectaba con esa persona que fui y una esperanza de encontrar por fin una pista sobre mis hijos.

Rafael comenzó contándome que estuvo en el juicio, aunque esos días yo no podía reconocer a nadie. Y que la siguiente información la recibió de mi marido, cuando ante un llamado del propio Rafael, éste le contó sobre mi muerte en la prisión.

- Quedé devastado, Claudia. Yo te apreciaba mucho... si debo decir la verdad estuve enamorado por mucho tiempo...
- Nunca lo supe, Rafael.
- No te preocupes. Me casé hace quince años y me divorcié hace diez. Ahora estoy solo. Pero hablemos de lo que importa en este momento.
- Dijiste que tenías información sobre Vanessa...
- Si, claro. Déjame empezar por el principio. Cuando Oscar me dijo que habías muerto en la cárcel, se me partió el corazón. Sabía que no podías ser culpable, así que en honor a tu memoria decidí enterarme de cómo seguía tu familia a lo largo de esos años. Supe que Oscar había empezado a trabajar para una empresa Uruguaya, justo después del juicio y para mi sorpresa era de alguien conocido.
- Lo se, Malena Torres.
- De su padre, aunque me sorprende que estés enterada. ¿Sabes que se casaron poco después?
- Si, mi abogado estuvo en contacto hasta poco después de su matrimonio, pero les perdió la pista.

- Estuvieron en Uruguay unos meses y luego volvieron para vender la casa.
- Y se mudaron a Mendoza. - dije ante la mirada inquisitiva de Rafael
- Hice mis averiguaciones, pero es todo lo que se. No hay dirección o ninguna pista. Y también sé que están usando el apellido de Malena, que por desgracia es muy común, así que no me ha llevado a ningún lugar seguir esa pista.
- Bien, quizás esta información pueda darte un comienzo. Hace cuatro años estuve en una exposición de esculturas en el museo provincial de arte de Mendoza. Una chiquilla exponía algunas obras dentro de una muestra de escultores locales. Ya sabes que no hay muchos escultores en el interior, y la obra era realmente buena. Me presenté con la artista que dijo llamarse Vanesa Torres.

Di un respingo en mi silla y no pude contener el levantar la voz.

- ¡Vanesa! - y bajando el tono - ¿Es escultora? - pregunté sonriente.
- Y muy buena, por influencia de su padre estudió en Italia y querían que se afincara allí, por lo menos eso me contó en la breve charla que tuvimos. Pero ella se sentía muy unida a su hermano y pensaba que no podía dejarlo solo con sus padres... Eso fue lo que me contó antes que la llamaran por un posible comprador para una de sus obras.
- ¿Cómo estaba? ¿Era feliz?
- Ya sabes, en esas recepciones uno se ríe mucho y estrecha muchas manos. Pero me pareció un poco triste al hablar de su familia.
- -¿Estás seguro de que era ella? No era más que un bebé cuando todo esto pasó.
- Sin dudas, pues cuando me marchaba, llegaron los padres de la chica. Y aunque ellos no me reconocieron sin mi “flequillo loco”, eran Malena y Oscar. Yo me marché sin saludarles, vos estabas muerta y no quería arriesgarme a que la chica preguntara cosas que no podía responder.
- Hiciste bien y te lo agradezco. Yo tengo un pasaje para viajar

mañana a Mendoza. La verdad es que no sabía por dónde empezar a buscar. ¿Crees que podrías conseguirme algún contacto con Vanessa?

- Lo intentaré, puede ser que el director del museo tenga contacto con ella. Pero ¿estás segura que no quieres posponer tu viaje hasta que encontremos una pista más firme?

- No - dije cortante - Debo estar allí, y tengo una pequeña pista sobre donde pueden vivir Oscar y Malena. Si los encuentro...

- ¿Qué harás si los encuentras?

- No lo sé, todavía. Sólo quiero ser parte de la vida de mis hijos nuevamente.

23

El teléfono sonó varias veces en casa de Malena Torres antes que ella contestara.

- Diga - dijo ella intentando tranquilizarse, pues ya conocía quien llamaba.

La persona del otro lado del aparato tenía un fuerte acento ruso, pero habló en perfecto castellano.

- Soy Radoslav, la pieza ha sido declarada desaparecida hace dos días y el seguro ha cubierto el valor nominal hoy. Ya podemos encargarnos del traslado.
- Muy bien - dijo Malena - Llamaré a mis contactos en... - y se interrumpió, pues no debía dar nombres o lugares por teléfono - digo, que llamaré a mis contactos en la zona y arreglaré el transporte para dentro de cuatro semanas. ¿Han hecho el depósito que solicité por el traslado?
- El dinero está en su cuenta desde hace diez minutos.
- Muy bien, en pocas semanas tendrá su paquete preparado.
- Contácteme cuando tenga la pieza en su poder y le indicaré cuando debe entregarla y a quien. Muchas gracias.

Radoslav, quien por supuesto no se llamaba así, cortó sin dar oportunidad a Malena a despedirse, y ésta colgó lentamente el auricular, perdida en las expectativas de ganancia que este particular negocio le traería.

24. A la vista del Aconcagua

El viaje a la provincia de Mendoza había sido agotador y me planteaba firmemente tomar un avión la próxima vez que tuviera que hacer más de mil kilómetros de trayecto. Aunque el tren era cómodo y un servicio nuevo que había sido inaugurado a bombo y platillo pocos meses atrás, sólo llegaba a la ciudad de Córdoba, desde donde debía tomar un autobús hasta llegar a las alturas en las que estaba situada la ciudad de Mendoza.

Los paisajes cambiantes, desde la Pampa húmeda, pasando por las serranías de la pre-cordillera me dieron tiempo para planear mis próximos pasos y darme cuenta de lo difícil que sería encontrar y contactar con mi familia.

La ciudad de Mendoza, es pequeña si la comparas con Buenos Aires, pero con su conurbano suma más de un millón de habitantes. Y entre toda esa gente yo debía encontrar a mis hijos. Si seguían en la ciudad.

La pista que mi amigo Rafael Andretti me había dado me llenaba de esperanzas, aunque ya antes de subir al tren me confirmó que sus amigos en el museo de arte provincial, no tenían forma de contactar con Vanessa, sus datos eran de hace años y nadie respondía ya a ese teléfono.

Pero estaba segura que podría encontrarla. Pensé que la clave estaría en vigilar la casa de Malena y quizás encontraría que Vanessa o Leandro, seguían viviendo allí.

Me di cuenta también de un detalle que había pasado por alto hasta ahora. Si vivían en un "country"(un barrio cerrado), me sería imposible vigilar la casa sin que se enteraran de mi presencia por la seguridad del lugar. Tenía que encontrar la manera de confirmar que eran ellos los que vivían en ese lugar y luego esperar vigilando de alguna manera los movimientos de la familia; o hasta que apareciera alguno de mis hijos.

Lo que haría a continuación todavía no estaba decidido. Si me presentaba ante mis hijos después de veinte años y les contaba la verdad, podría causarles más dolor. Aunque mis deseos de justicia personal y venganza, inflamaban mis emociones, no estaban dirigidos hacia mis hijos.

No, había sido Oscar, mi ex-marido el que me había abandonado sin darme la oportunidad de ver a mis pequeños. Quitándome la vida y pausando mi tiempo. Y ahora, aunque podía volver a ser parte de la vida de los míos, pensaba que

quizás sería mejor que las cosas se quedaran como estaban.

La única alternativa que encontré se me ocurrió mientras buscaba en Internet información sobre el barrio privado donde se suponía que Malena vivía. Había una casa en venta y esa sería la excusa que usaría para entrar, por lo menos la primera vez.

25

Me alojé en el Hostal Macondo, cerca de la vinería más grande de la zona. El hostel es un lugar colorido y lleno de encanto, que además de buen precio me permitía entrar y salir sin llamar demasiado la atención. Lo reservé para todo el mes, y cuando la encargada del lugar me preguntó si estaba de vacaciones, se me ocurrió decirle que venía a hacer un curso de arte y a ayudar en una exposición que estaban montando en el museo. (Dije "museo" sin más, para no dar pie a que preguntara cuál de todos los que habían en la ciudad). Se quedó encantada y me rogó que fuera paciente con los ruidos, pues tenía todo el mes un grupo de jóvenes alemanes, mas de 20, que venían a no sé qué jornadas de geología en la Universidad, "*...pero más que geólogos parecen catadores de vino*", me dijo sonriendo. Le aseguré que no habría problema y que como mis horarios serían bastante cambiantes me adaptaría muy bien.

Salí con intenciones de explorar el barrio privado, por lo menos sus alrededores. Mi plan requería que tuviera entrada y salida asegurada sin ser descubierta por la seguridad del lugar, y quería comprobar si había alguna manera de hacerlo. El sol brillaba con intensidad esa mañana y mi destino no estaba a más de dos kilómetros del hostel. Así que recorrí los alrededores hasta que llegué a las cercanías del barrio privado, enclavado sobre una de las rutas de acceso y con grandes muros y "garitas" para los vigilantes, la entrada me pareció infranqueable. Pasé de largo caminando distraídamente por la acera de tierra y giré en la esquina. Alrededor del barrio cerrado se levantaba un barrio obrero, más humilde; con casa construidas en etapas y sin estilo arquitectónico mas allá de la propia necesidad de espacio, solo sumando secciones alrededor de la primera habitación construida cuando el dinero lo permitía.

Las calles eran amplias y muchas de tierra sin asfaltar, pero había árboles y mucha sombra. Algunas de las casas lindaban con las rejas del barrio privado; cubiertas para evitar miradas indiscretas, por chapones pintados de negro, pero que mostraban signos de oxidación. Y sobre las rejas una serie de alambres de espino, tensados y separados como a treinta centímetros cada fila, elevando el enrejado de seguridad a casi cuatro metros. Me invadió una gran pena, pues aunque la primera impresión fue la obscena diferencia entre las

gentes que vivían dentro y las de fuera; esas medidas de separación constituían una cárcel para los que vivían dentro del barrio cerrado. Eran tan prisioneros como lo había sido yo misma. No había convivencia, sino una pared de miedo que separaba a gentes que vivían en el mismo lugar a escasos metros unos de otros, pero que no compartían la sombra de los mismos árboles, que no paseaban por las calles vecinas, ni siquiera podían hablar con el quiosquero o el mecánico que se ganaban la vida tan cerca de sus casas. Nada se mezclaba y sin embargo los destinos de ambos estaban entrelazados.

Encontré que en la parte lateral donde las casas del barrio obrero se levantaban sobre las rejas de separación, algunos techos sobrepasaban la altura de seguridad y había árboles del otro lado. No sería fácil pero era una forma de entrar. Fui y vine por las calles con mi cuaderno, compré una bebida y pregunté al quiosquero si sabía de alguna casa que se alquilara, señalando con el dedo a la calle que me interesaba.

El quiosquero me miró por un momento y me sonrió:

- Bueno, la casa de doña Paca quedó vacía hace un par de meses, la anciana murió y los hijos viven y trabajan en Santiago, así que no vienen mucho. Oí que quizás la alquilarían. Puede preguntar a su vecino, que es quien se ocupa de cuidar la casa para que no se meta nadie. Le daré la dirección.

Agradecí al comerciante y me dirigí a la casa del vecino.

Llamé a la puerta con los nudillos, pues no había timbre y ésta se abrió lentamente. Dentro de la casa en penumbras el rostro curtido y lleno de arrugas del vecino era una pregunta en si mismo. Me miró con desconfianza primero y luego de explicarle el motivo de mi visita, me mostró la casa de su vecina sin mucho entusiasmo.

La puerta principal de la casa de doña Paca, era gruesa y tenía una gran cerradura nueva, no era posible entrar disimuladamente por ahí, pero cuando me mostró el fondo de la casa vi lo que estaba buscando. Una escalera daba acceso a una terraza que lindaba con los árboles dentro del barrio cerrado. Había un estrecho corredor de tierra al costado de la casa que daba acceso a la reja del garaje, y que era fácil de saltar sin llamar la atención. Así que agradecí al vecino y le prometí llamarle si me decidía por el alquiler. Miré la calle al salir y no vi farolas o luces de alumbrado público; por la noche

estaría tan oscura como el “sobaco de un grillo” (una expresión que escuché en la cárcel alguna vez) y yo utilizaría esa oscuridad para ocultarme y entrar al barrio cerrado.

El próximo paso sería confirmar que Malena y Oscar vivían allí.

26

Llegué al hostel y me senté frente a una de las computadoras de uso libre que tenían en el piso de abajo. Busqué el barrio e intenté hacerme con una lista de los vecinos, pero no había nada. Intenté buscar nombres y combinaciones pero no encontré ninguna pista.

La mañana siguiente, me presenté en la oficina inmobiliaria que vendía la casa dentro del barrio cerrado. La empleada se mostró encantada de mostrarme “la propiedad” y nos pusimos en marcha en pocos minutos.

Viajamos los pocos kilómetros que separan el centro de la ciudad de la casa en cuestión y entramos por fin al barrio privado luego de dar nuestros nombres en la entrada y una corta información del motivo de nuestra visita.

El barrio parecía otro mundo. Comparando mi exploración de los alrededores, la diferencia era muy notoria. Dentro de las rejas todo estaba en perfecto estado; calles bien asfaltadas y casas de varios estilos pero que denotaban la mano de un arquitecto profesional. Se adivinaba que la urbanización exigía que cada propiedad tuviera un pequeño jardín delantero y su propia cochera. No había coches estacionados en las calles; ni tampoco niños o transeúntes. La vendedora miró mi expresión y entendió que me asaltaba una duda. Entonces preguntó solo para romper el hielo.

- ¿Le gusta el barrio? Tiene todos los servicios incluidos en la cuota de expensas que paga mensualmente, piscina comunitaria y salón común. ¿Ve ese edificio en el centro del barrio? - dijo señalando a la única construcción de más de dos pisos de altura - Son departamentos individuales, cada uno con su terraza y vista a la cordillera. Y en los bajos de ese edificio funciona un centro comercial con supermercado y otros servicios.
- No veo gente por las calles... Es muy solitario.- dije sin pensarlo.
- Bueno, a estas horas lo es. Los niños están en el colegio y los papás trabajan, generalmente ambos. Hay muchas casas en construcción; creo que hay por lo menos una casa en construcción en cada uno de los bloques. Así que es un poco solitario y muy tranquilo, por supuesto.
- Luego de ver la casa me gustaría caminar un poco por el barrio, para ver si me encuentro cómoda aquí.

- Si, como no, vamos a ver la casa y luego la llevaré a la zona comercial, es pequeña pero la gente del supermercado pone mesas en la plazuela central y sirven unos cafés riquísimos.

Llegamos a la casa y la vendedora estacionó sin problemas en el amplio garaje abierto. No había rejas o puertas que abrir, tampoco había muros que separaran los jardines, solo arbustos achaparrados y algunas flores que soportaban el verano lo mejor que podían. La casa era pequeña con un gran living comedor y cocina comunicados en la planta baja y un baño con ducha en una de las esquinas. Las habitaciones y el baño principal estaban arriba. El amplio parque dejaba ver las casas de los vecinos y desde la planta superior podía ver incluso el barrio obrero del otro lado. "¿Cual de todas esas casas sería donde vivían Oscar y Malena?

Me mostró la casa e hice algunas preguntas solo por disimular. Hasta intenté regatear el precio un poco. Salimos y dije a la vendedora que tendría que consultarlo con mi pareja (Esperaba que no viera en mi rostro que estaba mintiendo) Y le pedí que me llevara a recorrer el barrio. Anduvimos por las calles despacio en su coche, y en su intento de "venderme" el barrio, la parlanchina empleada comenzó a contarme quien vivía en cada casa. Parecía que varios famosos de la televisión tenían casa en el "country" y varias familias de clase media alta también. Pasamos por la casa número dieciséis y la vendedora comentó de pasada que allí vivía un empresario muy exitoso y su familia; que eran de los primeros que habían construido en este barrio cerrado hace casi quince años. Era pura cháchara comercial, pero ese comentario llamó mi atención y pregunté:

- Ah, ¿si? ¿Sabe como se llama la familia?

- En este momento no recuerdo el nombre - me dijo pensativa - pero creo que son bastante conocidos en la zona... Son importadores de arte y creo que uno de los hijos es una artista reconocida. Recuerdo que hubo una exposición hace unos años en el museo de arte.

El corazón me dio un vuelco y solo asentí con la cabeza.

Los había encontrado.

HIJOS PERDIDOS

27. Vigilancia

Compré una moto scooter de “tercera mano” a un mecánico de la zona y a esas horas de la noche este medio de transporte me daba cierta libertad y seguridad. No podía llegar con la moto hasta la casa desde donde me colaría al “country”, pues era bastante ruidosa, así que la estacionaba en un parking de 24 horas en una avenida cercana y caminaba las calles hasta el límite del barrio cerrado.

La noche siguiente me colé en la casa de doña Paca y trepé torpemente al techo de la habitación que había en la terraza. Un perro ladró un rato y yo me quedé muy quieta, pegada a las tejas, vestida con mi ropa azul oscuro y botas para trepar.

Preparé mi aspecto para pasar por un vigilante de seguridad del barrio privado. Había hecho imprimir un logotipo de la urbanización en grandes letras blancas, a la espalda de un chaleco de pescador, que encontré en la zona de camping y pesca de un gran supermercado cerca del hostel; y completaba mi "disfraz" con una gorra azul y el pelo recogido. Si alguien me veía caminando por las calles del barrio cerrado por la noche, podría fingir ser un guardia de seguridad haciendo una ronda. Quizás eso me daría cierta cobertura.

Mi intención era solamente comprobar que Malena y tal vez Oscar vivían allí. Así que esa tarde había comprado un libro en una librería cercana, elegí la tapa más "romántica y cursi" y pedí que me lo envolvieran como para enviar por correo. Hice una etiqueta con la dirección del barrio cerrado y a nombre de: Malena Torres.

Salté al interior del barrio, trepando por una rama que casi tocaba el techo de doña Paca. Me resultó bastante fácil entrar y eso me sorprendió un poco. Saqué el libro del amplio bolsillo del chaleco y camine naturalmente hasta la casa número 16. Había estado pensando en todas las excusas que se me ocurrieron para llegar a esas horas con un paquete.

Me detuve ante la puerta y mientras mi pequeño corazón golpeaba muy fuerte dentro del pecho, respiré profundo y toqué el timbre.

Oí ruidos dentro y vi a través del cristal de la puerta a un hombre acercarse.

La puerta se abrió y un rostro conocido me miró más molesto que preocupado.

- Si, en qué puedo ayudarle... – dijo distraído

Oscar estaba de pie frente a mi, más gordo y más viejo, pero era el sin duda. No me había reconocido; escondí mi rostro, bajo la gorra azul y detrás de los anteojos de marca, que disimulaban los años y ocultaban las emociones. Tenía que decir algo.

- Eh... Si, perdone señor... - intenté cambiar la voz un poco - dejaron un paquete hoy por la tarde en la garita de la entrada, es para Malena Torres... casa 16. ¿Es para alguien de su familia?

- Ah, si; será para mi mujer. - Estiré la mano y el recogió el paquete - Muchas gracias, habrá pedido un libro...

No tenía más que decir y no quería arriesgarme a que me reconociera. Así que asentí con la cabeza y saludé casi ininteligiblemente. Me di la vuelta y me marché en dirección a la garita por la calle solitaria. Giré la cabeza solo una vez, y vi a Oscar con el libro en la mano todavía mirando en la dirección que yo caminaba. Doblé la esquina y me apresuré a dar la vuelta a la manzana y colarme dentro de la casa en construcción justo detrás de la de Oscar.

28

Después de la visita a la casa en el barrio "Las Pircas", y de encontrar a mi ex marido viviendo allí, no había podido dejar de dar vueltas en mi cabeza sobre la vida que tuvieron mis pobres hijos.

Para continuar mis pesquisas, sólo se me ocurrió vigilar a Oscar desde la mañana temprano hasta altas horas cada día, intentando enterarme con quien se veía, y si por casualidad visitaba a alguno de los chicos.

La vigilancia fue difícil y hasta cierto punto inútil. El primer día esperé en la esquina del barrio obrero con mi scooter hasta que vi pasar a Oscar dentro de un coche y lo seguí a su trabajo. Debía vigilar sus movimientos, no se me ocurría que más podía hacer. La única idea que se me ocurrió fue la de seguirlo con mi moto scooter, con un casco puesto y mi ropa de oscura bastante masculina.

Entró en un local del centro, una galería de antigüedades y arte indígena autóctono, en la que se pasó toda la mañana. Fui preguntando en los comercios y bares de la zona si conocían a un tal Oscar que tenía dos hijos.

Nadie parecía conocerlo o nadie quería darme información.

Por las noches Oscar volvía a su casa y yo me colaba dentro del barrio cerrado por la casa de doña Paca. Durante diez días no recibieron visitas. Yo me escondía en la casa desocupada de su bloque y no me apartaba de la ventana hasta que las luces se apagaban.

¿Habrían avisado a los chicos que no aparecieran de visita? ¿O la relación con sus hijos no era para nada cercana?

Cuando las luces de la casa de Malena se apagaban, yo salía de mi escondite y caminaba por las aceras más oscuras del barrio cerrado, variando mi recorrido cada noche, e intentando pasar desapercibida hasta que encontraba el lugar del cerco donde había entrado. Había poca gente levantada a esas horas y nadie en las calles, aunque si se notaba que algunas personas estaban en el parque trasero de las casas, disfrutando del fresco de la noche. Yo vestía mi chaleco con un gran logo de la urbanización y la gorra oscura; suponía que si alguien me veía pasar pensaría que era una ronda de seguridad.

No supe hasta algún tiempo después que alguien había notado mi presencia y estaban al tanto de mi torpe plan de vigilancia.

Saliendo del cercado, caminaba hasta la avenida cercana, casi un kilómetro

por las calles de tierra del barrio obrero, aledaño al country, donde mi scooter me esperaba en el estacionamiento de 24 horas.

No tenía miedo, simplemente los años de encierro me habían preparado para cualquier cosa.

29

Esos días en los que me colaba para vigilar a mi ex-marido, pasando horas en tensión y silencio dentro de la oscura casa en construcción; trajeron a mi mente sensaciones y recuerdos de mi estancia en prisión. Mis sentidos estaban alerta a cualquier movimiento en la casa de Oscar y Malena, pero mi mente viajaba atrás en el tiempo y revivía las horas pasadas junto a una extraña compañera de celda, que aunque al principio de nuestra relación, parecía una amenaza contra mi vida, terminó por enseñarme a salvarla.

Durante más de seis años, compartí celda con una mujer bastante violenta, Leonor; que resultó ser cinturón negro de Hapkido.

Los primeros tiempos, se esforzaba en demostrar que era la más fuerte dentro del penal y peleaba a todas horas con las otras presas. Tenía que hacer de enfermera casi todas las noches en esos primeros años, y los cuidados que le di fueron recompensados con clases secretas de ese irreverente arte para la lucha. Cuando las luces se apagaban, practicábamos en silencio, sobretodo las técnicas para desarmar a un oponente. Cuando por fin le permitieron salir al patio, pasado un mes de su pelea más grave con una de las presas más influyentes; aprovechábamos el aire libre mientras me adiestraba con disimulo en las técnicas mas sencillas y las llaves más complicadas. Como caer sin hacerme daño y como levantarme sin las manos; como utilizar la fuerza de mi oponente en su contra, como repeler un ataque con cuchillo y sobretodo, cuando no pelear.

Por seis años fui una alumna en secreto, desarrollando una amistad basada en el respeto mutuo. El día que la soltaron me estrechó la mano, me miró a los ojos en el patio y se fue sin despedirse.

Al regresar a mi celda esa tarde, sobre mi cama había una pequeña nota en un sobre. Una breve despedida, agradecimiento por los cuidados y buenos deseos. Me recosté y noté que había un bulto bajo mi almohada; su cinturón negro, que Leonor había recuperado ese día cuando por fin vinieron a buscarla sus familiares. Fue un momento de graduación para mí y me sentí muy orgullosa por haber aprendido y por haber sobrevivido.

El Hapkido fue una de las pocas cosas que me mantuvo con vida cuando la desesperanza y la debilidad me atacaban sin tregua. Y agradecí a Leonor en mi fuero más íntimo por este regalo, manteniéndome fuerte y enseñando a Amelia

y a otras chicas, como defenderse en ese ambiente tan hostil.

Ya no era una delicada flor y la oscuridad de estas calles no me importaba en lo más mínimo.

30

Regresando por las cuadras en penumbra la noche número diez de mi vigilancia, escuché unos pasos detrás.

Me giré y vi a dos jóvenes caminando a paso ligero con claras intenciones de alcanzarme.

Mi corazón se aceleró y cuando volví la vista adelante, preparada para empezar a correr, había un hombre de unos treinta años a pocos pasos delante de mí. Me miró sonriendo al ver como me quedaba clavada en el suelo con mis brazos al costado del cuerpo y mi cabeza erguida. Sacó de su cintura un cuchillo militar, que brilló con la luz amarillenta de una de las farolas. Lo levantó hacia mí mientras se acercaba lentamente. No hizo ninguna petición, no estaba intentando robarme; solo quería apuñalarme. Una mujer de más de cuarenta, sola en la calle en penumbras de un barrio no muy bueno; y tres hombres jóvenes contra ella.

Evalué la situación en un par de latidos de mi acelerado corazón, me relajé y actué sin pensar. El hombre dio el último paso y ya estaba muy cerca. Como un resorte mis brazos se cruzaron contra su muñeca dislocándola, mientras giraba sobre mi misma y sin darle tiempo a reaccionar, le partí el tabique nasal con el codo en el primer golpe.

Cayó de rodillas gritando de dolor, no sin antes recibir un certero puntapié en las costillas flotantes que le produjeron un ahogo creciente.

Me abalancé sobre el cuchillo caído mientras sus dos amigos llegaban corriendo hasta donde estaba su compañero caído; y sin pensarlo me agaché delante del primero en llegar, rajando con el cuchillo su pantalón y su pantorrilla. Perdió el equilibrio y la inercia del movimiento lo hizo caer hacia delante de bruces.

Su amigo, el más joven de los tres me miró con espanto, de esa forma que mezcla terror y súplica, cuando te enfrentas a una muerte inminente. Frenó en seco y levantó las manos. No hubo tiempo para mucho más; giré en redondo y pasé por encima de uno de mis atacantes, que se cubrió la cabeza por miedo a una nueva patada.

Pero mi objetivo estaba cumplido y di gracias a la divinidad, porque no llevaran armas de fuego. La cosa podría haber sido muy fea.

Corrí enloquecidamente calle abajo y me refugié en las luces de la avenida, tirando el cuchillo en la primera papelera que encontré. Tenía algunas manchas de barro en mis pantalones, pero ni una gota de sangre. Así que me apresuré hasta encontrar mi motocicleta y decidí que ya no podía continuar la vigilancia por mi misma.

31. Pesquisas

Llamé a Raúl, mi abogado, por teléfono esa misma noche, y hablé con él a sabiendas que su esposa Cecilia estaba escuchando también. Le conté lo que había sucedido y lloré desconsoladamente.

Me quedaba sin opciones y no sabía como seguir. Raúl tenía una idea que podría ayudarme; conocía a una persona en Buenos Aires que se dedicaba a investigar profesionalmente, y pensó que este detective podría ser quien hiciera las visitas y las preguntas, mientras yo me ocupaba de seguir las pesquisas de información para ayudar al detective privado. Debería gastar parte de mis ahorros pero Raúl estaba seguro que en pocas semanas tendría resultados mucho mayores que trabajando sola. Y por otro lado, podría dejar de meterme en terrenos peligrosos.

Yo solo quería salir a la calle y revolver cielo y tierra hasta encontrar a los chicos, pero tuve que aceptar la lógica de la idea de mi abogado.

La conversación con Raúl se alargó por casi una hora, en la que me fue pidiendo todos los datos y pistas que había recopilado hasta el momento, mientras el tomaba detallada nota para pasarlas al investigador.

Antes de colgar, me dijo que Cecilia quería hablar conmigo un momento.

- Hola Claudia, ¿Estás bien? ¿Seguro?
- Si, Ceci. No te preocupes, no me han lastimado. Pero ahora no sé por donde seguir.
- Bueno, sé que no es muy cortés, pero estaba escuchando por el manos libres... y se me ocurrió al enterarme que tu hija es artista que quizás estás buscándola incorrectamente solo por su nombre real.
- ¿Que quieres decir? - pregunté desconcertada.
- Cuando expuso en el museo era una adolescente y quizás en ese tiempo conservaba su nombre "real", pero tal vez haya adoptado un pseudónimo. Un nombre artístico ¿Me entiendes?
- Si, claro. Pero si hizo eso me resultará mucho más difícil dar con ella.
- No del todo, deberías centrarte en buscar escultoras jóvenes, y

seguro que tiene un taller en algún sitio. Por lo que dices no trabaja en casa de sus padres...- Cecilia se calló de repente y habló solo después de un doloroso segundo - Lo siento, en casa de Oscar...

- No tienes que pedir perdón Ceci, la situación es la que es. De hecho me estoy planteando si debería dejar las cosas como están y no contactar con mis hijos.

- ¡De ninguna manera Claudia! - dijo Cecilia enfáticamente - Tienes el derecho de contactar con ellos, y ellos merecen saber lo que pasó en verdad. Pero es cierto que tu relación con ellos en el futuro, dependerá de como reaccionen ante tremenda noticia.

- Te agradezco el consejo Ceci, voy a hacer una lista de escultoras jóvenes y empezaré a buscar por allí.

La voz de Raúl sonó de fondo como si hablara de unos metros más atrás.

- ¡Y hazlo de día! ¡Nada de hacerte pasar por una agente secreta rusa! ¿Entendido?

Sonreí cuando en mi cabeza vi la imagen de mi misma hablando con acento moscovita y asentí divertida.

- Está bien ¡Se lo prometo doctor!

Nos reímos y cortamos la comunicación, no sin antes acordar comunicarnos cada noche para conocer mis pesquisas.

32

Los siguientes dos días los pasé haciendo listas de escultores locales y salas de exposición; mientras mi ansiedad iba en aumento.

Lo cierto era que no sabía bien que nombre buscar y ni siquiera que rostro tendría Vanessa con mas de veinte años. Decidí visitar primero el museo de arte, donde Rafael Andretti había visto a mi hija. Quizás podría ver sus registros o charlar con algún otro empleado.

Accedí al director por medio de mi viejo amigo Rafael. Pero el director me recibió con algunos recelos; fue muy amable, pero no me permitió indagar con el personal del museo, supuse que mi franqueza al explicarle mi situación había creado barreras, aunque me dio alguna información adicional a la que ya teníamos.

Los registros de esa exposición no estaban actualizados; fue un premio a los mejores trabajos de las escuelas de arte locales a través de una asociación de promoción gubernamental que ya no existía; y no fue organizada por el museo, solo utilizaron las instalaciones de exposición itinerante en la planta baja. Se expusieron más de cincuenta trabajos, entre todas las formas de escultura que se practicaban en la región.

Talla en madera, alfarería indígena tradicional, talla en piedra, fundición de bronce. El pequeño dossier que me dejo ver el director contenía pocos detalles y las fotografías eran todas generales, más centradas en el evento que en los artistas. Quedé descorazonada nuevamente, esperaba sacar alguna información que dirigiera mis pasos, pero no encontraba nada. La última foto era una toma general de grupo con los jóvenes artistas junto a sus profesores, casi cien personas con caras sonrientes, intentando entrar en el cuadro. Entre esa multitud podría estar la cara de Vanessa y pedí al director si podía fotocopiar esa ultima página del dossier.

Utilizó su propia impresora en su escritorio, que era mucho más que una simple impresora evidentemente, la copia salió a todo color y con una calidad muy buena, no dejaba de sorprenderme la tecnología que me iba encontrando. Agradecida la guardé entre mis papeles y me despedí del director, rogándole que me contactara si se enteraba de algo más.

No me enteré en ese momento, pero el director hizo una llamada apenas me marché de su oficina.

33

Regresé en el colectivo 104, hacia Godoy Cruz y al bajar caminé bajo el sol de la mañana hasta el Hostal Macondo.

Pensaba por donde comenzar a buscar, pues mi lista se había ampliado después de la visita al museo. Ahora tendría que incluir artistas que tallan madera, alfareros, e incluso los que trabajan el yeso. Debía encontrar también una forma de presentarme que no levantara sospechas o creara barreras para acceder a la información. Por ese lado, la entrevista con el director del museo de arte, me había enseñado algo importante.

Pensé también en el detective, que desde Buenos Aires llevaba dos días haciendo averiguaciones; quizás al cabo de una semana, como había prometido, tendría alguna información firme. Así que debía tomarlo con calma y darme tiempo.

Entré en el hostel distraídamente, y pasé por la recepción sin detenerme, saludando a la amable propietaria con una sonrisa y un distante "*Hola*". Pero al levantar la vista, la propietaria me reconoció y me llamó con voz algo nerviosa.

- ¡Claudia! Espere por favor, tiene una visita.
- ¿Para mí? ¿Está segura?
- Si la espera desde hace unos diez minutos en la cafetería del hostel
- y señaló con la mano hacia la ventana que separaba la recepción de la cafetería.

Allí, sentado en una mesa y mirándome fijamente, estaba Oscar, mi ex-marido. Una mezcla de emociones me mareó momentáneamente y agradeciendo a la propietaria me dirigí al encuentro de un doloroso pasado.

34. Confrontación.

Me acerqué a la mesita de café donde Oscar estaba esperándome y sin mediar palabra me invitó a sentarme con un gesto de su mano. Lo miré sin saber que decir por un momento, entonces una especie de indignación me subió desde el estómago, aunque hablé sin levantar la voz.

- Así que ya sabes que estoy aquí... - afirmé.
- Me enteré unos días atrás, aunque cuando me llevaste ese libro a casa, me pareció reconocerte y comencé a hacer llamadas.
- Estoy buscando a los chicos, contigo no quiero nada, no te preocupes.
- Me lo imagino, pero es un momento delicado y si hace veinte años casi te matan hoy pueden terminar el trabajo.
- Si es una amenaza, no me asusta en lo más mínimo. Yo morí hace veinte años, en una prisión sin nombre ¿lo recuerdas?
- Mira, hace veinte años te engañé; hice un pacto con el diablo y todavía lo estoy pagando...

Bajó la vista y comenzó a hablar como si lo hiciera ante un confesor. Pero si buscaba alguna redención estaba equivocado; yo no iba a perdonarlo...

- Malena no acepta un "no" como respuesta, y ella lo quería todo. Vos sobrabas para ella. Tuviste suerte de salir viva. Desde ese momento, yo acepté desaparecer y empezar de nuevo en otro lugar; aquí, en Mendoza. Criar a nuestros hijos lo mejor posible y alejarnos de los problemas de la familia de Malena. Son muy peligrosos, ellos lo manejan todo. Te escribí cada año por navidad, para que tuvieras noticias de los chicos, y te rogué que nunca intentaras buscarlos. Pero aquí estás. ¿Por qué no me hiciste caso?

Me quedé helada por la revelación. Esperaba a un hombre vil, amenazante. En cambio, era un ser atormentado el que mirándome otra vez a los ojos, me reprochaba el haberle buscado.

- No recibí ninguna carta en la prisión. - respondí azorada - Fueron veinte años de total incomunicación. Y si, ahora aquí estoy...
- Pero yo... Te juro que mandé las cartas. Fui un estúpido y creí tenerlo todo bajo control. Ahora lo más importante es que Malena sabe que estás en la ciudad y si hace veinte años no te mató, fue porque no tuvo la oportunidad. Pero ahora ella maneja un asunto gordo aquí y tú estás en peligro. Y si los chicos saben quien eres y la enfrentan, los pondrás en peligro a ellos también.
- ¡Pero son mis hijos! Quiero verlos, formar parte de su vida de alguna manera.
- Vanessa no te recuerda y Leandro no está bien, bebe un poco y nunca consiguió levantar cabeza. No los metas en esto, estoy intentando protegerlos.
- ¿Cómo puedes pedirme eso? ¡De ninguna manera pienso desaparecer otra vez! Quiero verlos, quiero ayudar... ¡Tienes que decirme donde encontrarlos! ¡Por favor, Oscar!
- No puedo, Claudia... Estamos metidos en un lío bastante difícil y estoy tratando de proteger a Leandro. Tienes que desaparecer y cuando esto pase, intentaré explicarle a los chicos tu... situación. Pero si todo esto nos explota en la cara, Malena puede intentar hacer algo desesperado.
- Me estás dando miedo, Oscar. ¿En qué estás metido?
- No voy a decírtelo; pero te pido que no te metas. Tienes que irte. Hoy mismo si es posible.

Oscar se levantó y me miró suplicante. No había más palabras que decir, solo dijo un corto: "*Por favor*" mientras se marchaba.

Mis instintos de madre se encendieron todos a la vez, pero seguía sin saber como el hecho de encontrar a mis hijos podría ponerlos en peligro. Otra vez sería por causa del asunto en que estaban metidos Oscar y Malena.

Esta es una información de la que me enteré tiempo después, cuando visité la cárcel para mantener una de las largas conversaciones con esa persona de mi pasado.

Veinte años atrás. Una familia rota

No fui conciente de lo que mi marido, en ese entonces, estaba haciendo. Concentrada en criar a mis pequeños y en mis clases, no presté atención a las idas y venidas de Oscar, ni a los signos de desamor que yo achacaba al cansancio por el trabajo y el stress de levantar una familia.

Oscar me contó que en esos primeros años de matrimonio y con nuestro primer hijo, su vida había sido muy feliz; aunque nunca me consideró el amor de su vida, me quería muchísimo; y su trabajo le daba grandes satisfacciones también, aunque era un desafío diario.

Los problemas comenzaron cuando Malena, luego de intentar acercarse nuevamente a Oscar se obsesionó con recuperar su cariño, y el hombre de familia que era mi marido, se rindió a los encantos de su viejo amor. La familia de Malena era influyente y manejaban un negocio internacional relacionado con la exportación de arte. Oscar, siendo tasador y marchante, enseguida se vio involucrado en los negocios de la familia; lo que le proporcionaba grandes ingresos y las excusas necesarias para pasar tiempo con su amante. Mientras yo elegía concentrarme en mis hijos y mi propia pequeña vida, dando espacio, sin saberlo, a sus escapadas. Oscar empezó a viajar mucho y a llegar tarde de la oficina. Nos distanciamos, pero nunca imaginé la causa real, preferí inventarme excusas y ver si con el tiempo la situación mejoraba.

En cierto momento, Malena le propuso algún negocio turbio. Nunca me contó que fue exactamente en lo que se metió, pero desde ese momento ya pertenecería a Malena para siempre. Oscar no tenía salida, y por mucho tiempo no le importó demasiado.

Pero Malena descubrió que un detective de la policía federal estaba investigando sus negocios y no pudo comprarlo. Fue en ese momento que el investigador de la policía intentó hacer que yo le ayudara. Ese movimiento fue su sentencia de muerte y las circunstancias que me llevaron finalmente a la cárcel.

Malena se hizo cargo de mi familia y decidieron desaparecer, empezar de nuevo en otra ciudad. Su familia paterna le envió a Mendoza y con sus contactos les ayudaron a desaparecer. Allí comenzaron un nuevo "negocio" que tenía grandes posibilidades. Fundaron una compañía de "importación" de arte autóctono y la utilizaron como tapadera para ampliar el negocio de la familia de Malena.

Nunca pudieron prosperar demasiado, y los casi veinte años que llevaban en la provincia solo sirvieron para enfriar la relación entre Oscar y Malena. Ella quiso ganarse el cariño de mis niños al principio, pero jamás los trató como una madre. Tuvieron cuidadoras y cuando llegaron a la edad "problemática", como a ella le gustaba decir, los envió a distintos internados. Primero fue el turno de Leandro, quien era más de cinco años a Vanesa. Él fue enviado a la Escuela de Aviación Militar a cientos de kilómetros de su casa, a la que solo volvía en vacaciones. Se formó como mecánico primero y luego como piloto, pero nunca hizo carrera como oficial del ejército. En la actualidad seguía trabajando en una actividad relacionada con su formación... Que fue, al final, lo que le puso en peligro.

Vanessa siempre fue más flexible y cercana a su padre; lo que le permitió vivir más tiempo con él. Pero con trece años, ya destacaba como artista escolar y Malena vio la oportunidad de enviarla a estudiar en el extranjero. Paso casi tres años en Florencia en una afamada escuela de arte. Fue un gran empujón para su carrera, aunque siempre resintió la lejanía con su padre y hermano, a los que adoraba.

Los chicos volvieron de sus internados con buenos estudios y decididos a establecerse por su cuenta, y Malena nunca les perdonó que fueran tan lejanos con ella. Su padre era quien les visitaba y el único nexo de relación entre la familia rota.

36

Y ahora, dos décadas después, comenzaba a unir los hilos que componían la horrible trama de esos años.

Luego de mi encuentro con Oscar en la cafetería del hostel, decidí que debía salir del Macondo y buscar otro lugar donde alojarme. Estaba en un callejón sin salida y no quería poner en peligro la seguridad de mis hijos. Pero no me rendiría fácilmente. Aunque no pudiera decirles quien era en realidad, estaba decidida a encontrarlos e intentar acercarme a ellos.

¿Por qué habría dicho Oscar que pondría en peligro a los chicos? Estaba muy preocupada y ahora más que nunca debía encontrar a mis pequeños y asegurarme que estaban bien.

Pero ¿Por dónde podría seguir mi búsqueda?

Esa noche, una llamada del detective privado que Raúl había contratado en Buenos Aires, cambiaría el rumbo de mis acciones.

37. Hija perdida

- Hola señora Enríquez, soy el Cristian Riva, el detective que su abogado contrató hace unos días.
- Hola señor Riva, ¿Que puedo hacer por usted?
- Como le dije a su abogado, tardaría unos días en encontrar alguna información y creo que he hallado una dirección que puede ser lo que usted estaba buscando. - Me quedé de piedra y en silencio - ¿Sigue ahí?
- ¡Si! - dije recuperando el hilo de la conversación - Lo siento, ¿Que dirección es esa?
- Hay una artista llamada Vanessa Torres, que tiene un taller de escultura regional y alfarería en Luján de Cuyo. He investigado un poco y creo que puede ser su hija.

Estaba asombrada y sorprendida por la rapidez con que este investigador había dado con el dato que yo llevaba buscando torpemente las últimas semanas.

- Puede ser... con todos esos datos es casi seguro... - Pensé en mi conversación con Oscar y tomé una decisión de inmediato. - ¿Puede darme la dirección?
- Me preocupa, Claudia - dijo el detective pausadamente - que usted intente acercarse a su hija muy apresuradamente. La verdad es que si yo estuviera en la misma ciudad, habría visitado primero el lugar y averiguado más. Es decir, me aseguraría que no corriera peligro, ¿me entiende?

Evidentemente Raúl le había contado sobre mi incidente con los asaltantes. ¿Que otras cosas sabría?

- No se preocupe, Cristian - dije utilizando la misma confianza que el mostraba conmigo - Tengo la intención de ser muy cuidadosa y no revelar a nadie mi identidad, por ahora. Pero debo ir a ver si es mi pequeña. ¿Puede entenderlo? ¿Verdad?

- Muy bien, prométame que tendrá cuidado y será muy discreta. - y repitió - Muy discreta ¿Entendido?
- Se lo prometo.

Me pasó la dirección pausadamente, mientras yo la escribía en mi pequeño bloc de notas, y se lo agradecí efusivamente. Antes de colgar me hizo una pregunta que me dejó bastante extrañada.

- Claudia, ¿Qué sabe sobre los negocios de su ex-marido?
- Supongo - dije pensativa - que está metido en algo turbio, pero la verdad es que no tengo ni idea.
- Bien... Yo he hecho algunas averiguaciones y estoy sobre la pista de algo y... - se interrumpió como si dudara cómo decirlo -
- ¿Y?
- Si consigo la información se lo haré saber; no se preocupe. Solo le pido que tenga mucho cuidado y si es posible cambie de lugar de alojamiento a menudo. Me hará sentir más tranquilo si intenta no sobresalir ni llamar la atención ¿Podrá hacerlo?
- Lo intentaré, Cristian... Lo intentaré. Muchas Gracias.

38

Luján de Cuyo, es como casi toda la ciudad de Mendoza, un barrio de gente obrera y comerciantes. Sin embargo encontré que tenía cierto atractivo encanto.

Unas farolas rarísimas en las calles arboladas, que daban marco a un barrio de casas bajas y muchos comercios. Las acequias en las calles y al fondo el imponente Aconcagua que de tanto en tanto se dejaba ver entre las casas, daban al lugar un aire extrañamente familiar y pensé que sería un buen sitio donde establecerme, si alguna vez encontraba la forma de vivir en paz con mis circunstancias. A esas horas pude ver multitud de gente joven, y familias con niños.

El taxi, que me llevaba sin prisas, recorría el barrio en dirección al Hostal Inti-Aconcagua, cerca de la plaza central y a pocas cuadras de la dirección del local de Vanessa.

Era casi el mediodía y los negocios cerrarían pronto en las horas de mayor calor, así que decidí refrescarme y comer algo. Pregunté al encargado del hostel si conocía un taller de cerámica y alfarería cerca del hostel. Vagamente me indicó como llegar hasta el único local de ese tipo que conocía en la zona.

Las horas se me hicieron eternas y sobre las cuatro de la tarde no aguanté más y caminé despacio por las aceras que me llevarían a encontrarme con la hija perdida.

Pensaba en qué decir y en que no, pero los nervios me traicionaban. Temblaba ligeramente cuando me acerqué a la puerta del pequeño local. Un cartel en la fachada, hecho de madera tallada, me confirmó que estaba en la dirección correcta.

Me acerqué a la pequeña vidriera y observe con detenimiento las vasijas y fuentes coloridas que abarrotaban cada rincón de un escaparate pensado para turistas. Al mirar dentro del local pude ver que había un pequeño mostrador, y detrás un largo taller abierto con mesas y tornos. La luz natural entraba por el techo semitransparente, dotando al local de un resplandor absolutamente encantador.

Y sentada en uno de los tornos, una mujer joven moldeaba con las manos

desnudas la mezcla ruda de arcilla. Reconocí en ella rasgos familiares, incluso su postura y la forma en que parecía canturrear mientras trabajaba, absorta en esa tarea como si nada más existiera alrededor.

Entré en el local, aún temblando, y esperé que notara mi presencia. Pero por varios minutos ella siguió ensimismada en su labor. La miraba y mi corazón se encogía con una mezcla de pena por los años perdidos y enorme expectación por el inminente reencuentro.

No podía seguir solo mirándola allí de pie, así que carraspee sonoramente e hice un movimiento acercándome al mostrador, y en ese momento Vanessa se giró y me miró a los ojos, abriéndolos mucho y tratando de hacerme ver que me había visto asintiendo con la cabeza.

- ¡Un momentito, por favor! - dijo en voz alta Mientras yo me quedaba paralizada y olvidaba todas las excusas que había preparado para iniciar una conversación.

En pocos segundos terminó de dar forma básica a la pieza con la que trabajaba y fue a lavarse las manos. Se acercó y sonriente me saludo afable.

- Hola, buenas tardes. Usted perdone, pero me encontró trabajando, ¿en que puedo ayudarla?

Me quedé paralizada mirándola a los ojos. Tenía que decir algo, pero no se me ocurría ninguna excusa para mi visita. Sobre un escritorio a mi derecha, que hacía las veces de recepción, vi un cartel en el que se promocionaba un curso de alfarería regional para mujeres, y dije lo más natural que pude:

- Ah, si... Venía para preguntar por el curso - y señalé con el dedo al cartel. - Una amiga me lo recomendó pero no sabía bien donde y cuando se daban las clases.

- Ya veo... es una pena que tengamos el cupo completo; la inscripción es en el edificio de la municipalidad, pero no creo que la puedan apuntar al curso hasta dentro de tres meses.

- Es que no soy de la ciudad... - Dije tímidamente - Y quizás no esté aquí más que unos meses... Hasta que termine unos encargos...

- Déjeme ver... Creo que podría hacerle un hueco. Lo hablaré con la

persona encargada de los cursos; pero la que toma la decisión al final soy yo... La verdad es que intentamos ser flexibles, ya que los cursos están dirigidos a mujeres solas y sin recursos que muchas veces necesitan encontrar una actividad económica para ayudar a su familia; y si se les da bien pueden comenzar a sacar unos pesos en los mercadillos con los turistas. Muchas de mis alumnas son mujeres con problemas en casa; no sé si me entiende, y somos un grupo de apoyo tanto como un curso de habilidades manuales. - sonreí divertida al ver lo habladora que era Vanessa

- Me gustaría mucho participar en el curso. Yo puedo pagarlo, si eso ayuda a que me incluyan...

- No se preocupe, solo deberá costearse los materiales, pues las becas para eso ya se entregaron la semana pasada. ¿Dice que está de visita en Mendoza?

- Si... bueno... - debía buscar una buena excusa y de inmediato - Estoy trabajando para una empresa de Salta - dije improvisando - que intenta vender unos cuadros de una artista de esa provincia y me pidieron que hiciera unos trámites aquí en varios museos...

Cuando terminé de soltar ese "rollo", me quedé muda esperando la reacción de Vanessa.

- Ah! - dijo estirando mucho la primera "A" - ¿Es usted artista?

- ¡No! - sonreí mientras negaba efusivamente - Sólo hago trámites...

- Y el curso le interesa porque... - Me miró mientras mantenía un bolígrafo preparado entre sus dedos sobre lo que parecía ser un formulario de registro.

- Ah! Si. Estaré en la ciudad los próximos meses y soy una mujer sola. Así que me vendría muy bien relacionarme y aprender nuevas habilidades. Además me encanta la cerámica mendocina - Dije intentando parecer muy entusiasmada - y me gustaría aprender las técnicas para que, quizás, cuando vuelva a mi ciudad pueda seguir aprendiendo allí.

Anotó resumidamente lo que yo le había contado y me miró sonriendo.

- Bueno, el curso empezó ayer, y una de las "chicas" nos avisó de que

no podría participar esta vez. Así que creo que tuvo suerte y puede ocupar esa plaza libre. Le daré una fotocopia con los materiales que necesitará comprar. El curso lo realizamos aquí mismo, lunes, miércoles y viernes a las seis de la tarde. Si me dice su nombre, la apuntaré y puede empezar mañana mismo.

- Eso sería genial... ¿Mi nombre?
- Si - dijo divertida - ¿Usted se llama...?
- Claudia...
- ¿Y su apellido?

No valía la pena mentir, pues quizás me pidiera alguna documentación, así que lo dije muy naturalmente.

- Enríquez... Soy Claudia Enríquez - y la miré a los ojos tratando de valorar su reacción.

Me sorprendió lo natural que fue su reacción, solo anotando el nombre y sonriendo al extenderme la fotocopia con los materiales. Evidentemente no tenía ninguna memoria de mi nombre, ni de su propio pasado. Ella era Vanessa Torres y yo agradecí no tener que explicarme en ese momento. Ahora podría estar cerca de mi pequeña y con la ayuda del cielo encontraría una forma de ser parte de su vida.

- Muy bien, ya está inscrita. Yo seré su profesora, o más bien una guía y si me permite una amiga. Mi nombre es Vanessa y si está sola en la ciudad y quiere visitarme fuera del horario del curso, siempre será bienvenida. Aquí por las mañanas vienen todas mis alumnas. Entran y salen, somos un grupo muy participativo y de vez en cuando salimos a cenar o nos juntamos a tomar mate. La verdad, me encanta que me visiten, nos da un sentido de compañerismo y colaboración y de paso me ayuden a terminar algún trabajito. Muchas mujeres viven con maridos muy posesivos o con pocas luces, ¿no se si me entiende? Necesitan ampliar horizontes y sentirse valoradas. Son unas "chicas" muy luchadoras y aprendo mucho más de lo que enseño.

Se interrumpió al ver que yo solo la miraba y sonreía. Estaba paralizada. Mi pequeña era una mujer y se dedicaba a ayudar a su comunidad. Un sano

"orgullo materno" se apoderó de mi y solo podía mirarla con amor y nostalgia. Vanessa sonrió y se levantó para saludarme.

- Todos me dicen que hablo mucho. No se preocupe, Claudia. Si alguna vez se aburre de escucharme ¡solo déme un mate y se me pasa! - Sonrió buscando mi respuesta.
- -Me encanta tu forma de expresarte - dije firme, aunque mi voz me traicionaba - Y espero que llegemos a ser amigas, para que pueda cebarte mate de vez en cuando.
- Seguro que sí, Claudia. Me da la impresión de que usted tiene mucho que contar también y no hay nada mejor que el barro y un torno, para iniciar una conversación. Sea muy bienvenida.

Me temblaban las manos cuando Vanessa se puso de pié y se acercó para saludarme. Estiró entonces su mano para estrechar la mía, notando mi malestar al primer contacto.

- Está temblando, Claudia. ¿Se encuentra bien?
- Eh... Estoy un poco mareada - dije débilmente
- ¡Es el calor! seguro que el cambio de clima le está afectando. - Acercó una silla y me senté a tiempo antes de caerme.

Me había agarrado a su mano con las mías y no podía soltarla. Ella sonrió y soltándose me dijo maternalmente.

- Ahora relájese un poco y no se levante. Voy a buscarle un poco de gaseosa de la heladera. Ya verá como se siente mejor en un ratito.

Sonreí y esperé a que me acercara el vaso. El frío de la bebida y el azúcar me devolvieron el vigor, aunque acepté quedarme un rato sentada mientras Vanessa se aseguraba que me sentía mejor.

Hablamos entonces del curso y me preguntó sobre mi vida un poco.

- ¿Está sola, aquí? ¿Quiere que le avise a alguien para que venga a recogerla?
- No te preocupes. Estoy sola, si. Es una historia larga... Sólo me quedaré unos minutos si no te importa y luego me volveré al hostel.

- ¿Está en el Inti?
- Si, es bastante cómodo y tengo una habitación pequeñita para mi sola.
- Bueno, si tiene tiempo, pregunte al encargado sobre una excursión que hacen los fines de semana. Es una salida de todo el día y van hasta un restaurante de carretera a los pies de la cordillera. Yo voy cada tanto, solo para ver el paisaje y respirar un poco. Quizás me apunte uno de estos fines de semana, si no está ocupada podríamos ir juntas - Dijo sonriendo
- Te lo agradezco y acepto. La verdad es que me gustaría mucho salir un poco a conocer el lugar y tener una amiga.
- Pues mañana, nos vemos en el curso por la tarde y arreglamos una fecha. ¿Sabe? – me dijo pensativa - Tengo una sensación desde que usted entró por la puerta...
- ¿Si? ¿Que sensación?
- No es nada, ya sabe como somos los artistas. Es sólo que me da buenas vibraciones, Claudia...
- Yo estoy encantada de conocerte, eres una chica de lo más educada, atenta y "charlatana". - y reímos con ganas.
- Jajaja! ¡Pues podría decírselo a mis padres! - dijo con una carcajada - Siempre pensaron que era un poco rebelde.
- ¿Son artistas también? - Dije haciéndome la tonta lo más posible.
- ¡No! jajajaja! Mi padre es marchante y mi madrastra es... una bruja... -dijo más para si misma y luego me miró sorprendida de lo que estaba contándole a una desconocida - Quiero decir, es un ama de casa muy ocupada - remató con una mueca de la boca.
- Y... tu mam... - Casi pregunté, pero me arrepentí de inmediato - Lo siento, no es cosa mía
- No se preocupe, Claudia. Mi mamá murió hace muchos años cuando yo era un bebé. No tengo recuerdos de ella, así que no me duele mucho...
- Lo siento mucho - dije con los ojos llorosos - Debe haber sido muy duro.
- Si, claro. Pero la vida sigue y no nos vamos a quedar clavados en el pasado ¿No? - Cambiando de tema dijo - Tengo un hermano mayor también, al que adoro y estamos muy unidos.
- Decidí pasar por alto el comentario, pues no estaba segura de soportar tanta información a la vez.

- Eres una chica de los más vivaracha ¿Sabes?
- Si, perdone si parezco muy "confianzuda"; como ya le dije, aquí además de las artesanías yo ejerzo un poco de consejera del grupo y me he acostumbrado a meterme en la vida y obra de todas las "chicas"
- No hay nada que perdonar. Al contrario, me agrada mucho que seas tan abierta. No conozco a nadie aquí y me hará muy bien participar en tu grupo y llegar a conocernos un poco. - Me puse en pie lentamente y la tomé de las manos - Muchas gracias, Vanessa. Mañana por la tarde vendré preparada para el curso.
- No tiene por que dardas, Claudia y la espero. Presiento que tiene muchas historias que contar y estoy segura que el grupo de "chicas" del taller le hará muy bien.

Me despedí cariñosamente y me marché rápido, porque si me quedaba más tiempo estaba segura que hablaría de más. Debía hacer las cosas paso a paso.

El cielo era más que azul esa tarde y la leve brisa, que traía el aroma de las montañas, hacía que los árboles susurraran en mis oídos, en mi camino de vuelta al hostel. Y con lágrimas de alegría en mis ojos, repetía en voz baja una plegaria, sólo para dar gracias a la vida por esta segunda oportunidad.

39. *Un vaso nuevo*

Esa tarde, al regresar al hostel, llamé a Raúl mi abogado y amigo, y a Miucha, mi nueva madrina; para contarles que había encontrado a Vanessa y pedirles consejo. No tenía claro como actuar o que decir. Fue Miucha, la que con su sencilla elocuencia, me brindó el mejor consejo:

- Bueno, nena - Me dijo pensativa - Por ahora es mejor no “traumar” a la chica con noticias que quizás le vengán muy grandes. Y además no te conoce, así que podría mandarte a freír churros solo del susto. - Tenía razón en todo - Lo que tenés que hacer es acercarte y crear una sincera amistad. Interesáte por lo que ella hace y buscá excusas para pasar tiempo con ella. Cuando llegue el momento de contarle la verdad, lo sabrás y ella podrá decidir si te quiere en su vida con más naturalidad que si vas soltando bombas.

Agradecí el consejo maternal que me daba y le prometí que actuaría con mucho cuidado y no revelaría mi secreto hasta que fuera el momento justo... Si es que me daba cuenta cuando ese momento llegara.

Raúl, por su parte, me dio más información sobre la investigación del detective Riva, quien desde Buenos Aires removía todos sus contactos para averiguar más datos sobre en que asunto estaba metido mi ex-marido y mi ex-amiga. Le habían dado un soplo acerca de un depósito en la cercana ciudad de San Martín, en Mendoza; desde donde salían todas las entregas de arte indígena antiguo que eran exportados vía Uruguay y Brasil. Pero Raúl se negó a darme más detalles por miedo a que se me ocurriera ir allí a meter las narices. Aunque le aseguré que mi único objetivo desde ahora sería afianzar mi relación con Vanessa y encontrar la manera de contactar también con mi hijo Leandro. *"Los negocios turbios de Oscar, ya no me interesan para nada"* dije convencida, sin saber que en pocos días me vería impulsada en esa dirección para defender la vida de los míos.

40

En los días siguientes alternaba mis tiempos de clase por las tardes, con solapadas visitas al taller de Vanessa en diferentes horas del día. Me pasé horas investigando sobre los métodos y materiales de la alfarería y cerámica de la región y aunque el tema no me había interesado mucho cuando cursé mis estudios, ahora devoraba las páginas e intentaba aprender lo más rápido posible.

Hubo afinidad casi instantánea con Vanessa, aunque el hecho de ser tan "misteriosa" acerca de mi pasado (como ella misma me había confesado en una de nuestras charlas), no nos permitía profundizar en esta nueva amistad. Luego de dos semanas, en la que visité el taller todos los días con diferentes excusas, Vanessa se animó a preguntar. Yo había aparecido con un paquete de medias lunas de la panadería frente a la plaza, recién horneadas y de olor irresistible; y mientras me daba un mate dulce y caliente como le gustaba a ella, preguntó disimuladamente:

- ¿Sabe, Claudia? - Vanessa no me tuteaba - Me alegra mucho que se haya integrado tan bien con el grupo. Las "chicas" están muy contentas con usted, pero...
- ¿Pero...?
- Verá... Todas nos preguntamos por su pasado. Nos hemos dado cuenta que usted es muy atenta y escucha los "rollos" de todas las chicas; pero no sabemos nada sobre su vida. Y eso me hace pensar que lleva una gran carga. Este grupo se formó para que podamos apoyarnos las unas a las otras y si alguna vez siente que quiere hablar con alguien, me gustaría encontrar la manera de ayudarla.
- Es una historia muy larga y muy triste. Y tú eres muy joven para cargar con los problemas de otra persona. La verdad es que hasta hace poco tiempo estuve presa... - Me sorprendí por haberlo dicho - Me acusaron de algo de lo que no tuve nada que ver y mi familia me dio la espalda.

Vanessa callaba y esperaba, ahora que yo había empezado a hablar no querría cortar el hilo de mi historia, por miedo a que me cerrara otra vez. Continué entonces.

- No puedo contarte mucho más... por ahora no. Pero gracias a un par de amigos en Salta, tengo asegurados ciertos ingresos y estoy "trabajando" con ellos. Nos ayudamos mutuamente... - No sabía por donde seguir así que me callé.
- Pues le agradezco, Claudia, que me lo haya contado y no hace falta decirle que quedará entre nosotras. Ahora más que nunca me da la impresión de que este grupo es el lugar indicado para que dé los primeros pasos hacia su... "liberación"

Una de las chicas del curso entró en el local en ese momento y Vanessa cambió de inmediato de tema. Nos pidió ayuda para pintar una centena de "souvenirs" de boda, antes de meterlos a hornear, y la conversación giró entonces en torno a la pintura y al negocio de Vanessa.

41

Por la tarde, ese mismo día, llegué antes de hora al curso y me encontré a Vanessa sentada en el escritorio dibujando. Se sorprendió al principio e intentó ocultar sus dibujos. Pero luego pareció arrepentirse y sonriendo me invitó a que los viera con más atención.

Quedé boquiabierta. Vanessa había hecho unos bocetos de mi rostro y de mis manos y pregunté algo asustada a qué se debía.

- Estoy pensando en una escultura desde hace varios meses. - Dijo intentando resumir - Pero no conseguía darle forma a la idea hasta que usted me contó sobre su pasado. Si no le importa, me gustaría que fuera mi modelo para una escultura. Será el busto de una mujer que muestra entre sus manos una cadena rota. La llamaría "Liberación"; y trataré de expresar ese sentimiento que experimentan las mujeres cuando las cadenas que nos mantienen prisioneras se rompen. Si le parece bien... Sonreí y asentí entusiasmada, pues ese trabajo me daría la oportunidad de pasar más tiempo con mi hija.

Las chicas del curso comenzaron a llegar. Faltaban todavía diez minutos para la hora de comienzo de las clases, cuando Vanessa recibió una entrega de pinturas.

Yo estaba distraída atándome el delantal, hasta que una de las "chicas" me codeó con disimulo y movió la cabeza hacia la entrada del local diciendo:

- Mira, Claudia. Ese es el hermano de Vanessa. ¿A que es guapo?

Miré sorprendida y vi a Leandro de pié, a escasos metros; hablando seriamente con Vanessa. Y reconocí la carita de mi hijo en el hombre de gesto adusto y mirada gacha que hablaba en voz baja en la entrada del local. Una de las "chicas", llamó a Vanessa en voz alta y le preguntó porqué no presentaba a su novio a toda la clase. Todas se rieron y asintieron; mientras Vanessa fingiendo cara de pocos amigos, tomó a Leandro de la mano y lo acercó al taller para que todas lo vieran.

- Este chico "tan pintón" - dijo sin soltarle la mano - Es mi hermano Leandro y ¡es muy joven para vos, Etelvina!! - Y nos reímos todos.

Leandro saludó tímidamente y sonrió abochornado, pero cuando habló, su voz profunda y melodiosa me llegó al fondo del alma.

- Lo siento, Etel; mi hermana tiene que aprobar todas mis citas y es muy selectiva. Otra vez será.

Mas risas y cuando estaba por marcharse, con su mano levantada a modo de saludo al grupo en general, Leandro fijó su mirada en mi.

Se quedó paralizado por un momento, mirándome fijamente y sin decidir marcharse.

Vanessa, que conocía a su hermano mejor que él mismo, siguió su mirada y notó que me miraba intensamente, pero lo interpretó como curiosidad al ver una cara nueva en el curso. Entonces, llevándole de la mano, lo condujo hasta donde yo estaba, mientras nos presentaba en forma cordial.

- Quiero presentarte a alguien, Leandro. Esta es Claudia, una nueva alumna que viene de Salta, pero que tiene un acento porteño inconfundible.

Leandro me miraba sin hablar y yo me había quedado sin palabras. Vanessa le

pellizco el brazo y sólo en ese momento Leandro reaccionó.

- ¡Ay!! - dijo mirándose el brazo y luego a la cara de su hermana que le pedía que dijera algo - Eh! Si, perdóneme... Es que me recuerda a alguien que no veo hace mucho tiempo... Soy Leandro - y me tendió su mano áspera y callosa.

Yo tomé su mano con las mías y sonreí tiernamente. Leandro me miró y sonrió de la misma forma.

- Encantada de conocerte, Leandro...

No supe que más decir y tuve que soltarle la mano para no levantar sospechas. Aunque hubiera dado mi vida por poder contarles quien era en ese mismo momento.

Se excusó torpemente, se despidió de su hermana con un beso en la mejilla y se marchó rápido sin decir palabra alguna.

Vanessa comenzó a darnos las tareas para cada una en la clase de esa tarde, pero mi mente no estaba allí. Pensaba en la historia que me contaban esas manos rudas y ese rostro compungido. Quería saber algo más de él y ahora quizás tuviera la oportunidad.

42

Salí de la clase cuando el sol se ponía sobre las montañas. Aún quedaban varias horas de luz y no quería encerrarme en el hostel inmediatamente, quería pensar un poco.

Nada más dejar el local me pareció ver a alguien dentro de una camioneta estacionada, pero yo estaba perdida en mis pensamientos y no presté atención hasta que oí esa voz conocida detrás de mí.

- ¡Claudia! Por favor. ¡Espere!

Me giré y allí estaba Leandro. Bajaba de la camioneta y se acercaba con gesto conciliador.

- Hola - dije intentando no delatar mi acelerado corazón
- Hola - dijo Leandro nervioso – Perdona si la he asustado... Es que... Quiero preguntarle algo y me gustaría que me respondiera con la verdad.
- Si puedo responderte, lo haré.
- ¿Nos conocemos? Es decir, yo se quien eres... Pero es que no puedo creerlo todavía.

Se me aflojaron las piernas y tuve que sentarme en una ventana cercana para no caerme. Leandro me tomó de la mano y me sostuvo por el hombro hasta que me repuse un poco.

- ¿Cómo me reconociste? - pregunté azorada
- Yo tenía ocho años la última vez que te vi, pero nunca olvidaría tu cara. Papá me dijo que habías muerto y yo no supe... - Sus ojos se llenaron de lágrimas y preguntó con énfasis - ¿Dónde estuviste? ¿Por qué nos dejaste?
- Leo, hay una explicación, pero no sé si te va a gustar, o si será suficiente para compensar lo que has sufrido.
- ¿Vanessa lo sabe? - pregunto preocupado.
- No. Decidí no decírselo por ahora. No sé como pueda reaccionar.
- Por ahora no se lo digas. Me gustaría escuchar tu historia y tratar de

entender antes de hablar con ella.

- No podemos hablar aquí. Estamos muy cerca del taller de Vanessa y hay mucho que debería contarte.
- Caminemos - dijo Leandro, debatiéndose entre la pena y la bronca.

Y en silencio caminamos sin tocarnos hasta llegar al parque donde decenas de niños jugaban al fresco de la tarde. Nos sentamos en el borde de un banco e intenté resumir mi historia a mi pobre hijo; sabiendo que la revelación podría partir su corazón o alejarlo para siempre de mi.

43

Mire a los ojos a mi hijo y comencé a hablar sin detenerme. Mientras él escuchaba con atención y cabizbajo, intentando entender lo que había pasado desde mi punto de vista.

- ... Y eso es todo - dije sobriamente - Pasé veinte años esperando el momento de salir y encontrarlos. Hace algo más de un mes que me dejaron libre y he removido cielo y tierra hasta dar con ustedes. Sin embargo hay algo que me preocupa y que quizás me obligue a alejarme, y tu podrías ayudarme a entenderlo y tomar la mejor decisión.

- Es una historia increíble, Claudia - Todavía no podía llamarme mamá.- Si no conociera a mis "padres", diría que lo estás inventando todo, pero lamentablemente sé que son capaces de eso y mucho más... ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Qué es lo que te preocupa?

- Tu padre vino a verme hace unos días y me dijo que si seguía removiendo este asunto, los pondría en peligro a ustedes. No sé como me encontró, ni sé a qué se refería y el no me explicó demasiado. No estaba dispuesta a abandonar la búsqueda sin tener una razón muy convincente. ¿Sabes cual es ese peligro del que hablaba?

- Me hago una idea. - Movi6 la cabeza buscando las palabras adecuadas - Estoy metido en un l6o bastante gordo, no me di cuenta de que quedar6a atrapado y ahora no se como salir.

Le ped6 que se explicara mientras mi angustia aumentaba sin control.

- Es cuesti6n de dinero, como siempre. - dijo resignado - Tengo un taller de reparaci6n de avionetas, soy mec6nico. Y tambi6n soy piloto. Hago vuelos de transporte para algunos clientes en ciudades aisladas y llevo a los turistas a ver la cordillera desde el aire. A principios del dos mil nueve, la crisis financiera hizo que casi me quedara sin clientes por m6s de medio a6o. Todos los vuelos de transporte se congelaron y mi negocio se iba a la ruina. Entonces Malena apareci6 con una oferta que no pude rechazar. Ella necesitaba traer paquetes con regularidad desde Santiago de Chile, desde un aer6dromo sin aduanas hasta el campo de vuelo donde tengo mi taller. Sab6a que hab6a algo ilegal y ella no lo

ocultó. Tenía comprados a algunos funcionarios clave en aeronáutica y mis planes de vuelo siempre eran aprobados sin pasar por ningún control de aduanas. Estos viajes semanales junto a una suma importante de dinero que me facilitó, mantuvieron abierto mi negocio. La idea era devolver el dinero en pocos años y solo hacer vuelos de vez en cuando. Pero con el tiempo ella se convirtió en mi "jefa". Era la dueña de mi negocio y comencé a hacer vuelos hasta dos o tres veces por semana.

- ¿Están metidos en contrabando de droga? - pregunté con inocencia
- No lo creo, aunque no registro las cajas que transporto. Es más bien contrabando de arte indígena autóctono, que seguramente es robado de varias excavaciones en Perú y América Central. Es lo que pude averiguar.

- ¿Y no has podido pagarle o renunciar a hacer esos vuelos?

- La deuda se pagó hace dos años, pero su negocio depende de estos vuelos y hasta ahora yo era su "piloto de confianza". Soy el único piloto que tiene. Todo el resto del transporte se hace por carretera.

- ¿Hasta ahora?

- Si, hace un par de meses la enfrenté y le dije que debía dejar de volar para ella. Que quería dedicarme a transportar turistas y arreglar motores, que es mi oficio. Pero ella me recordó que había participado del contrabando ilegal de piezas de arte por años y que sería muy fácil involucrarme sin verse perjudicada. No pude escapar y desde entonces hago esos vuelos de transporte sin hacer preguntas. No quiero ir preso por esto y estoy seguro que ella estará bien cubierta.

- A eso se refería tu Oscar cuando vino a verme... ¿No ha intentado ayudarte tu padre?

- Entendí, al fin, que papá está en la misma situación que yo desde hace años... Y ahora...

- ¿Qué es lo que pasa ahora?

- Me pidieron que estuviera preparado para esta semana; debería volar de noche y traer un paquete muy valioso. Luego de este vuelo, Malena me prometió buscar la manera para que dejara de ser parte de su negocio...

- Con Malena eso puede ser muy peligroso...

- Pero tengo que traer esa mercancía, y luego intentar seguir con mi vida.

- Te pido que me mantengas al tanto de tus vuelos, Leandro. Y si no te

importa, me gustaría que un amigo en Buenos Aires, hiciera algunas preguntas...

- No quiero que te involucres... Sólo me gustaría intentar conocerte mejor y recuperar un poco el tiempo que nos quitaron... Mamá...

Se me ablandó el corazón al oírle llamarme mamá. Lo abracé y lloramos juntos, en ese banco frente a la cordillera.

44

Esa misma tarde, Leandro recibió la llamada de su padre que había estado esperando. Le contaba los detalles del vuelo de transporte que tanto le preocupaba hacer. Pero este vuelo debería ser diferente. Nadie debía enterarse y volaría fuera de las rutas vigiladas por la gendarmería; por la noche y en secreto. Leandro quiso negarse y discutió con su padre por teléfono casi diez minutos, pero se vio obligado a aceptar, luego de reconocer que si hacía bien este último vuelo, podría dejarlo para siempre. Aunque no pudo contener sus sospechas, ni dejar de pensar en que se estaba metiendo en una trampa, de la que quizás nunca podría salir.

45. Perdido

La pequeña pintura de San Demetrio de Tesalónica había estado escondida durante varios meses en Lima, esperando el fin de la investigación policial. Pero cuando fue declarada perdida, llegó el momento de ponerla rumbo a su nuevo dueño.

El cuadro salió de Lima en coche, por la noche, para evitar las horas de más calor de ese verano de dos mil catorce; y cruzó la frontera entre Perú y Chile un día después, con la anuencia de varios agentes de aduanas convenientemente comprados por "la organización". El plan era llevar la obra hasta Santiago de Chile, donde un piloto en una pequeña avioneta la introduciría en Argentina y de allí, merced a ciertos contactos diplomáticos la obra viajaría a Moscú como parte de los objetos personales del secretario personal del Embajador Ruso en Argentina, que regresaba a la ciudad del Kremlin para ocupar su nuevo puesto allí.

Una vez en Moscú sería entregada a su nuevo dueño: un "empresario" nada respetable y sospechoso de participar en diversas tramas del crimen organizado en Rusia y en el extranjero. Un nuevo rico, relacionado con la *Bratva* ("La Hermandad" en ruso) con mucha influencia en las altas esferas de gobierno y un desmedido afán por ser considerado un respetable miembro de la sociedad.

Los días siguientes Leandro me llamó un par de veces. Creo que sólo quería asegurarse de que seguía cerca y que no le había dicho nada a Vanessa. Estaba nervioso, no dejaba de repetirme que debía hacer ese último viaje y que luego tendría tiempo para pasar juntos e intentar recuperar un poco nuestra relación madre e hijo. La última llamada que me hizo fue desde Santiago de Chile y me decía que en un par de días nos veríamos nuevamente.

Yo seguí visitando el taller de Vanessa, aunque hacía días que ya no me necesitaba para posar. Pero con la excusa de ver como trabajaba y aprender algunos secretos profesionales, podía estar cerca de mi hija. Había muy buena sintonía con ella y comenzó a contarme cosas de su vida cada vez más íntimas. Yo eludía las preguntas sobre mi pasado, y argumentaba que era una historia triste, pero que en poco tiempo podría acercarme a los míos, y Vanessa siempre sonreía condescendiente diciendo: *"Estoy segura que tu familia te quiere, eres una persona muy querible ¿sabes? Tienes que solucionar "ese" problema, (del que no quieres hablarme) lo antes posible y disfrutar de los tuyos lo más que puedas."* Yo callaba y repetía para mi misma: *"Estoy en ello mi cielo. Estoy en ello"*

Al volver Leandro de Chile, nos encontramos en la cafetería Filippa, un sitio encantador y donde trabajaba "gente amiga", según él mismo lo decía. Aun no deseaba contarme nada de su vida personal, pero me pedía que yo le contara de mis años en la cárcel; preguntando una y otra vez ¿porqué su padre le había hecho esto?

- Sé que no te he contado nada de mi vida... mamá. Pero es que todo está hecho un lío, ahora mismo. Me gustaría que formarás parte de mi vida, es un milagro que estés aquí y necesitaré ayuda... aunque ya te contaré. Por lo pronto estos días debo arreglar el asunto de mi trabajo con la empresa de Malena y desde allí podré planificar una vida más tranquila.

Se despidió apresuradamente pues tenía una reunión esa tarde y sólo podía quedarse media hora. Pero prometió que en el fin de semana nos veríamos y

me preguntó si me gustaría conocer a una persona que él quería mucho. Asentí entusiasmada y él mantuvo el misterio sin revelar quien era esa persona.

Había visto a mis hijos y por lo menos uno de ellos ahora conocía qué había pasado en realidad. Tenía una oportunidad de formar parte de sus vidas nuevamente. Pero no sería fácil. Yo era una extraña, un fantasma que había vuelto de la muerte y Leandro aún no confiaba plenamente en mí; y yo misma no podía culparlo.

Recibí una llamada de un número que casi había olvidado y contesté sin ganas.

El detective privado que Raúl había contactado en Buenos Aires me llamaba con novedades, que a la vista de lo que pasaba con mis hijos no podían importarme menos.

Algo en el tono que utilizó para presentarse, me hizo pensar que tenía información importante para mí.

- Señora Enríquez, tengo novedades. Es un poco largo para contárselo por teléfono, pero si puede autorizar a Raúl a que costee el pasaje, viajaré a Mendoza pasado mañana y podríamos reunirnos; así tendría la oportunidad de pasarle la información y personalmente aconsejarla en los próximos pasos a seguir. Le repito que es un tema delicado y no puedo discutirlo por teléfono.
- Está bien, hablaré con mi abogado; creo que puedo permitirme su viaje. Pero, dígame de que se trata; creo que ya sabe que he localizado a mis hijos, supongo que sus servicios ya no serán necesarios...
- Lo sé y me alegra mucho que ya no me necesite para eso, pero como sabe comencé a investigar también lo que había pasado veinte años atrás, la noche del asesinato que la llevó a la cárcel y tengo novedades, muchas y muy interesantes...

Se me hizo un nudo en la garganta y no respondí hasta pasados unos pesados segundos.

- No quisiera remover el pasado por detalles que en definitiva no cambiarían nada señor Riva. Ya cumplí condena y eso no se puede arreglar...

- Lo sé, y lo lamento. Pero he encontrado un testigo.
- ¿Como es posible? - dije muy sorprendida - Hace veinte años de ese incidente.
- Lo sé, Claudia, pero es un ex-policía que fue despedido poco después y que investigaba el contrabando de arte con el detective asesinado. Ese mismo asesinato por el que usted pasó tanto tiempo en prisión. He dado con él y aunque su vida es un desastre, me ha dado pistas que al seguirlas en estos días, me han revelado una trama muy complicada. Y usted está en medio de una tormenta a punto de desatarse...
- Si, me parece que se de que habla. Tengo alguna idea de lo que está pasando, pero no quiero remover el fondo de esto y poner en peligro a mis hijos. ¿Usted cree que si encuentro alguna prueba firme, se podría denunciar a esta "organización"?
- Creo que con los indicios que he ido juntando en estos días, solo faltaría encontrarlos con las manos en la masa.
- ¿A que se refiere exactamente?
- Si la policía los detuviera en posesión de artículos robados; por ejemplo: arte antiguo traído de contrabando u otro objeto que hayan obtenido de forma ilegal, habría un caso muy sólido contra ellos. Y no se librarían de la cárcel. Quisiera que me entienda muy bien, Claudia. No se los podría juzgar por el crimen de hace veinte años atrás. Pero podríamos hacer que entren en prisión por varios cargos de estafa, extorsión y venta de bienes robados, entre otros cargos que puedan aparecer.
- Está bien, señor Riva. Intentaré dar con el lugar donde tienen la mercancía, a la vez que intento no dar motivos para implicar a mis hijos en esto.
- No, Claudia; le pido que me espere antes de intentar nada. Es gente realmente peligrosa. No haga nada hasta que yo llegue, por favor. La veré en tres días.
- Si... Claro... le esperaré entonces.

Colgué el teléfono sabiendo que las próximas horas serían una tortura para mí. Llamé a Raúl y a Miucha. Y solamente luego de hablar largas conversaciones con mis amigos pude tranquilizarme lo suficiente para esperar tres días sin comerme la cabeza con cavilaciones vacías. Había una posibilidad de

redención y solo lamentaba el tiempo perdido.

Lo que no supe en ese momento es que las circunstancias me obligarían a tomar un curso de acción que me llevaría a un encuentro cara a cara con la muerte.

NOCHE

48. Vuelo final

No fue hasta el día siguiente que me enteré de lo que había pasado esa tarde; cuando al visitar a Leandro en el hospital, éste me relatara entre lágrimas todo lo que había pasado desde su regreso de Santiago de Chile.

Leandro había volado hasta Santiago a la hora del atardecer, para contar con cierta luz; y se alojó al llegar allí, en unas habitaciones que tienen en el propio campo aéreo.

Esperó y a la mañana siguiente un hombre vestido con ropa de deporte y con barba de varios días, se encontró con él en la cafetería del aeródromo; donde le entregaron una caja no muy grande y le pidieron que hiciera la llamada de rigor para confirmar que había recibido el paquete.

Leandro había trazado una estrategia y realizó el vuelo de vuelta un par de horas antes de lo previsto. Voló de regreso, nuevamente entre las montañas al atardecer y aterrizó en Mendoza con las últimas luces de la tarde. Nadie le esperaba a esa hora y fue entonces cuando intentó jugar sus cartas lo mejor posible. Llamó a Malena y le dijo que tenía el paquete y que se lo entregaría en persona en el depósito que actuaba como centro de distribución en la cercana ciudad de San Martín. Que este sería el último viaje y que no quería tener nada que ver con sus negocios nunca más.

Nunca supo lo desesperada que estaba Malena y la importancia que este negocio tenía para ella. Leandro se confió y escondió el paquete en un guardamuebles cercano, alquilado con este propósito días atrás. Pensó que nadie podría encontrarlo allí y así fue por un tiempo.

Pero en su desesperación y llena de rabia, Malena envió a tres de sus matones a recuperar la pintura y a dar una lección a Leandro.

Esa noche cuando mi hijo volvía a su casa, tres hombres le abordaron en el garaje y una vez dentro, revolvieron todo en busca de la pintura. Pero no pudieron encontrarla ni sacarle la información a Leandro, a pesar de golpearlo repetidamente y hacerle unos cortes bastante feos en el torso con sus pequeñas navajas. Malena habló con el magullado Leandro por teléfono antes de que sus matones dejaran la casa.

- Tienes que entender que no te han matado porque eres mi hijastro y porque necesito ese paquete...
- No lo tendrás hasta que encontremos la manera de que yo salga de este asunto para siempre. - Dijo Leandro decidido.
- Muy bien, si es así como quieres jugar, te espero mañana a las ocho en San Martín y será mejor que traigas el paquete contigo. No me hago responsable de lo que te pase si intentas engañarme de nuevo.
- Estaré allí. - Dijo Leandro antes de cortar.

Los matones abandonaron la casa en silencio, dejándolo tirado en medio del pequeño salón. Entonces, herido y confundido, Leandro alcanzó su teléfono y marcó el número de la única persona que podría ayudarle en esas circunstancias. Me dio la dirección de su casa y luego se desmayó.

49

Leandro se despertó en una cama de hospital, vendado y dolorido.

Al recibir su llamada, me subí en un taxi y fui rápidamente a su casa. Actué por instinto y en el mismo taxi llevamos a mi hijo envuelto en toallas hasta el Hospital Central donde le ingresaron inmediatamente. Me identifiqué como una vecina y di una versión de lo ocurrido mucho más suave para que no llamaran a la policía directamente. Dije que pensaba que habían entrado a robarle y Leandro fue herido intentando defenderse. Una vez que lo atendieron y curaron me permitieron quedarme a cuidarle, hasta que despertara. Me había quedado dormida a su lado en una silla, aunque percibí de inmediato el pequeño movimiento en la cama y abrí los ojos.

- Hola Leo, ¿Como te estás?
- Estoy bien. Creo... ¿Me trajiste a un hospital?
- No había otra opción, te encontré desmayado en tu salón y sangrabas por las heridas del pecho. Por suerte solo tienes golpes y cortes superficiales, pero hicieron falta varios puntos. ¿Qué es lo que pasó?

Entonces Leandro, vencido y confundido, me contó entre lágrimas lo que había intentado hacer y me dio todos los detalles de donde había escondido el paquete y donde debía entregarlo esa misma noche. Lo miré compungida, y en mi interior se inflamó una furia imparable.

Me contuve para no preocupar a Leandro, pero le prometí que yo me encargaría de que alguien llevara el paquete y así él no se pondría en peligro. Luego planeábamos juntos como salir de este embrollo.

- Debería ir yo - me dijo con voz algo lastimera
- No te preocupes, es mejor que te quedes aquí hoy en observación y yo me encargaré de que una empresa de mensajería entregue el paquete. Será la mejor manera de no ponerte en peligro.

Le habían administrado anestesia y calmantes, así que solo asintió y tomando mi mano cerró los ojos. Aunque no pude decir si dormía, al menos parecía más tranquilo.

Entonces intenté pensar como podría sacar a mi hijo de esta situación y sólo se me ocurría una cosa.

Envié un mensaje de texto desde el móvil de Leandro, para que Vanessa viniera al hospital a cuidarlo, (sin enterarse de que yo había estado con él allí). Saqué la llave del candado del guardamuebles del llavero de mi hijo y me marché intentando trazar un rumbo de acción coherente.

Malena había hecho algo parecido con Oscar, mi ex-marido veinte años atrás; y ahora manipulaba a mi hijo. Mi furia de madre se encendió sin medida y puse mi plan en marcha sin pensar en posibles consecuencias personales.

50

Caminaba rumbo al Inti-Aconcagua, el hostel donde me alojaba en Luján de Cuyo. Había bajado del colectivo casi sin darme cuenta. No conocía bien la ciudad, así que no quería usar mi scooter para moverme de un lado a otro. Mi cabeza era un mar tormentoso y no hallaba la forma de cazar todas las piezas; ni sabía en que orden debía dar los siguientes pasos. Pero estaba segura que tendría que involucrarme y que la solución podría implicar cierta dosis de violencia.

De mi conversación con el detective Riva el día anterior, se desprendía que él estaba juntando indicios y que si yo lograba encontrar a Malena en posesión de bienes robados, podría desarticular toda su organización y pararle los pies en este asunto, en el que Leandro se había metido. Pero no tenía tiempo. Si esperaba a que Riva llegara de Buenos Aires en tres días, podrían desaparecer y ocultar todo; o incluso lastimar a Leandro.

El curso de acción más lógico en ese momento, (y el más arriesgado también), era intentar hacerme con el cuadro que Leandro trajo de Santiago e intentar negociar yo misma la entrega a Malena. Una vez que Malena tuviera el cuadro se tranquilizaría y Leandro estaría seguro por algún tiempo. Mi misión sería descubrir quien era el comprador final, al que Malena le entregaría la pintura en cuestión, e intentar atraparlos haciendo el intercambio. Debería involucrar a la policía en esto, pero todo a su debido tiempo.

Estaba a unos cientos de metros del hostel cuando mi teléfono comenzó a sonar. En la pequeña pantalla se leía: "Desconocido". No me dio buena espina.

51. Día

- Diga - contesté desconfiada
- Hola, Claudia. Soy Oscar. ¡No cuelgues! Por favor. Es por Leo... Por favor.

Me quedé callada y él continuó hablando nerviosamente, buscando las mejores palabras.

- Sé que no podrías confiar en mí, pero quiero pedirte que hagas un esfuerzo en esta ocasión. Leandro está en peligro... Malena... Bueno, ella está fuera de sus cabales. Leandro está reteniendo una mercancía que necesitamos para que nuestro "negocio" siga adelante y él se había comprometido a traerla, pero...
- Sé exactamente lo que pasó, Oscar. Y sé también que ustedes enviaron a alguien para "apretar" a Leandro...

Oscar se quedó callado un momento como si sopesara lo que yo estaba diciendo.

- No lo sabía, pero debí suponerlo. ¿Leandro está bien?
- Está en un hospital, pero no corre peligro. ¿Estás seguro que no sabías nada?
- Nunca haría daño a mi hijo, nunca. Pero soy solo un peón en esto. Malena maneja este negocio desde mucho antes que yo me involucrara y no me cuenta más que lo necesario. ¿Dónde está Leandro? No contesta mis llamadas.
- No te lo voy a decir. Si quieres hacer algo, vas a tener que convencer a Malena que lo deje tranquilo. Yo me encargaré de que ella reciba el paquete, para que no tenga más motivos para amenazar a nuestro hijo.
- No es tan simple, Claudia. Robarle a esta organización se castiga siempre. Esta mañana escuché como Malena enviaba mucha gente para averiguar donde está el cuadro, y cuando lo encuentren, solo le quedará castigar a quien intentó robarle. Leandro debe desaparecer por un largo tiempo. No puede quedarse ni un día más en la ciudad. Yo intentaré

calmar las aguas con la organización y compensar esta falta.

- Veré que puedo hacer, pero ¿qué pasará con Vanessa? ¿Está ella también en peligro?

- No, a Vanesa no la tocarán. Primero irían por mí. Claudia, es muy importante que me escuches; si ya enviaron a alguien para "advertir" a Leandro, estoy seguro que también saben donde estás y supondrán que de alguna manera estás implicada. Malena intentará borrarle del mapa en cuanto pueda hacerlo sin llamar la atención sobre sus negocios.

Deberías marcharte lo antes posible, quizás con Leandro, e intentar permanecer escondidos hasta que todo esto se calme. Yo intentaré calmar a Malena y encontrar la manera de sacar a Leandro de este lío.

Tuve que calmarme y darle la razón, aunque en ese momento me hubiera gustado decirle algunas cosas. Teníamos que solucionar este problema primero. Más adelante habría tiempo de reclamos.

- Está bien, Oscar. Si puedo recuperar la pintura ¿que debería hacer?

- Si Malena envió a buscarla, no tienes mucho tiempo. Si puedes encontrar la pintura antes que sus matones, llámame a este número y te diré donde podemos encontrarnos. Será mucho mejor si yo recupero el cuadro y llego a un acuerdo para que dejen tranquilo a Leandro.

- Cuando todo esto acabe, vamos a tener que sentarnos a discutir un par de asuntos.

- Está bien, lo que tú quieras...

Corté la comunicación y doblé la esquina hacia mi hostel, cuando vi que un coche patrulla estaba estacionado frente a la entrada y que varios agentes entraban y salían de la recepción.

Me quedé detrás de una línea de curiosos que se agolpaban cerca del hostel y pregunté disimuladamente a una mujer que parecía una vecina.

- ¿Sabe que ha pasado?

- Entraron a robar esta mañana. Parece que le dieron una paliza al recepcionista y luego revolvieron las habitaciones vacías.

Intenté poner mi mejor gesto de sorpresa y me alejé a paso vivo hacia el

parque cercano. No hacía falta preguntar qué era lo que habían venido a buscar a mi hospedaje. Alguien habría estado vigilando la casa de Leandro luego de dejarlo malherido y me habrían visto llevarlo en un taxi a toda prisa. Aunque sus matones no supieran reconocerme, Malena debe haber sospechado que fui yo quien acudió en auxilio de Leandro. Como Oscar me confirmó por teléfono, yo también estaba bajo amenaza y debía moverme con mucho cuidado.

Debía llegar a toda prisa hasta el guardamuebles donde Leandro dejó la pintura. Aunque no pude resistir echar un rápido vistazo, para comprobar que Vanessa estaba bien.

Caminé hasta el taller de Vanessa, que estaba muy cerca y vi que la puerta estaba entre-abierta. Me asomé y en el interior encontré un gran destrozo, como si alguien hubiera estado intentando encontrar algo a toda prisa.

No había dudas ya; no me quedaba tiempo que perder.

Volví sobre mis pasos apresuradamente, hasta una agencia de remises frente al parque, que se anunciaba con grandes y llamativos carteles amarillos. Y mientras me llevaban hasta la otra esquina de la ciudad, intente comunicarme con Leandro para advertirle que la situación se estaba poniendo seria.

Sonó tres veces y contestó una mujer. Era la voz de Vanessa y tardé un poco en responder, pues no sabía como explicar el motivo de mi llamada.

- Hola, ¿quien habla? - repitió algo indignada. Decidí que la situación no permitía retrasos y me arriesgue a hablar directamente.
- Hola Vanessa... ¿Puedo hablar con Leandro por favor?

Dudó por un momento, hasta que reconoció mi voz.

- ¿Claudia? ¿Como tienes este número? ¿De qué conoces a mi her?...
- ¡Vanessa! - Dije cortante - No tengo tiempo para explicártelo. ¡Por favor! Pásale el teléfono a tu hermano.

Oí por detrás la voz de Leandro que preguntaba quien llamaba, y a Vanessa murmurando algo; estaba enojada. El teléfono pasó de manos sonoramente

- Hola, Claudia... ¿Qué pasa? ¿Está todo bien?
- Sí, no te preocupes por mí. Pero tendrás que abandonar el hospital lo antes posible y seguir mis instrucciones ¿Podrás hacerlo? ¿Te sientes recuperado?
- Sí, ya estoy mucho mejor, pero: ¿Qué es lo que sucede?

Sopesé mis palabras e intenté dar una versión más suave de lo que estaba

pasando, aunque no lo conseguí.

- Todo es un avispero ahora mismo. Yo voy a buscar la pintura, pero te están buscando y deberías marcharte lo antes posible. Esconderte unos días en algún sitio lejos de la provincia. ¿Tienes algún dinero disponible?

- Si, por eso no te preocupes.

- Entonces firma tu alta voluntaria sin hacer mucho alboroto y busca la manera de salir del hospital por alguna puerta secundaria. Retira el dinero del cajero y no uses tu tarjeta a menos que sea imprescindible. Tendrás que llevarte a Vanessa también. Si pudieras ir hasta Buenos Aires, allí tengo algunos amigos todavía.

- Me estás asustando. Y tú ¿Que vas a hacer?

- Yo tengo que solucionar este asunto, de una vez y para siempre. Creo que tengo alguna oportunidad si hago las cosas bien.

- No me siento bien cargándote con mis problemas... mamá.

- Lo que necesito es saber que estás a salvo. Tu papá prometió ayudarme y creo que podremos salir de este lío en pocos días. Pero esta ciudad no es segura para ninguno de ustedes ahora mismo.

- Pero, es que...

- ¡No discutas! Leandro, por favor. Salgan de la ciudad lo antes posible y todo irá bien.

- De acuerdo, pero llámame cuando tengas más noticias.

- Lo haré... Te... - No sabía si podía decirlo, pero no quería dejar pasar la oportunidad - Te quiero mucho, hijo.

- Mamá... Yo también - Y escuché llorar a mi hijo por segunda vez ese día.

53

Llegue al guardamuebles con los nervios a flor de piel. Aunque durante el trayecto me había calmado lo suficiente para entender que estaba metiéndome en un enorme problema. Y que quizás, yo hubiera sido el detonante. Ahora sólo me quedaba intentar solucionarlo.

El lugar parecía sacado de una película americana. Una nave industrial con una moderna aunque espartana recepción y una entrada para vehículos en un costado. Detrás del mostrador de recepción había un guardia de seguridad privado que me miró con cierta indiferencia. Me preguntó a que "baulera" me dirigía (así llamó el guardia al trastero) y anotó el número en un formulario. No había nadie más en el lugar por lo que pude ver de la lista.

- 313... Por ese pasillo a la derecha, es la penúltima puerta.

Aparente naturalidad y asentí como haciéndole ver que estaba familiarizada con el lugar, aunque era mentira. Caminé por el largo pasillo, mientras desfilaban a mí alrededor las puertas grises, rotuladas con grandes números negros. Por un breve momento tuve la sensación que me dirigía a mi celda otra vez.

El pasillo estaba iluminado por una línea de tubos fluorescentes, aunque al final parecía que un par de ellos no funcionaban, dejando la entrada del trastero en penumbras.

Me acerqué hasta la puerta y noté que estaba apenas entreabierta. Decidí entrar y enfrentarme a un posible ladrón, antes que intentar avisar al guardia y permitir que escapara. Abrí la puerta y el interior estaba más oscuro que el propio pasillo. A tientas intenté alcanzar el interruptor que me había parecido ver al entrar y cuando la solitaria lamparita de techo se encendió di un paso dentro del pequeño cuarto.

Estaba completamente vacío. Una sensación de fracaso e impotencia empezaba a abrirse paso desde mi estómago, cuando repentinamente oí unos pasos en el pasillo que hicieron que se me pusieran los pelos de punta.

Me asomé y vi a un joven que intentaba caminar rápidamente pero sin hacer ruido; llevando lo que sin duda era una pequeña pintura envuelta bajo el brazo derecho. Se giró un momento para ver en mi dirección y en cuanto me vio de pie en la puerta del trastero, abrió mucho los ojos y comenzó a correr por el largo pasillo hacia la salida.

Corrí tras él gritándole que parara, pero ya traspasaba la puerta de salida, corriendo por el estacionamiento hacia un coche que lo esperaba.

Llegué a la puerta un par de segundos después que el muchachito, e intenté abrirla, pero una mano fuerte me sujetó por el brazo y reaccioné sin darme cuenta. El guardia de seguridad no tenía la culpa, pero la única oportunidad de negociar con Malena se escapaba frente a mis narices. Entonces apoyé mi mano en la mano del guardia que sujetaba mi brazo y giré todo mi cuerpo, causándole un instantáneo dislocamiento de muñeca. Gritó y me soltó de inmediato, pero en un acto reflejo intentó sacar la pistola con la otra mano. Di una certera patada en su brazo y con el impulso mismo del movimiento, mientras mi pierna bajaba, lancé mi puño y la inercia de mi cuerpo contra su mentón.

El pobre guardia cayó noqueado al suelo y yo corrí tras el coche que ya salía del estacionamiento hacia la ruta interprovincial. El jovencito que llevaba el cuadro iba en el asiento del acompañante y se me quedó mirando asustado mientras se alejaban.

La mejor carta para negociar una posible salida de toda esta situación se esfumó en mis narices y entonces entendí lo qué debía hacer a continuación, aunque me revolvió el estómago.

El detective Riva llegaría mañana por la noche, pero yo no disponía de tiempo. Ahora que ya tenían la pintura, desaparecerían, deshaciéndose de todas las pruebas y Leandro seguiría en peligro por el resto de su vida. Llamé a Raúl, mi abogado, y aunque se opuso firmemente a mi plan, aceptó ayudarme en todo lo que pudiera hacer desde tantos kilómetros.

- Lo sé, Raúl - dije mientras caminaba alejándome del guardamuebles
- A mi tampoco me gusta, pero tengo que intentar conseguir alguna prueba antes de que desaparezcan o nunca más estaremos tranquilos.

- Dime que puedo hacer - dijo resignado
- Primero llama a Riva y cuéntale todo lo que he averiguado. Dale direcciones y nombres. Si consigo hacerme con papeles u otro tipo de material, volveré a llamarte esta noche. Y necesito que contactes con mi amigo, Rafael Andretti, en Buenos Aires. Él se ocupará de que Vanessa y Leandro estén a salvo, mientras resolvemos este embrollo.
- No me gusta para nada este asunto, Claudia. Deberíamos avisar a la policía, ya mismo.
- Esta organización tiene gente en todos lados y si involucramos a la policía no tendremos lugar donde escondernos. Hasta que no sepamos con quien tratamos, no podremos avisar a ninguna autoridad. Y quizás será mejor que lo haga Riva cuando tenga todos los datos.
- Ten mucho cuidado, por favor. Y llámanos en cuanto hayas salido de ese lugar.

Le prometí que sería muy cuidadosa y que solo vigilaría hasta estar segura de lo que tramaban. Pero en mi cabeza tenía otros planes. Esa pintura era la llave para destrabar esta locura y en mi cabeza tracé un plan para recuperarla. Si no lo conseguía, debería eliminar la amenaza que Malena representaba para mis hijos; y me propuse hacerlo a cualquier precio.

54. Una noche

Caminé hasta una avenida cercana y encontré una agencia de remises. Pregunté cuanto me costaría ir hasta San Martín y la empleada me acompañó a preguntar directamente a uno de los chóferes, quien pensó que estaba buscando una rebaja en el precio del viaje. Regateó solo un poco, ante mi silencio y al final acordamos un precio.

Me sentía nerviosa, con las emociones a flor de piel y sin embargo preparada para cualquier cosa. Mis años tras las paredes de esa prisión me habían enseñado a no demostrar lo que sentía. Y pensaba que podía defenderme de cualquier ataque. Debía encontrar la forma de recuperar esa pintura y renegociar alguna clase de compromiso con Malena. Y estaba segura que había sido ella la que había enviado a esos jóvenes al guardamuebles. Si no recuperaba la pintura, debería hacer algo más drástico y en mi cabeza surgió casi con tranquilidad la idea de que quizás debería matar a Malena. No era furia o desesperación. La idea vino a mi tranquila, mientras el coche tomaba la ruta rumbo a la pequeña ciudad vecina. Una solución que vi como el último recurso para anular la amenaza contra mis hijos, aunque yo me encontraría otra vez en prisión.

Por lo menos los chicos, mis amados hijos, habían dejado la provincia y se dirigían a un lugar seguro a miles de kilómetros, donde todas las circunstancias por venir no les afectarían. Eso es lo que pensaba en ese momento, aunque no supe que las cosas se complicarían tanto hasta el terrible final.

No había vuelta atrás para mí; estaba decidida a acabar con todo esto ese mismo día.

Me enteré más tarde que Leandro y Vanessa llegaron a la estación de autobuses, pero no hicieron exactamente lo que les había pedido. Él trataba de explicarle a Vanessa porqué no le habíamos dicho que yo era su madre.

- Yo se lo pedí - Dijo Leandro mirando a Vanessa directo a los ojos - Ella ya se había acercado a ti pero no sabía como te afectaría una revelación tan enorme. Y se mantuvo cerca esperando el momento para explicarse. Pero la reconocí esa tarde que fui a tu taller y le pedí que me diera tiempo para pensar en cómo te daríamos esa noticia. En realidad quería ver que era lo que tenía que decir y que clase de persona era. No quería que te hicieran daño, Vanessa... Perdóname.

- Soy más fuerte de lo que crees, Leo - Dijo algo dolida - ¿Estás seguro que es ella?

- Si, muy seguro. Recuerdo esa noche en la que la policía vino a casa con ella y registraron todo. Se la llevaron frente a mí y ella solo intentaba decirme que me quería. Pero yo no la escuchaba, solo vi sus labios moverse desde el comedor y a través del cristal. La metieron en un coche patrulla y no volví a verla.

- Me hubiera gustado saberlo desde el principio. Aunque ahora que la he conocido por un tiempo, creo que es una mujer muy sufrida y que no tiene dobles intenciones.

- Yo también lo creo y la historia que cuenta es tan horrible y cruel, que no puedo dejar de sentirme culpable por los años que pasó entre rejas.

- ¿Qué podrías haber hecho? Hay una sola culpable y ya sabemos quien es...

- Por eso debo estar cerca. Vanessa, no puedo ir a Buenos Aires contigo. Claudia... Mamá, no sabe donde se está metiendo.

- Pero ella se está arriesgando para que estemos a salvo. Si ahora te metes en medio te pondrás en peligro y quizás...

- No te preocupes hermanita. ¿Cuando me viste evitar una pelea?

- Eso es lo que me preocupa.

- Me mantendré oculto, cerca y vigilando. Creo que sé lo que van a hacer y espero que tengamos tiempo para negociar todavía. ¿Sabrás

encontrar a ese tal Rafael Andretti en Buenos Aires?

- Creo que me esperará en la terminal. No te preocupes por mí, mas bien me gustaría saber que te mantendrás a salvo.
- Te llamaré esta noche para contarte como ha ido todo.
- Ten mucho cuidado. Promételo.

Se abrazaron y Leandro esperó a que su hermana subiera al autobús antes de marcharse de la terminal. Eran las cuatro de la tarde y tendría tiempo de recoger su coche en el taller del campo aéreo e intentar llegar a San Martín. Sabía que debía estar cerca y tratar de ver a quien le entregaban la pintura. En el trayecto puso la radio y las noticias que escuchó le confirmaron que sus planes se habían torcido muy peligrosamente.

El locutor decía:

"Hemos sabido que la policía investiga otro robo producido esta tarde, sobre las cuatro, en unos modernos guardamuebles de nuestra ciudad.... Han abierto uno de los trasteros-baulera y han agredido a un guardia de seguridad en su huida..."

No han trascendido aún los detalles, pues las cámaras de seguridad estaban apagadas. Sólo los encargados de la seguridad del centro tienen acceso al apagado de las cámaras y puede haber personal de seguridad del propio negocio implicado. El guardia agredido se recupera satisfactoriamente en el Hospital Central. Ampliaremos en breves minutos."

56

Leandro llegó al depósito en San Martín a las siete de la tarde cuando el sol estaba a punto de esconderse detrás de las montañas. Estacionó su coche a algunas manzanas de distancia y caminó hasta un terreno baldío justo enfrente de la puerta de la nave industrial.

El edificio era el único en varias manzanas, estando la casa más cercana a casi cien metros. Había sido vallado y además del portón principal para la entrada de camiones, había una pequeña puerta lateral, que se usaba como acceso de personas.

Se quedó escondido detrás de unos arbustos, a unos cincuenta metros de la puerta lateral, cuando vio movimiento en la entrada. Su padre hablaba vehemente mientras se bajaban del coche y entraban en el edificio junto a Malena.

Quince minutos después, un coche viejo estacionó frente al depósito y un muchachito bajó con un paquete bajo el brazo, el cual Leandro reconoció inmediatamente. Miró con atención al conductor y reconoció la cara de uno de los hombres que trabajaban para Malena. El muchachito salió a toda prisa, habiendo entregado el paquete y el coche se marchó levantando polvareda por la calle de tierra.

Se habían apoderado de la pintura y Leandro temió lo que yo pudiera intentar hacer a continuación. Entonces y oculto a pocos metros de la entrada del depósito, me llamó para enterarse donde estaba y qué pensaba hacer.

- Hola Leandro -dije preocupada - ¿Estás bien?
- Si... Todo muy bien. ¿Donde estás? - Preguntó directamente
- No supe que responder, pues no quería preocuparlo con los detalles del robo de la pintura y la posibilidad de que yo tuviera que hacer algo drástico.
- No te preocupes por eso, tengo que hacer algo más antes de solucionar todo esto. Te llamaré a la noche para contarte como fue todo.
- Mamá, no te arriesgues, por favor. Esta gente es muy peligrosa.
- Lo tengo todo controlado - Mentí - Esta noche se solucionará todo. Te quiero.
- Y corté antes que pudiera hacerme más preguntas.

El coche de alquiler me había dejado a doscientos metros del depósito y ya me acercaba caminando.

Intenté permanecer oculta tras una línea de árboles y al llegar a pocos metros del edificio me detuve a sopesar mis opciones.

No pensaba con claridad, sólo sabía que debía entrar y recuperar la pintura, que estaba casi segura habrían traído aquí. O al menos hacerme con alguna prueba que implicara a Malena en algo realmente comprometido, para negociar un posible acuerdo.

Ví un coche nuevo, estacionado frente al edificio y supuse que estarían dentro. Me acerqué a la puerta, pero no pude asegurar que no hubiera alarma o timbres automáticos. No era seguro entrar por allí. Miré alrededor y vi una alta ventana abierta en la zona del depósito. No lo dudé y me acerqué. Había un hueco en uno de los ladrillos de la pared y poniendo mi pie allí, me impulsé hacia arriba hasta quedar colgada por mis manos del marco de la ventana abierta. Entré fácilmente y me descolgué dentro, sin saber que Leandro había visto mi maniobra escondido detrás de los arbustos a pocos metros. Estuvo a punto de llamarme, pero algo le detuvo. Me había prometido (y a su hermana también) que se mantendría a salvo y no quería romper esa promesa sin un motivo realmente urgente.

Parecía que no había nadie dentro. Me encontré en un amplio depósito lleno de estanterías con tres niveles, y en cada uno de los estantes cajas y embalajes de los más variados tamaños y formas. Se notaba por la forma de envolverlos que el contenido era de gran valor y en cada caja podía leerse la palabra "muy frágil" escrita en letras rojas. Algunas cajas estaban abiertas y el contenido me sorprendió al reconocerlo casi de inmediato. Artesanía y alfarería regional, pero parecían antigüedades, como si se trataran de restos arqueológicos indígenas. Caminé por los pasillos sigilosamente, esperando que no hubiera nadie trabajando un domingo por la tarde, pero me pareció oír voces y una discusión al fondo de la nave, donde había unas mamparas y se adivinaban unas oficinas.

"Otra vez estoy metida en esta situación. La misma escena se repite" Pensé para mis adentros; pero si quería eliminar la amenaza contra Leandro debía llegar al fondo de todo esto. Si descubría exactamente que pasaba, podría pedir al detective Riva, que destapara el asunto por mí y así sacar a Leandro de este lío.

A medida que avanzaba, veía con más claridad y noté que había gente dentro de la oficina; una tenue luz sobre uno de los escritorios y la silueta de un hombre y una mujer se desdibujaban a través del cristal biselado.

Me acerqué intentando no hacer ruido y pegué la oreja a la puerta para escuchar.

Reconocí de inmediato la voz de Oscar que intentaba serenarse sin éxito y que decía:

- ¡Esto ya llegó muy lejos, Malena! Deberíamos trasladar la operación lo antes posible y controlar todo a distancia sin hacer espantados por lo menos hasta que este investigador se dé por vencido o podamos comprarlo.
- Siempre fuiste un cagado... - dijo Malena con desprecio - Lo que voy a hacer es arreglar esto yo misma y de una vez por todas.
- Malena, por favor - rogó Oscar - no involucres a Leandro en esto... Yo hice siempre lo que me pediste... No hagas sufrir más a mi hijo.

- Sufre porque él ha decidido ponerse en contra mío. Yo intenté ganarme su cariño y ¿como me lo pagó? No ha hecho nada en su vida, y me desprecia... ¡Debimos enviarlo al internado mucho antes!

Se hizo un largo silencio, aunque yo seguía intentando escuchar detrás de la puerta. De pronto oí pasos dentro de la oficina que se acercaban hasta donde yo estaba y el instinto me impulsó a moverme. Salí en dos pasos hasta el pasillo y no había dado más que otros cuatro pasos cuando unos potentes focos colgados en el techo iluminaron la estancia como si fuera de día.

Escuché a Malena gritar "¡Alto!", e inmediatamente un disparo que atronó todo el local. Fue un tiro de advertencia, dirigido al techo. Me sentí perdida. Estaba al descubierto en medio de un ancho pasillo y tenía a Malena amenazándome con un arma a menos de cinco metros. Me quedé paralizada y me giré para verla a la cara.

Ahí estaba ella, vestía pantalones de jean y una chaqueta muy femenina, pero que resaltaba los kilos de más que había acumulado. Me miraba con fuego en las pupilas y me apuntaba con un revolver que brillaba bajo los cegadores focos. Oscar llegó corriendo a su lado, iba armado también aunque no me apuntaba, solo me miraba con ojos muy abiertos y cara de incredulidad. Me pareció oírle decir por lo bajo: "*¿Qué haces aquí?*"

Nos separaban más de cinco pasos y ella empuñaba el revolver con firmeza y con el dedo en el gatillo. Se notaba que sabía utilizarlo. Esta vez no me servirían mis conocimientos de defensa personal, simplemente estaba muy lejos para desarmarla antes que me disparara.

- Claudia... - dijo casi con placer y arrastrando un poco la primera "a" de mi nombre - por fin nos encontramos de nuevo...

Yo estaba paralizada y a pesar de tener tantas cosas que decirle, solo la miraba expectante, concentraba en encontrar la única posibilidad de sobrevivir a su ataque inminente. Ella siguió hablando glacial y calculadora, mientras me apuntaba con su arma.

- Veo que has descubierto nuestro pequeño negocio, es una pena que no te hayas mantenido al margen... O que no te murieras en esa cárcel...

- Si estoy aquí - dije envalentonada - es por mis hijos, en particular por Leandro...
- Leandro se ha buscado la ruina el solo. Podría haber sido más cariñoso y agradecido conmigo... Pero no, siempre rebelde, siempre lejano. Yo intenté ser una madre para él, pero nunca me quiso... ni un poco.
- Te propongo... Te pido, que lo dejes fuera de todo esto... El puede venir conmigo y no te molestará más, te lo prometo.
- Es una lástima, pero es tarde, el está amenazando mi negocio y la gente para la que trabajo me mataría a mí si dejo un cabo suelto de esa manera. ¡No! - dijo secamente mientras me indicaba con el arma que me moviera hacia atrás y daba un paso hacia mí - Leandro tomó su decisión y le costará caro. No, no te preocupes, no lo mataré a menos que no tenga otra alternativa.

Intenté dar un paso hacia ella llena de furia, pero ella disparó al suelo a un metro de mí. Un ruido ensordecedor y chispas saltaron brillantes desde el suelo. Me quedé paralizada, al tiempo que Malena sonriendo decía:

- Ni se te ocurra moverte, ahora tienes problemas más urgentes que tu familia. Te metiste en mi local; este es mi terreno, la boca del lobo y aquí la policía no llegará a tiempo para salvarte como la última vez... - Y sonrió llena de satisfacción.

Entendí en ese instante que había sido ella quien mató al detective de la policía veinte años atrás y que logró implicarme y enviarme a la cárcel.

- Hoy morirás, Claudia. Y nadie volverá a saber nada de ti... Nunca. Este es mi dominio; lo que pase dentro de estas paredes lo controlo yo y ahora tengo a mucha gente trabajando para mí... Si, ya conociste a algunos de ellos; pero no creas que con tus truquitos de defensa personal vas a parar las balas. Esto se acaba ahora y aquí...

Leandro había oído el primer disparo y sin pensarlo corrió hacia el edificio. Aunque se acercó de inmediato a la puerta de entrada no pudo abrirla hasta pasados unos segundos. Sonó un segundo disparo y oyó a Malena hablar con claridad desde fuera. Entonces pateó la puerta con todas sus fuerzas y esta se abrió ruidosamente.

Oí como se abría la puerta detrás de mí y vi que los ojos de Malena miraron por un instante a quien entraba. Yo no sacaba la vista del cañón del revolver, pero noté que la persona que había entrado no avanzaba hacia nosotros y entonces oí la voz conocida de mi hijo:

- ¡¿Que está pasando aquí?! - dijo sorprendido.

A pesar de mis advertencias para que no interviniera, Leandro había adivinado donde me dirigía y me alcanzó justo a tiempo para presenciar la terrible escena.

Malena parecía sentir una morbosa satisfacción al ver que Leandro presenciaba esa escena tan cruel.

Miró a mi hijo y sonrió satisfecha. Entonces me apuntó directo al pecho y vi el leve movimiento del dedo sobre el gatillo y sus ojos llenos de odio felino en el momento de disparar.

Intenté saltar hacia un costado a la vez que veía el fogueo salir del arma, mientras el ruido atronador del disparo retumbaba en toda la estancia. Pero no pude moverme más rápido que una bala y sentí un fuerte golpe en el costado derecho y un dolor lacerante en las costillas. Caí hacia atrás gritando y me llevé la mano al costado por donde ya brotaba abundante sangre.

Mi único pensamiento era Leandro, quien, fuera de la trayectoria de fuego, se había quedado paralizado en la puerta al oír el último disparo. Reaccionó un par de segundos después y me llamó gritando.

- ¡Mamá!! ¡Mamá!!

- ¡Estoy viva!! ¡No te preocupes! ¡Por favor vete ya!! ¡Corre!

Pero mi voz se volvió débil por el dolor mientras intentaba arrastrarme fuera del alcance del arma de Malena, que no disparaba ahora, sino parecía disfrutar de la desesperación en el rostro de mi hijo.

Estaba castigándolo por robarle y quizás por tantos años en los cuales nunca había podido llegar a su corazón. Ella deseaba que Leandro hubiera sido más servicial y agradecido, como lo fuera su padre. Y en su retorcida mente, Malena quería una familia en la cual ella fuera la matriarca. Respeto y sumisión, eso es lo que Leandro nunca supo darle y lo despreciaba por ello.

Para agravar aún más la situación, había intentado robarle su gran negocio y ahora estaba allí de pie y mirándola con esa misma mirada de desprecio que tantas veces había adivinado en ese muchacho ingrato. Un odio cruel se encendió en los ojos de Malena y en ese momento decidió que Leandro también moriría.

Leandro, sin pensarlo y sin hacer caso de su propia seguridad, entró en el local y corrió hacia mí llegando hasta donde yo estaba tirada en pocos pasos. Se agachó a mi lado para intentar ayudarme con desesperación y tristeza en los ojos. Malena se acercó hasta quedar a un metro de distancia, apuntándome aún y mirando con ojos de furia. Yo desesperada, sólo trataba de apartar a Leandro del arma de fuego, pero me debilitaba a cada instante.

Malena me apuntó nuevamente con el arma y me miró con cierto placer. Entonces Leandro, interponiéndose entre mi asesina y yo, dijo con valentía y los ojos llenos de lágrimas:

- ¡¡Si vas a dispararle de nuevo tendrás que matarme a mi primero!!
¡¡Maldita!!!

Una voz desesperada sonó por detrás de Malena.

- ¡No! ¡Hijo! ¡Leandro! - Era Oscar suplicante que hablaba por primera vez.

Malena miró fijamente a mi hijo, que de rodillas intentaba cubrirme de una muerte segura, y dijo con frialdad y sin desviar la mirada de odio del rostro de mi hijo.

- Como quieras... – Dijo Malena con satisfacción contenida, al tiempo que levantaba un poco el revolver y apuntaba sonriendo a Leandro en la cabeza.

Sonó un disparo y el corazón se me congeló.

El cuerpo de Malena entonces, cayó desmadejado en el suelo frente mí y la

sangre que brotaba de su sien, carmesí y brillante bajo los focos, se encharcaba alrededor de su cara que aún en la muerte, me miraba con ojos de furia ciega.

Levanté la vista y vi que Leandro estaba bien. También vi a Oscar, con el revolver humeante aún apuntando al lugar que Malena ocupaba momentos antes. Su cara era la expresión de un horrible recuerdo de terror. Bajó el arma y nos miró con tristeza.

De lo que sigue no tengo un recuerdo claro. Luces y un coche. Dolor y la voz de Leandro que me llamaba. "*¡¡Mamá!!! ¡¡Mamá!! ¡¡No te mueras ahora!! ¡¡Ahora no!!! Aguanta por favor. ¡¡Me encontraste, mamá!! ¡¡No te mueras!!...*

UN NUEVO AMANECER

59. Libertad

Desperté en la sala de un hospital. La habitación estaba preparada para recibir a dos pacientes, pero estaba sola en ese momento. Me dolía mucho el pecho al respirar, pero por lo demás me sentía bastante bien. Era avanzada la tarde, aunque el sol entraba a raudales por las ventanas y más allá podía ver las montañas casi a contraluz, iluminadas por sol al atardecer.

Los recuerdos volvieron a mí como un mal sueño y me quedé callada por varios minutos intentando entender como había llegado allí.

La televisión estaba encendida en la pequeña habitación. El volumen estaba lo suficientemente alto como para escuchar a la reportera que hablaba desde el lugar de los hechos.

Noticias de la mañana. ¡Último momento!

Se leía en letras blancas sobre fondo rojo al pie de la pantalla.

"A primera hora de la mañana, y por medio de una denuncia anónima; la policía federal realizó un allanamiento en un depósito de la ciudad de San Martín en nuestra provincia. Encontraron el cadáver de una mujer, muerta de un disparo en la sien. Lo que al principio hizo que pensarán en un suicidio, pero que según avanzan las investigaciones todo apunta a un ajuste de cuentas, o algún negocio ilegal que terminó muy mal. En dichas instalaciones, se encontraron numerosos restos arqueológicos de la cultura indígena de nuestro país y también provenientes de casi toda América; según nos hizo saber uno de los portavoces de la brigada de investigación de la Policía Federal, quienes investigan desde hace años una trama de contrabando internacional de arte indígena antiguo y que se cree que forma una red que se extiende a todos los países vecinos. Llegando a traficar con restos arqueológicos de centro y norte América. En cuanto al cadáver de la mujer, encontrada en estas instalaciones esta mañana, se insinuó que era una respetada personalidad en el ambiente

artístico de la ciudad y esposa de un marchante de arte bastante conocido en los círculos sociales.

Ha trascendido también algún detalle de la investigación y se sabe que se encontró un arma en manos de la víctima. La policía cree que la mujer, de la que solo conocemos sus iniciales "M.T"; intentó zanjar algún problema interno a punta de pistola. Hay pruebas de que hubo otro herido en el lugar, pero que este segundo implicado alcanzó a defenderse y matar a la señora "M.T" antes de escapar. Se ha desplegado un amplio operativo de búsqueda en las rutas que conectan nuestra ciudad con el país vecino y con la capital. Se busca a un hombre sospechoso, de nacionalidad extranjera, según ha trascendido podría tratarse de un ciudadano de algún país del Este de Europa; que puede estar herido y va armado...

El marido de la víctima, O.T, de 47 años, fue detenido luego del allanamiento de esta mañana, y acusado de contrabando internacional de arte y piezas arqueológicas protegidas. Se cree que puede estar relacionado con la trama de contrabando, aunque fuentes de la policía descartan que esté involucrado en el asesinato de su esposa..."

Oí unos pasos leves que entraban por la puerta abierta de la habitación y sonreí al ver quien entraba.

- ¡Miucha! - dije dolorida - ¿Qué estás haciendo aquí?
- ¡Ay nena! - Me dijo también sonriendo, mientras dejaba el té sobre la mesilla y se acercaba a besarme en las dos mejillas - ¡Ay nena! ¡Ay nena! - repetía sin cesar.
- Estoy bien, Miucha querida. No te preocupes.
- En cuanto Raúl me dijo que te habían disparado, dejé a José a cargo de todo y me vine volando a cuidarte. Creí que te morías.
- ¿Cuanto tiempo llevo aquí?
- Una noche y hoy todo el día. Cuando llegué esta mañana, los médicos no me decían nada hasta que tu "nene" les dijo que yo era tu tía abuela. Desde hace horas que esperábamos que despiertes.
- Me duele todo, Miucha. Pero creo que estoy bien. ¿Donde está Leandro?
- Fue a buscar a Vanessa al aeropuerto y vendrán enseguida.
- ¿Vanessa sabe que?...
- Creo que tu hijo le contó todo antes de enviarla a Buenos Aires. No

te preocupes - Dijo adivinando mis sentimientos - Según me contó Leandro, se quedó muy sorprendida al descubrir que su "alumna" era en realidad su madre muerta, pero quiere conocerte y darte la oportunidad de empezar otra vez.

- Esta vez sin mentiras.
- Esta vez sin mentiras, nena.

Han pasado tres años desde que fui liberada y desde los terribles acontecimientos que desencadenó mi búsqueda.

No me arrepiento de casi nada de todo lo que hice en esos días; excepto quizás de mi ingenua valentía. Puse en peligro a mis hijos sin querer, aunque luego de hablarlo mucho en familia, hemos llegado a la conclusión de que ellos estaban en peligro desde siempre; y que quizás mi aparición desencadenó unas circunstancias, que cómo una avalancha, solo necesitaban un copo de nieve más.

Conocí mientras estaba en el hospital, a esa persona que Leandro me mencionó en una de nuestras conversaciones. Roxana era la novia de Leandro casi en secreto por dos años. Y en ese mismo mes en que yo volví a su vida, supieron que Roxana estaba embarazada. Este fue el primer motivo por el que mi hijo quería dejar de hacer contrabando. Mi aparición en ese momento sólo reforzó su convicción.

Vanessa, sorprendida como todos nosotros, al principio no aceptó bien la noticia de que iba a ser tía. Necesitaría varios meses para poder asumir la nueva situación. Tenía a su madre de nuevo, su padre estaba en prisión y sería tía muy pronto. Sin embargo, Vanessa me visitó cada domingo durante el año que siguió y poco a poco recuperamos la confianza.

Decidí alquilar una casita en Lujan de Cuyo, muy cerca de mis hijos, e intentar recuperarme antes de buscar algún trabajo. Miucha se quedó conmigo un mes luego de salir del hospital; y luego apenas tuvo que volver a cuidar de su hotel y su marido en Salta.

Yo no podía volver a vivir cerca de la prisión, aunque mantuve mucha comunicación con Amelia, hasta que fue puesta en libertad y aún ahora, que es una artista reconocida en varios círculos en Buenos Aires.

Con relación a la carrera artística de Amelia, tengo que decir que mi intento de promocionar su obra entre los marchantes de Buenos Aires, trajo para mí

una consecuencia agradable e inesperada.

Unos días después de salir del hospital y ya instalada en mi pequeña casita con vista a la cordillera, sonó el timbre y Miucha, que todavía estaba conmigo, me indicó con la mano que me quedara sentada en el sillón mirando la televisión, que abriría ella.

Oí una voz conocida y Miucha hizo pasar a alguien al mínimo salón. Sonreí mientras lo miraba sin poder creer que hubiese hecho todo el viaje hasta aquí.

- ¡Rafael Andretti! ¿Qué estás haciendo aquí?
- ¿La verdad? Me preocupé mucho cuando supe como había terminado todo este asunto. Ahora sé que estás mejor y decidí venir a pasar unos días a Mendoza... Y si no te importa me gustaría pasar algún tiempo juntos.

Lo miré divertida. Por las palabras que utilizaba y por el tono, entendí sus intenciones.

- ¿Quieres cortejarme, flequillo loco? - y lancé una carcajada.

Se puso muy colorado y noté el efecto de mis palabras, arrepintiéndome de la broma de inmediato. Pero no estaba dispuesta a ponérselo tan fácil. Entonces dije:

- ¿Sabrás que soy una ex-presidiana y que no tengo trabajo? - y sonreí
- ¡Claudia! No me lo pongas más difícil. Sólo te pido que seamos amigos y si algo surge, ya veremos.
- La verdad es que tenía muchas ganas de volver a verte - dije sincera, ante lo cual el sonrió aliviado - Eres el único amigo que me queda de mi juventud y necesito volver a unir las piezas de mi vida nuevamente. Me alegra que hayas decidido venir.
- ¿Habrás reservado un hotel? - Dijo Miucha desde la cocina - Acá no hay sitio para novios, ¡somos dos mujeres solas y muy respetables!

Las carcajadas hicieron que mis dolores volvieran, aunque no las reprimí demasiado. Desde ese día Rafael es parte de mi vida, una especie de

"amigovio". Nos escribimos mensajes en el teléfono cuando está en Buenos Aires y pasa largas temporadas en la casita de Luján de Cuyo conmigo.

61

Un par de días atrás, por fin convencí a Leandro de que me acompañara a visitar a su padre a la cárcel.

Viajamos en silencio los pocos kilómetros hasta la prisión de Almafuerte, en Cacheuta. Y aunque Roxana, su mujer, quiso acompañarnos, solo llevamos a Vanessa y al pequeño Luciano, mi nieto.

Oscar apareció vestido de calle en el salón comedor de los presos y nos vio sentados en una mesa en el rincón más cercano a la puerta.

Se acercó lentamente y besó a los chicos. Yo esperaba sentada con Luciano en mi regazo. Oscar miró a Leandro y éste asintió con la cabeza. Se acercó donde yo estaba sentada, protectora de mi nieto (que era el suyo también) y se agachó para quedar a la altura del niño.

- Hola, Luciano. Soy tu abuelo Oscar. – dijo tiernamente

Y entonces Luciano hizo algo que nos ablandó el corazón a todos. Extendió sus bracitos y tomó por el cuello a su abuelo besándole en la mejilla. Lloramos inconteniblemente, mientras Oscar solo atinaba a pedir perdón sin poder soltarse del abrazo de su nietito.

Salimos de la cárcel aliviados y con la sensación de que el mundo era un lugar mejor.

Paramos a comer un enorme sándwich, (“chivito” lo llamó Leandro); en un olvidado restaurante de la pequeña y hermosa población; y al atardecer volvimos en el coche de Leandro con mejor ánimo.

62

La pequeña pintura de San Demetrio nunca volvió Lima. El obispo envió un experto a comprobar si el cuadro encontrado en Argentina era realmente el que fuera robado de la catedral en Perú. Dicho experto no pudo confirmar que esta reproducción fuera la que había sido “extraviada” por el restaurador y la obra pasó a manos del museo de arte en la ciudad de Mendoza.

Lo cierto es que el dinero del seguro, que fue pagado por la desaparición de la pintura en Lima, ya se había gastado en reparar los últimos daños sufridos por la catedral en el terremoto de dos mil siete y el obispo no estaba dispuesto a devolver el dinero, para recuperar una obra que casi nadie veneraba.

Surgió el problema de exponer una obra antigua en un museo de arte moderno como el de Mendoza y antes de guardar la obra en un oscuro depósito por quien sabe cuantos años, se decidió devolverla a su lugar de origen.

Así, casi doscientos años después de dejar Novgorod, la pintura regresó a la ciudad que la vio nacer y fue expuesta para veneración en la propia catedral que Agustín de Betancourt, mandara construir para la ciudad. Una pequeña placa, colocada debajo de la obra en la pequeña catedral rusa, recuerda el fabuloso viaje de la pintura hasta el confín del mundo y la increíble historia de cómo regresó a su origen en la ciudad de los dos ríos.

63

Hoy cumplo cincuenta años.

Me he levantado temprano, aún era de noche cuando entré en la cocina. Preparé el desayuno y miré por la ventana el paisaje con los primeros rayos del sol iluminando los picos siempre nevados, y vi también el resto de mi vida con esperanza.

Estoy viva, soy libre y estoy rodeada de gente amada.
Hoy comienza el resto de mi vida y honraré cada instante de este milagro.

La delicada luz del sol ilumina ya las majestuosas montañas azuladas, rojas y blancas; y dejo mis pensamientos a un lado para contemplar el silencioso espectáculo.

Me envuelve una increíble sensación de paz y solo puedo repetirme a mi misma con gratitud.

“¡Por fin ha amanecido!”

Fin.





Este libro se terminó de escribir en Las Toninas,
Provincia de Buenos Aires, República Argentina en Marzo de 2010.

Edición y corrección de estilo:
[Pablo Rodriguez - finderdesign.info](mailto:pablo@finderdesign.info)
Londres, Inglaterra. 25 de octubre de 2015.

*Forma parte de nuestra comunidad y recibe notificaciones cuando nuestros
libros puedan descargarse gratis.*



<http://grabachapter.com/cuatro-historias/>